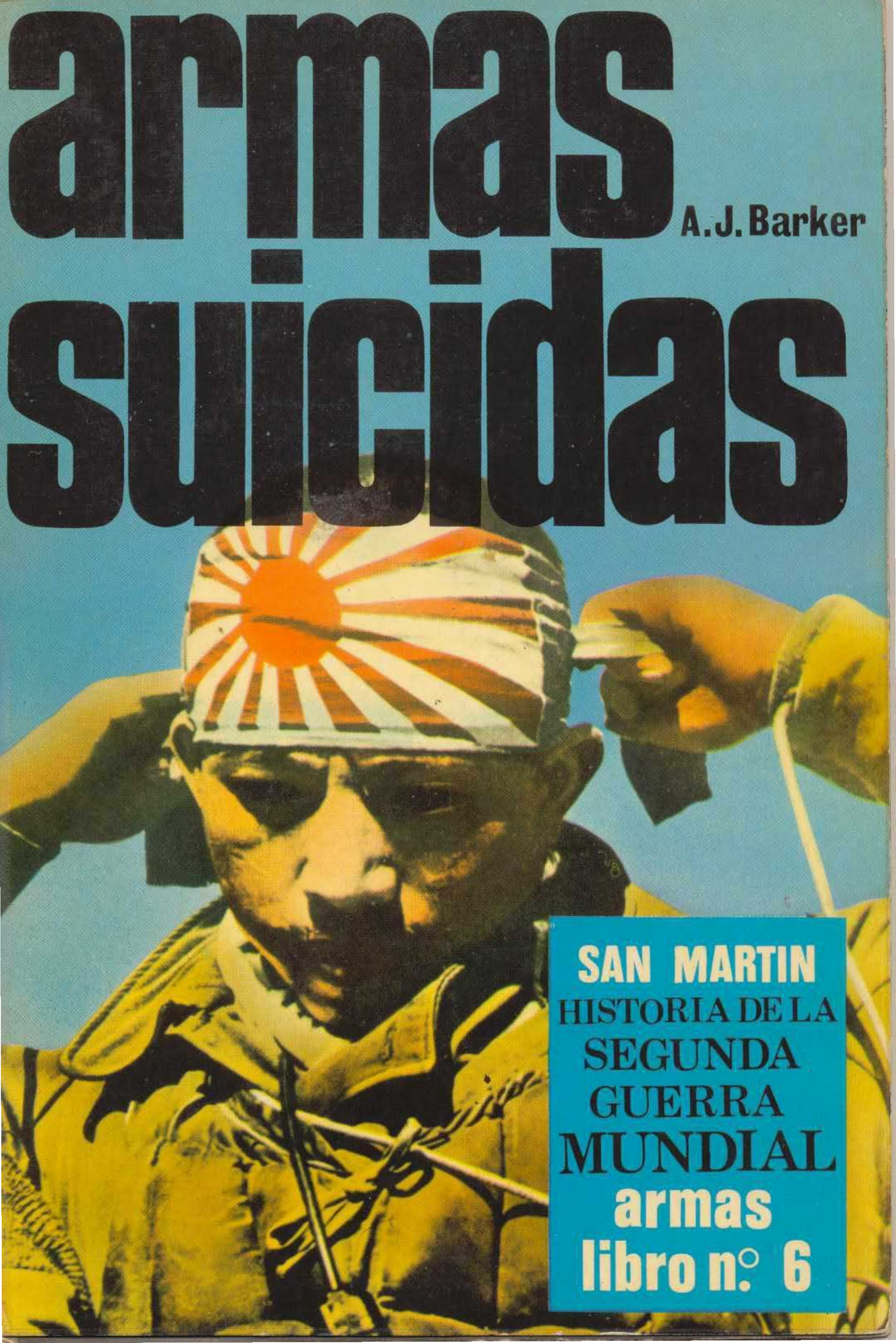

armas suicidas
A.J. Barker
SAN MARTIN
HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
armas
libro n.º 6

Equipo editorial de la Historia Ilustrada de la II Guerra Mundial



El autor de Armas Suicidas coronel A. J. Barker

El autor, especialista en asuntos soviéticos, gran conocedor de la historia y estrategia militar, ha trabajado en el Ministerio inglés de Defensa. Autor en el Foreign Office y para el Instituto de Estudios Estratégicos como miembro del Comité Consultivo en Asuntos Soviéticos. En 1967 ingresó en la Universidad Nacional Australiana, en el Departamento de Relaciones Internacionales.



Director Editorial: Barrie Pitt

Autor de muy importantes obras históricas sobre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales. Colaborador de la "Enciclopaedia Britannica" sobre temas de guerra naval; asesor histórico del "Sunday Times Magazine"· director de la "Purnell's History of the Second World War"; asesor consultivo de la serie de películas que la BBC produjo sobre la Primera Guerra Mundial.



Asesor Militar: capitán Sir Basil Liddell Hart

Entre las dos grandes guerras realizó un papel fundamental, abogando por el desarrollo del poder aéreo, las fuerzas acorazadas y la estrategia anfibia. Muchos jefes famosos de la II G. M. fueron sus "discípulos", incluso el general Guderian, creador de las fuerzas "panzer" alemanas. Autor de más de 30 libros, fue uno de los mejores expertos de la II G. M.



Prologuista y Presentador: Vicente Talón

Gran experto en temas político-militares. Como corresponsal del diario "Pueblo" ha visto los más importantes sucesos bélicos acaecidos en todo el mundo durante los últimos años. Tras realizar cursos de información, ha obtenido diplomas en varios centros militares. Es autor de los siguientes libros: "Los rusos en el Mediterráneo", "Arde Guernica" y "Guerra en Irlanda".

Armas suicidas

PRESENTACION

El suicidio, como arma de guerra, era conocido en los anales bélicos desde la más remota antigüedad. Numerosos combatientes, solos o en pequeños grupos, se inmolaron conscientemente en todas las épocas para salvar una situación peligrosa o para resolver en beneficio del campo propio una victoria comprometida. Sin embargo, fue necesario llegar a las postrimerías de la segunda conflagración mundial para ver cómo el suicidio en el campo de batalla se convertía en una teoría y en una técnica aplicada masivamente.

Los japoneses, que fueron quienes llevaron a la práctica esta idea difícilmente concebible, no lo hicieron movidos tan sólo por la desesperación sino también azuzados, desde el fondo de su propia historia, por una larga tradición que le imponía al guerrero la muerte voluntaria antes que aceptar la derrota. Y era la derrota, precisamente, la que se cernía cierta sobre los pabellones del Sol Naciente.

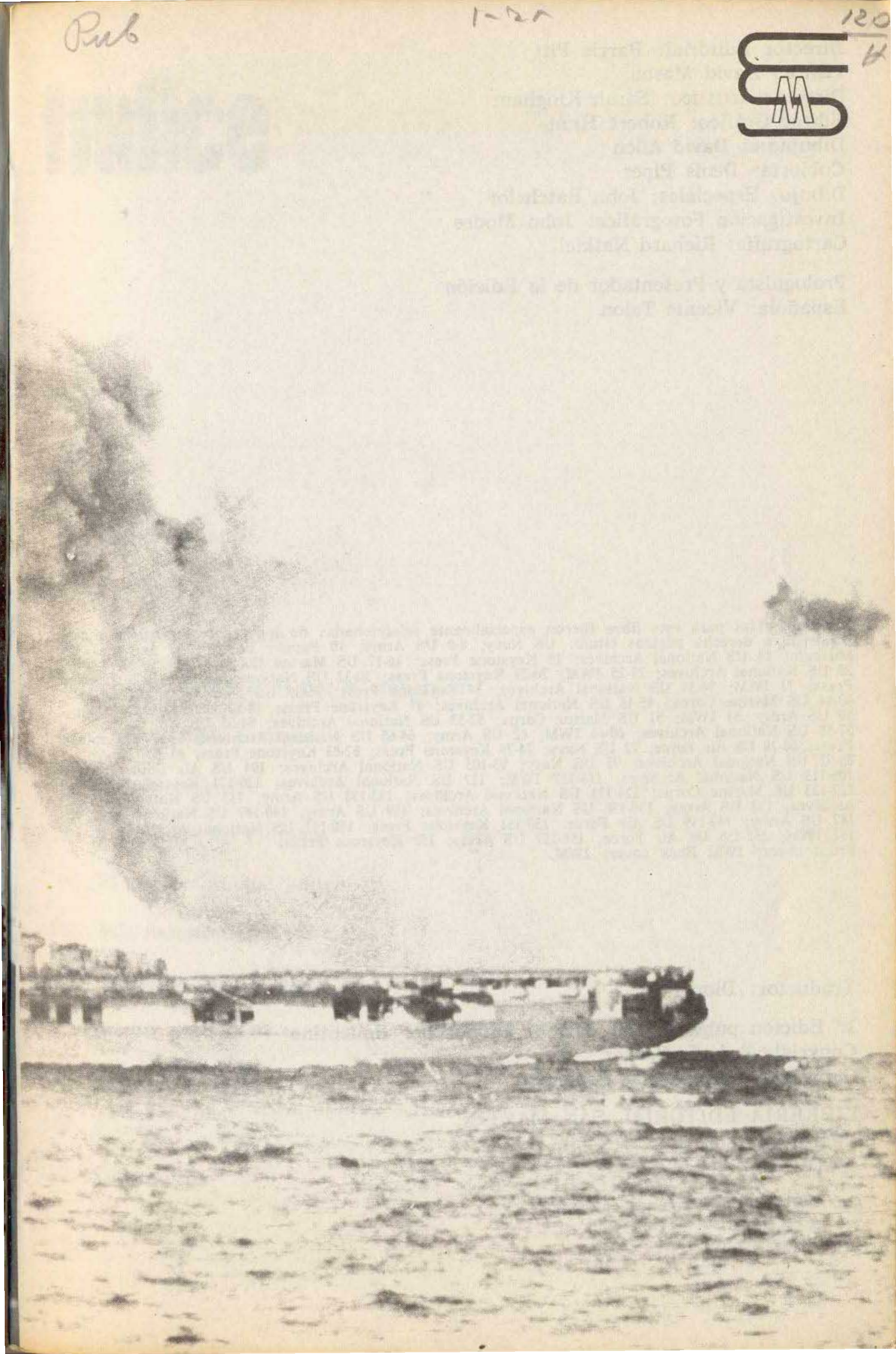
Los «kamikaze», como resulta sabido, no pudieron desviar el curso de los acontecimientos militares. Su sacrificio fue, sobre un plano de realidades, estéril. No obstante esto, ofrecieron una magnífica lección de valor y renuncia total en aras de unos dogmas en los que ellos creían. Hoy, pasados los años, el Japón moderno, pese a todos los cambios experimentados en su mentalidad, les recuerda con reverencia. Buena prueba de ello es que en 1970 el libro **best-seller** japonés fue una novela titulada «Los tiernos crisantemos de la secundaria B»; un libro en el que se narra la peripecia de un grupo de adolescentes que cuando todo estaba ya perdido despegaron hacia el sacrificio con el grito de ¡Nippon banzai! en los labios.

Vicente TALON

Armas suicidas

A. J. Barker





Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Director Artístico: Sarah Kingham
Editor Gráfico: Robert Hunt
Dibujante: David Allen
Cubierta: Denis Piper
Dibujos Especiales: John Batchelor
Investigación Fotográfica: John Moore
Cartografía: Richard Natkiel

Prologuista y Presentador de la Edición Española: Vicente Talon

Las fotografías para este libro fueron especialmente seleccionadas de los archivos siguientes de izquierda a derecha páginas título: US Navy; 8-9 US Army; 10 Popper Foto; 12-13 Imperial War Museum; 14 US National Archives; 15 Keystone Press; 16-17 US Marine Corps; 18-19 IWM; 20 US National Archives; 23-25 IWM; 26-29 Keystone Press; 30-32 US National Archives: 33 Keystone Press; 33 IWM; 34-35 US National Archives; 34 Keystone Press; 36-39 US National Archives; 40-44 US Marine Corps; 45-46 US National Archives; 47 Keystone Press; 48-50 US Marine Corps; 50 US Army; 51 IWM; 51 US Marine Corps; 52-53 US National Archives; 54-55 US Air Force; 57-58 US National Archives; 60-61 IWM; 62 US Army; 64-65 US National Archives; 66-67 Keystone Press; 68-70 US Air Force; 72 US Navy; 74-79 Keystone Press; 82-83 Keystone Press; 84 US Navy; 85-91 US National Archives; 92 US Navy; 93-103 US National Archives; 104 US Air Force; 105-113 US National Archives; 114-117 IWM; 117 US National Archives; 120-121 Keystone Press; 122-123 US Marine Corps; 124-131 US National Archives; 132-133 US Army; 135 US National Archives; 153 US Army; 136-138 US National Archives; 139 US Army; 140-147 US National Archives; 147 US Army; 148-149 US Air Force; 150-151 Keystone Press; 150-151 US National Archives; 152 IWM; 152-155 US Air Force; 156-157 US Army; 159 Keystone Press.
Front cover; IWM Back cover; IWM.

Traductor: Diorki

1.ª Edición publicada en Estados Unidos por Ballentine

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14

Printed in Spain - Impreso en España
por Gráficas LORMO
Depósito legal: M.25735 - 1972

Indice

Sacrificio inutil

Introducción por Barrie Pitt

La lengua española ha incorporado a ella muchos vocablos japoneses y, entre ellos, numerosos topónimos, gentilicios y patronímicos, así como también ciertos términos propios del budismo japonés, tales como *zen, satori* y *koan;* en las artes, *haiku, netsuki, bonsai, origami, kabuki* y *No;* en alimentos y bebidas, *sukiyaki* y *sake;* en el vestido, *kimono;* en las monedas, *yen;* en las clases sociales, *geisha, samurai* y *mikado;* en el deporte, *jiu-jitsu, dan* y *karate;* en los fenómenos atmosféricos, *tsunami,* etc. Pero también se han incorporado al español otras palabras japonesas, éstas, por cierto, poderosamente emotivas y que simbolizan, para Occidente, los aspectos anímicos del hombre japonés, vocablos que, en su día, resultaron temibles y fascinantes: *harakiri, banzai* y *kamikaze.*

En castellano —y también en las demás lenguas europeas—, la palabra *kamikaze* ha adquirido un significado muy distinto al de la etimología del vocablo original. De ahí, el título de este libro, que trata de la predisposición —o más bien ansia— del combatiente japonés a lanzarse, inconcebiblemente para nosotros, a una muerte segura. Durante la Segunda Guerra Mundial, la primera aplicación del vocablo *kamikaze* fue para designar oficialmente a los pilotos de caza que el Alto Mando solicitó —y ellos acudieron voluntariamente— para realizar misiones cuyo objetivo específico consistía, como único medio para recuperar la perdida paridad de potencial ofensivo, en estrellar su avión, cargado de explosivos, contra los barcos aliados. El éxito inicial de estas misiones movió al Japón a producir torpedos y bombas tripulados por hombres. La función del piloto consistía, ¡nada menos!, que en dirigir su avión, torpedo o bomba hasta el momento del impacto, terminando, naturalmente, al producirse la explosión.

En la guerra siempre han existido casos, como señala A. J. Barker, de hombres valientes y temerarios que deciden, deliberadamente, realizar actos de heroísmo pese a estar seguros de que les conducirían a la muerte. Por lo general, lo hacen así al saber que su situación —o la de su país— es totalmente desesperada, ora para proteger a un camarada, ora debido al tenso estado emocional del momento. Pero las tácticas suicidas de los japoneses al final de la Segunda Guerra Mundial, preconcebidas y sistematizadas, fueron algo muy diferente.

Para poder comprender la mentalidad de una nación en la que todos sus miembros pareció que se hallaban dispuestos a ofrendar su vida suicidándose en masa antes que admitir la derrota, es conveniente considerar algunos aspectos de su historia. Geográficamente, la situación del Japón respecto al Este de Asia es similar a la de las Islas Británicas con la Europa continental. Sin embargo, el Paso de Calais sólo tiene 32 kilómetros de anchura, mientras que el estrecho de Corea, que separa al Japón del continente asiático, tiene, en el lugar más angosto, una distancia cuatro veces mayor. Tal extensión de agua, en los tiempos de la navegación a vela, supuso siempre mucho en lo que a intercambio de ideas y mercancías se refiere, sin olvidar, claro está, el problema del transporte de tropas.

Inglaterra, tanto debido a la proximidad de los demás estados europeos como a las guerras e intrigas políticas en que se vio envuelta, tuvo que evolucionar social y materialmente, evolu-

ción que al Japón, separado, como estaba, del monolítico y conservador Celeste Imperio por el mar de la China, no le fue posible lograr. Esto hizo que se mantuviera esencialmente medieval durante aquellos siglos en los que los estados europeos iban experimentando sus sucesivos renacimientos, eras de estudio y revoluciones industriales. Asimismo, quizá debido en parte a experiencias infortunadas, se excluyó del comercio y evitó las influencias exteriores siguiendo una política deliberada.

Pero cuando, por fin, entrados los años sesenta del siglo XIX, abrió el Japón sus puertas a las ideas occidentales y dio comienzo a su meteórica y brillante carrera de industrialización, el país seguiría siendo, en todos los aspectos fundamentales, una sociedad feudal. La clase dominante —los *samurais*—, cuyos miembros eran, a la vez que educadores de la nación, sus administradores y jefes militares, temiendo perder su preeminencia, mantuvo rígidamente sus hábitos de sumisión incondicional —e incluso de adoración— a la autoridad, sobreviviendo así, intacta, a la ola de iconoclastia cultural y política que siguió inevitablemente al influjo de las nuevas ideas y técnicas. Se siguió, por tanto, obedeciendo al dios-emperador y, como por una especie de delegación divina, a las personas nombradas por él, y no ya porque encarnara la obediencia, o por amor, ni tan siquiera por lo que un occidental llama lealtad, sino, pura y simplemente, porque era el emperador. El instinto de conservación seguía siendo una consideración fundamental en todos los estratos sociales.

Sobre tan favorables cimientos fue como se edificaron las Fuerzas Armadas, reforzándose además las arraigadas diferencias sociales con lo que hoy podríamos calificar de "lavado de cerebro". Añádase la idea, especialmente agradable para una nación que nace, de que sus habitantes eran una raza superior y destinada a dominar.

En 1895, menos de treinta años después de la ruptura de su política de aislamiento, Japón derrotaba a China y, una década después, a Rusia. Pronto comenzó a competir con éxito en los mercados mundiales, aunque fabricando únicamente lo que copiaba. La autoconfianza, engendrada por estos logros indudablemente notables, se convirtió en una arrogancia que le condujo a formular exigencias irrazonables a sus vecinos y, finalmente, comenzada ya la Segunda Guerra Mundial, a desafiar a los Estados Unidos de América con sus ataques a Pearl Harbour y Filipinas, y a invadir cuanto tenía a su alcance en el Pacífico y en el Sudeste asiático.

Los primeros meses de guerra sirvieron para afirmar en los japoneses la alta opinión que tenían de sí mismos, al obtener victoria tras victoria. Pero el ajuste de cuentas no se haría esperar... Inevitablemente, los superiores recursos y potencial industrial de los Estados Unidos y su empeño en borrar la humillación de Pearl Harbour dieron lugar a la eliminación, lenta pero segura, del poderío japonés en el Pacífico. Una serie de reveses y la decisiva derrota de Guadalcanal —batalla a la que los japoneses llevaron cuantos barcos, aviones y tropas se encontraran disponibles— demostraron que la situación estaba a punto de cambiar. Como tanto para los soldados como para la población civil la derrota era inconcebible, había que emplear todos los medios imaginables para lograr la victoria. Esto fue lo que movió al vicealmirante Omishi a formular la propuesta que se convertiría en el programa *kamikaze.*

Seguirían aún los largos horrores de la guerra del Pacífico en su última fase. Cientos de miles de vidas fueron sacrificados inútilmente por la sencilla razón de que, para los japoneses, no existía ninguna otra solución compatible con el honor. Para muchos de los que estaban en el poder, la muerte de una nación era preferible a la pérdida de la dignidad que supondría la capitulación, y es muy posible que, si no se hubieran lanzado las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, habría sido necesario organizar una invasión a gran escala con la consiguiente pérdida de millones de vidas.

Quizá cuando el gran poeta japonés del siglo XVII Matsuo Basho escribió un *haiku* sobre la inutilidad de la guerra, estaba ya llorando a la generación perdida de soldados japoneses que yacen enterrados en los campos de batalla del Pacífico.

Hierbas de verano
es cuanto queda
de las visiones de los soldados.



Prólogo

El 11 de agosto de 1945, las masas, entusiasmadas, se congregaban en el londinense Picadilly Circus, en la Times Square de Nueva York y en otras muchas ciudades aliadas celebrando la noticia de que el Japón había aceptado provisionalmente las condiciones de rendición impuestas por el vencedor. La guerra en el Extremo Oriente había terminado y, durante tres días, la gente se entregó a la alegría.

Pero aquellas manifestaciones de júbilo eran prematuras; mientras, en el frente, se seguiría luchando y muriendo. Sólo unos cuantos iniciados sabían



El pueblo norteamericano celebrando el día V-J en Times Square, de Nueva York.

en Tokio que la rendición era una posibilidad, pero la mayoría estaba persuadida de que todos los japoneses debían, a falta de armas modernas, seguir luchando hasta el final con su ancestral espíritu *yamato*. Incluso quienes sabían que la nación estaba a punto de rendirse se negaban a admitirlo, siendo muchos también los que no sólo rechazaban la idea de la rendición, sino que estaban dispuestos a impedirla, y numerosos también los dispuestos a llevar al Japón a la destrucción final —a derribar el edificio de la civilización japonesa en un final apocalíptico— antes que someterse a la indignidad de una rendición incondicional. Su aspiración era el *gyokusai:* un Armagedón que haría al Japón volver a la Edad de Piedra partiendo del formidable complejo industrial obtenido hasta entonces. Cuanta más sangre se derramara, menores serían las posibilidades aliadas de detener la matanza, ya que, si fuera necesario, toda la nación japonesa se suicidaría.

Como tantas otras veces había ocurrido ya, el foco de fermentación de aquella idea era el ejército. A pesar de los devastadores bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, eran muchos los militares que se oponían tenazmente a la rendición y a la ocupación, llegando a planear, y llevar a ejecución, un golpe de estado con ramificaciones por todo el país. Pero su *putsch fracasó.* Mientras tanto, en la noche del 13 de agosto, se celebró una reunión de jefes de la Sección de Operaciones del Alto Estado Mayor del Ejército y la Marina y el jefe de la Sección de Asuntos Militares del Ministerio de la Guerra para estudiar la propuesta del Gobierno de aceptar las condiciones de rendición. El almirante Takajiro Ohnishi creador y "sumo sacerdote" del Cuerpo de *Kamikazes,* principal representante de la marina en aquella reunión, terminó su alocución diciendo entre lágrimas: "Debemos presentar al emperador un plan para obtener la victoria... ¡Si estamos dispuestos y decididos a sacrificar veinte millones de vidas japonesas en un esfuerzo *kamikaze,* la victoria será nuestra!"

Afortunadamente, el resto de los reunidos no quiso escuchar los alegatos de aquel obseso del suicidio. Pero Ohnishi no se dio por vencido y trató de persuadir al príncipe Takamatsu —hermano menor del emperador y que había servido en la Marina— para que influyera sobre éste en favor de una batalla decisiva. Takamatsu se negó también a escucharle, y, cuando Ohnishi le dejó a primera hora de la mañana del 14 de agosto, dijo a un jefe de Estado Mayor: "¡Todo ha terminado!"

Pero, en realidad, no había terminado todo, pues, aún existía la posibilidad de un *Götterdämmerung* japonés. Si bien el ejército de tierra, que aún



conservaba la mayor parte de sus aviones, obedeció la orden dada por el Estado Mayor Central el día 14, de desarmarlos y quitarles los depósitos de gasolina, la marina no estaba dispuesta a aceptar tan fácilmente el aniquilamiento que se cernía sobre ellos. El Grupo Aéreo 302, con base en el aeródromo de Atsugi, en las afueras de Tokio —centro de entrenamiento de los pilotos *kamikazes*— se negó a aceptar la derrota. Su jefe, el capitán Yasuna Kozono, se puso al frente de un grupo de intransigentes e hizo que se lanzara sobre Tokio una lluvia de octavillas en cuyo texto se declaraba que la rendición sería un error y que no era el emperador quien la deseaba, sino "los traidores que rodean al trono". En Atsugi se encontraban 2.000 hombres que acababan de finalizar su adiestramiento como *kamikazes* y pletóricos del ansia de morir por el emperador tal como la formación recibida les había inculcado. Arengados por Kozono, clamaron que torpedearían la flota aliada surta en la bahía de Tokio y que volarían su buque insignia, el acorazado *Missouri*.

Kozono —excelente piloto, soldado valiente y gran jefe— supo obtener un alto nivel de disciplina en su Grupo y, pese a la desastrosa situación material que atravesaba el país, mantenido listos para el combate sus aviones. Pero también era Kozono un fanático y, cuando se le ordenó que dispusiera el aeródromo de Atsugi para recibir la vanguardia de las fuerzas de ocupación, se negó. No dándose por enterado de la orden recibida ni tampoco de las amenazas advirtiéndole de que se utilizaría la fuerza para obligarle a ello, se prefirió recurrir a un ardid para privarle del mando.

Otro de los intransigentes a ultranza que estaba dispuesto a no aceptar la idea de rendición fue el famoso capitán Minoru Genda, que había participado en el ataque aéreo a Pearl Harbour. Al final de la guerra, Genda mandaba uno de los pocos grupos de aviones de caza que quedaban en Japón. Pero, finalmente, cuando se le aseguró que era voluntad del emperador acabar la guerra, Genda utilizó su prestigio con los exaltados de las Fuerzas Aéreas y les convenció para que aceptaran resignadamente el final. Por suerte para las tropas de McArthur, la disciplina, aún existente, y un mensaje especial del emperador a todas las fuerzas armadas japonesas terminaron con aquella peligrosa situación. El pueblo japonés no se lanzaría a operaciones suicidas: no iba a haber *Götterdämmerung*.

El vicealmirante Takijiro Ohnishi que propugnó las tácticas de choques suicidas.

No obstante, había aún muchos hombres dispuestos a resistir hasta el amargo final. Los fanáticos pilotos *kamikazes* de Atsugi continuaron su rebelión hasta momentos antes de la llegada de las tropas de McArthur. Y cuando las tropas de ocupación empezaron a desembarcar, más de mil jefes y oficiales del Ejército, cientos de mandos de la Marina y no pocos civiles enviaron su espíritu al santuario de Yasukuni quitándose la vida. Muchos consideraban el suicidio como la única solución racional al mundo caótico en el que sus normas de existencia habían desaparecido repentinamente. Algunos de los que adoptaron esta medida lo hicieron para expresar su culpabilidad como su protesta y no como una reacción agresiva contra la sociedad, como suele hacerse en Occidente. Su suicidio no era un acto ritual exigido de ellos por el emperador, el gobierno o el honor castrense. A diferencia del clásico caso occidental, en el que se deja sólo al militar condenado con una botella de coñac y una pistola, no se ejerció nunca presión expresa sobre estos japoneses.

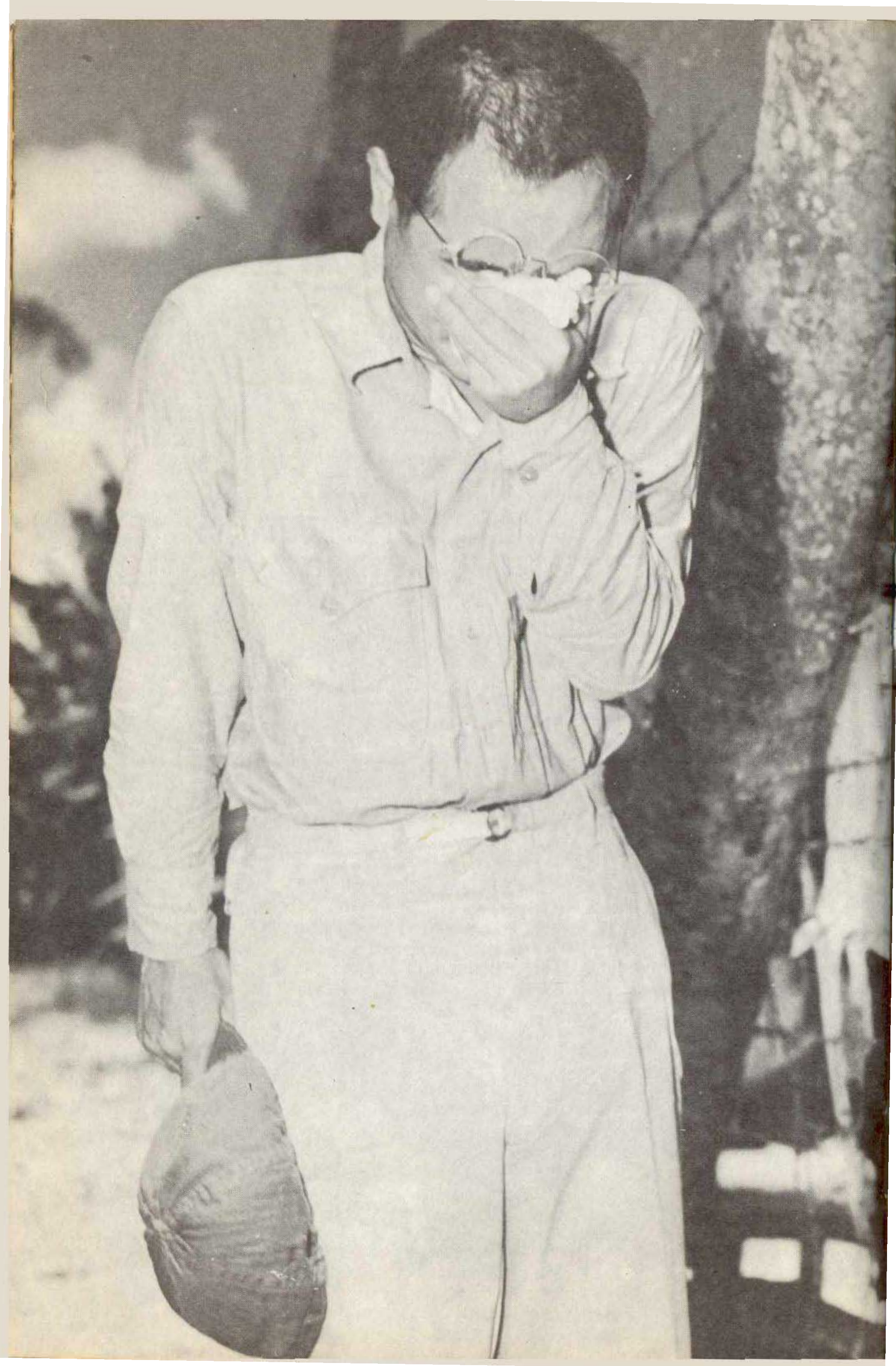
Pero, en el fondo, no debe extrañarnos mucho esta ola de suicidios del verano de 1945, ya que, en 1932, algo totalmente fútil —el Tratado Naval de Londres— provocó también otra gran oleada de *hara-kiris*. Entonces, como ahora, se quitaban la vida como demostración de protesta contra una decisión gubernamental que ellos no podían cambiar. Al final de la Segunda Guerra Mundial, otros —imbuidos, dominados por tradiciones seculares— asumieron la responsabilidad del fracaso de sus subordinados, y, en última instancia, el suyo propio en su deber para el emperador. Otros —muy pocos—, que temían ser procesados como criminales de guerra, prefirieron la muerte al deshonor.

Hubo quienes escenificaron dramáticamente su suicidio. El almirante Ohnishi, por ejemplo, creador de los *kamikazes* y partidario acérrimo de la guerra suicida, puso fin a su vida en



Multitudes jubilosas festejando el Día-V en Picadilly Circus, de Londres.


GORDON'S
GIN
Take Nightly
BILE BEANS
And Keep Your
LOOKS, FIGURE & SPARKLE
SYLVIA
JAMES
SIDNEY
CAGNEY
BLOOD
ON THE
SUN
WRIGLEY'S
FOR VIM AND VIGOUR
HAIRDRESSERS
HAIRCUTTING
MANICURE
Ever-Ready
BLADES
MARVELLOUS
Ever-Ready
BLADES
EMPIRE FOOD STORES







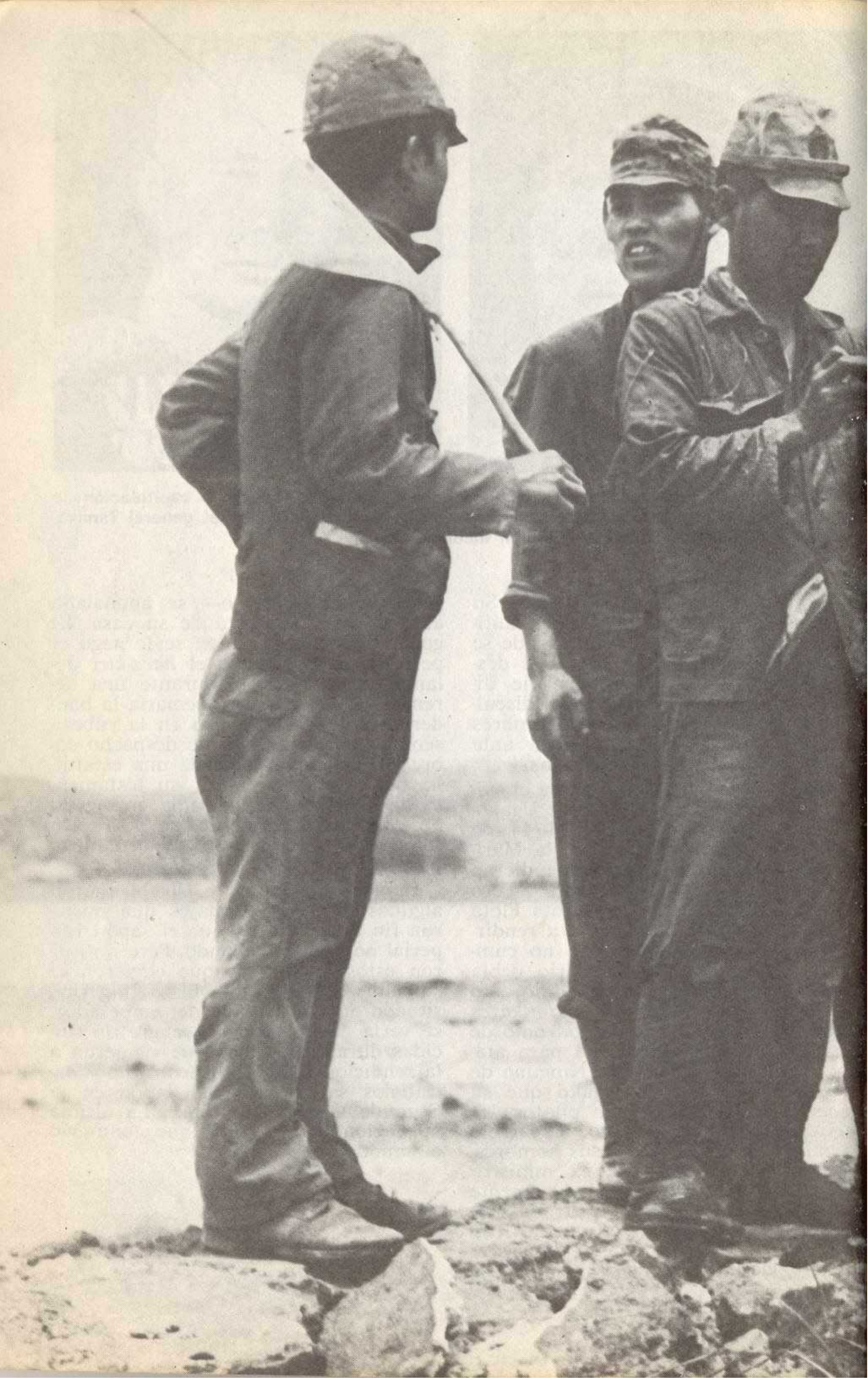
Izquierda: **Un prisionero de guerra japonés llora al oír la noticia de la capitulación de su país.** Arriba, izquierda: **El mariscal Sugiyama y** (arriba, derecha) **el general Tanaka. Los dos se suicidaron tras la rendición incondicional.**

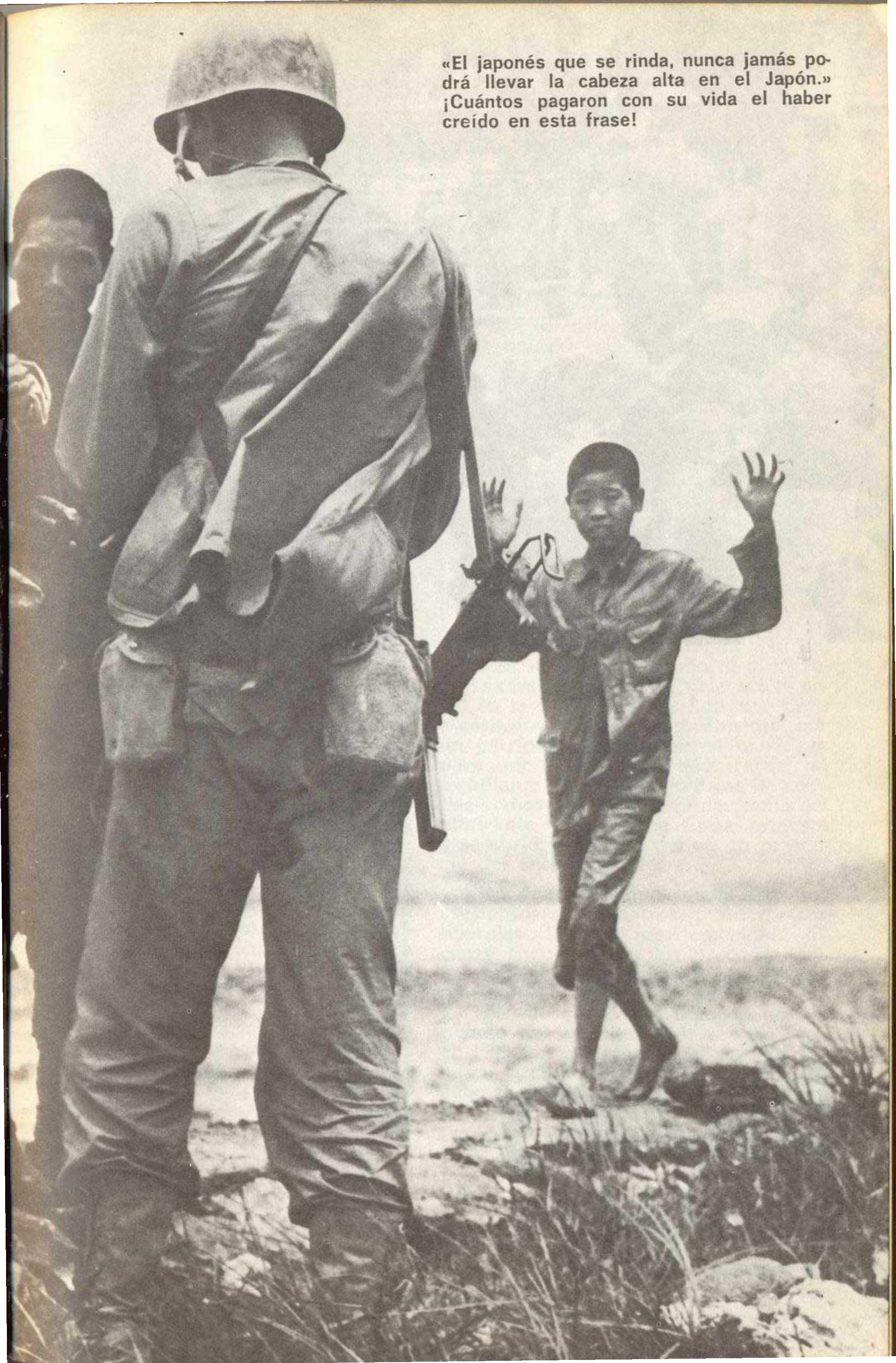
las primeras horas del 16 de agosto. Su suicidio fue cuidadosamente escenificado en su residencia oficial, donde se hizo el *hara-kiri*. En su mesa de despacho dejó un emotivo mensaje diciendo que, con su muerte, se disculpaba ante las almas de los hombres que había enviado al desastre y ante la de sus desconsoladas familias.

Muy distinto al de Ohnishi fue el suicidio del vicealmirante Matome Ugako, uno de sus subordinados. El 14 de agosto, el Cuartel General de la Marina en Tokio ordenó se suspendieran todos los ataques de *kamikazes*. Pero cuando Ugako, Jefe de la Quinta Flota Aérea, supo que el Japón iba a rendirse, decidió que su deber era no cumplir la orden, y que, al contrario, debía disponer un ataque suicida como acto de desafío. Con otros diez *kamikazes* siguiéndole, despegó del aeródromo de Oita y se dirigió a Okinawa para atacar a los barcos enemigos. Ninguno de ellos volvió. Creyendo Ugako que su deber consistía en enviar pilotos *kamikazes* contra el enemigo, le pareció lo más lógico perecer con sus hombres.

El mariscal Sugiyama, ex ministro de la Guerra, preparó cuidadosamente su suicidio para obtener el máximo efecto simbólico. El día en que sus tropas fueron desmovilizadas, el mariscal se mató de un tiro mientras su esposa —por acuerdo previo— se apuñalaba ante el altar sintoísta de su casa. El general Tanaka, a quien se le negó el permiso para hacerse el *hara-kiri* delante de sus tropas, durante una ceremonia en la que se quemaría la bandera, se disparó un tiro en la cabeza sentado ante su mesa de despacho sobre la que había colocado una estatuilla del emperador Meiji, su testamento, un escrito que le había entregado el emperador Hiro-Hito, su gorra, su sable, sus guantes y... su dentadura postiza.

Tanaka, Sugiyama y Onishi fueron algunos de los personajes que pusieron fin a su vida porque el Japón Imperial no seguía luchando. Pero no fueron éstos los únicos que eligieron el suicidio: el suelo de la Plaza Imperial, situada ante el palacio del emperador, se vería encharcado de sangre de suicidas durante los días que siguieron a la rendición final. Eran los últimos sacrificios sangrientos del Japón en la Segunda Guerra Mundial... La última aplicación de un arma que conmovió al mundo.

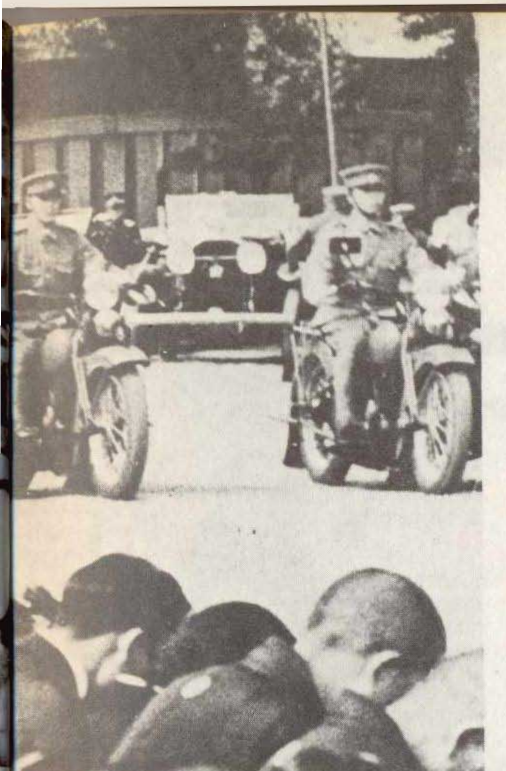




«El japonés que se rinda, nunca jamás podrá llevar la cabeza alta en el Japón.» ¡Cuántos pagaron con su vida el haber creído en esta frase!



Suicidio y bushido



Multitud de japoneses hacen el saludo kowtow **ante el automóvil del dios-emperador.**

En ninguna sociedad ha sido el suicidio una institución hasta el extremo en que lo fue en el Japón que cambió de faz en 1945. Tokio aún registra siete suicidios por día y, aunque esta tasa no es superior a la de los ilustrados Estados Unidos de América, lo más significativo del suicidio en Japón es la motivación y el éxtasis con que normalmente se efectúa. Se sabe que los jóvenes enamorados, al comprender que su amor es imposible, han escrito notas comprometiéndose a unir sus almas en la próxima encarnación, para luego atarse juntos y saltar al cráter de un volcán o colocarse en el camino de un tren expreso. Otros, ante la imposibilidad de organizar un romántico acto doble, lo hacen individualmente. Y si el autosacrificio se escenifica adecuadamente, sea de este modo o de otro, da origen a toda una serie de suicidios similares. Por ejemplo, tras los comentarios en los periódicos de la romántica muerte de un joven enamorado en el humeante cráter del monte Mihara, en la isla de Hachijojima, en un año le siguieron 149 personas y otros 688 suicidas potenciales fueron detenidos por la policía. El mayor fue un hombre de sesenta y cinco años, y el más joven una muchacha de quince. Los problemas familiares y las enfermedades justificaban muchos casos, pero la única explicación para la mayoría, que oscilaban entre los veinte y los treinta años, era una especie de histeria suicida.

El tipo de histeria japonesa que afectó al mundo occidental entre 1941 y 1945 era el vinculado con el orgullo nacional y el emperador Hiro-Hito. Como protesta contra la rendición del Japón a Estados Unidos e Inglaterra en la conferencia naval de Londres de 1930, el teniente Kusukara se hizo el *hara-kiri* con su sable de oficial, arrodillándose con sus ropas de dormir en una litera de ferrocarril de vía estrecha. Este fue en realidad el principio de la agitación que produjo la caída del gobierno, la toma de Manchuria, la retirada de Japón de la Sociedad de Naciones y los preparativos para una guerra contra Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, si fuera necesario. Cuando el almirante Takarabe, jefe de la delegación naval en la conferencia de Londres, llegó a casa, fue recibido, naturalmente, por un patriota que le presentó una daga para que se suicidara. Más tarde, un estudiante de ciencias políticas de veintiséis años apareció en el despacho del almirante, le leyó una firme protesta y se abrió su propio vientre en presencia del secretario.

A su debido tiempo comenzaron los asesinatos de ministros, plutócratas y liberales. Este frenesí emocional alcanzó su clímax en los procesos civiles, militares y navales de los jóvenes patriotas-asesinos en el otoño de 1933. La cosa no quedó ahí. Dirigido por un mando del ejército, Hideki Tojo (que en 1942 se convertiría en el amo del Pacífico Occidental y primer ministro de Japón), estaba profundamente arraigado en la vida emocional del pueblo japonés, reforzado por incidentes históricos y apoyado por la mayoría de los periódicos y por millones de soldados, marinos, militares y civiles. Otras explosiones de emoción, menos espectaculares, también tuvieron su importancia. Un hombre llamado Nojima, que envió al ministro del Interior una



petición de metro y medio de longitud solicitando un alivio del desempleo, la acompañó con su dedo. Tres militares de la clase de tropa en Shanghai se ataron dinamita a la espalda y se arrojaron contra las alambradas chinas, haciendo estallar sus cargas. Ahora están en el gran museo militar de Tokio. Sus madres fueron llevadas por las islas en un tren especial y cientos de miles de personas trataron de abrirse paso para besar la orla de sus kimonos. Los japoneses de Perú enviaron dinero para la erección de un monumento a los *san yushi* (tres héroes). La señora Chiyo (Millow) Inouye, al saber que su marido, que era médico, iba a partir con el Cuerpo médico a Manchuria, se puso el kimono de su boda y se cortó el cuello, dejando la siguiente carta:

"A mi querido esposo: Mi corazón rebosa de alegría. No encuentro palabras para felicitarse. Antes de que partas para el frente mañana, yo dejo este mundo hoy.

"Por favor, no te preocupes por tu hogar, porque ya no hay nada que pueda preocuparte. En mi impotencia, voy a hacer lo poco que puedo para que tú y tus hombres podáis luchar con alma y corazón por la patria. Esto es lo único que deseo.

"Gracias por tu amabilidad; mi vida ha sido feliz. Aunque este mundo es efímero, dicen que el próximo es eterno. Algún día te reunirás conmigo allí. Te estaré esperando.

"Dicen que hace mucho frío en Manchuria. Por favor, procura abrigarte.

"Te incluyo cuarenta yens. Te ruego que, cuando llegues al frente, los distribuyas entre los soldados.

"Rezo por tu éxito.

Tu esposa."

Tal era la emotividad medieval que se escondía tras el estado totalitario que en 1940 estaba decididio a asegurarse un lugar en el sol. Se había adoctrinado al pueblo con teorías sobre su superioridad y su misión divina de liberar el Este de la dominación occidental. Sus jefes militares habían previsto desde hacía mucho tiempo que una guerra en Europa les dejaría las manos libres en Asia, y cuando llegó estaban preparados. Durante años la nación estuvo en pie de guerra y se ultimaron todos los preparativos necesarios para una confrontación con Estados Unidos e Inglaterra. Dos millones y medio de hombres en armas esperaban la llamada del emperador para lanzarse a través de Asia y cruzar el Pacífico a fin de liberar a sus pueblos sometidos. Por las emisoras de radio se lanzaba propaganda resaltando la misión divina. Los generales y almirantes señalaban a Australia y la India; algunos incluso hablaban de desfiles de la victoria en Londres y Washington.

«Nuestra más alta esperanza es morir por él» (el emperador Hiro-Hito).

Sus soldados, marinos y aviadores aceptaron las predicciones para el futuro con ecuanimidad nacida del fatalismo oriental. Los poetas japoneses contemporáneos han comparado a estos guerreros con el cerezo que se cultiva en Japón por sus flores, y que el pueblo considera como un símbolo de pureza, lealtad y patriotismo, pero cuya belleza es efímeras. Como él —decían— es la vida del soldado japonés.

"*El cerezo es el primero entre los árboles;*

el guerrero es el primero entre los hombres."

Su vida estaba dedicada a su país; cuando llegara el momento, debía ofrecerla sin vacilación. En la escuela elemental se le enseñó a amar a su nación con una pasión desconocida en Occidente. El soldado japonés servía a su emperador con orgullo y aceptaba sin discusión una disciplina de hierro y la influencia del espíritu samurai. "Cumple o muere; la muerte antes que el deshonor"; tal era su código y la base del bushido. La nación creía en su Ejército y lo respetaba profundamente. Si los generales decían que iban a conquistar el mundo, sin duda lo harían o sus ejércitos perecerían en el intento.

Japón debía sus éxitos al soldado; se le ha descrito despectivamente como una "hormiga" o un "insecto", pero el capitán general Slim, distinguido co-

mandante del Catorce Ejército inglés en Birmania, dijo de él: "Hablamos mucho de luchar hasta el último hombre y hasta la última bala, pero el soldado japonés es el único que lo hace en realidad."

Nunca fue siquiera necesario ordenar a un soldado japonés que resistiera hasta el último hombre y el último cartucho. De hecho, había que mandarle que olvidara sus honorables intenciones y se retirara. Mostrar su espalda al enemigo era una cobardía y el hacerlo suponía el deshonor para su apellido; el mayor honor que podía esperar era morir por el emperador. Sobre esta base, el alto mando japonés suponía que todos los soldados eran igualmente valientes y, por consiguiente, no existía una medalla al valor como la Cruz Victoria o la Medalla de Honor del Congreso. Las medallas sólo se otorgaban por campañas o por un servicio largo y distinguido. Como el código de conducta militar no aprobaba la rendición, se consideraba ignominiosa. Y como la Convención de Ginebra sobre Prisioneros de Guerra era contraria a este punto de vista, Japón nunca la ratificó. Un soldado aliado que, tras luchar hasta la última bala, se encontrara frente a una superioridad aplastante, podía redirse sin ignominia. En condiciones similares, la única salida honorable para el soldado japonés era luchar hasta morir, reservándose la última bala para él si fuera necesario. Otra alternativa era cargar contra el enemigo en un último ataque suicida. Aunque fuera hecho prisionero tras caer herido, incapaz de moverse o inconsciente, nunca podría volver a levantar la cabeza en Japón. En tales circunstancias, a menudo trataba de suicidarse. Los que se rendían a él generalmente le inspiraban un absoluto desprecio. Tales hombres, a sus ojos, estaban deshonrados y se habían hecho indignos de toda consideración.

Sin embargo, a pesar del comportamiento de sus soldados, la resignación fatalista ante la muerte no es inherente al carácter japonés; hubo tantos jóvenes que intentaron evitar el reclutamiento como en Inglaterra o en Estados Unidos y que emplearon los mismos subterfugios para tratar de obtener la exención. Sin embargo, una vez en el ejército, pronto cambiaba su actitud. Los reclutas eran sometidos durante tres meses a un curso intensivo de adoctrinamiento que les convertía en fanáticos dispuestos a morir por su emperador, su patria y el honor de su regimiento. Las bofetadas, las patadas y una disciplina salvaje les endurecía. "El dolor y la pena os hará hombres —gritaba el sargento mayor a los reclutas—. Cuando terminemos con vosotros, seréis capaces de asesinar sin derramar una lágrima." La consigna "Nuestra más alta esperanza es morir por el emperador" se repetía hasta convertirse en una obsesión. Todas las noches el Ejército volvía ceremoniosamente el rostro hacia el invisible palacio del dios-emperador y recitaba las palabras del edicto imperial... "La muerte es más ligera que una pluma, pero el deber es más alto que una montaña." Así se recordaba al soldado su sagrada misión y la gloriosa recompensa o *shensi:* la muerte en combate.

Tampoco se olvidaba el adoctrinamiento de la familia del soldado; poco después de que el nuevo recluta fuera llamado a filas, los parientes recibían una carta de su comandante pidiéndoles que tuvieran cuidado de no interponerse en su camino hacia una muerte honorable. Puede juzgarse la eficacia de la propaganda por la carta suicida de la señora Inouye. Muchos mandos y soldados incluso se hacían celebrar sus ritos funerarios antes de partir al frente para expresar su intención de morir por la patria. Una de las marchas militares decía estas macabras palabras:

"Cuando mi cadáver flote en el agua o cante bajo la hierba de la ladera, moriré contento por el emperador."

Con unos hombres así adiestrados, una petición de voluntarios para una empresa desesperada producía invariablemente multitud de soldados dispuestos a enfrentarse a una muerte segura.

Mas la mayoría considera que estar vivo es más atractivo y útil que estar muerto, y había que convencer de lo contrario incluso al recluta japonés. Por consiguiente, para hacer más atrayente la perspectiva de la muerte, se prometieron ciertos beneficios. Los libros de texto del Ejército postulaban que "Morir por el emperador es vivir

Dos presidentas de la Liga Nacional de Mujeres se inclinan ante las tropas a punto de partir.





para siempre" y se convirtió en práctica común que los ataques culminaran con una carga *banzai* desafiando la muerte. A propósito del tema, decía un periódico japonés: "Por muy pecador o muy perverso que haya sido un súbdito japonés, una vez ocupado su puesto en el campo de batalla, todos sus pecados quedan expiados y se convierten en nada. Las guerras del Japón se hacen en nombre del emperador y, por consiguiente, son guerras santas. Todos los soldados que participen en ellas son representantes del emperador... Los que han consumado una muerte trágica en combate, sean buenos o malos, quedan santificados." A pesar de toda esta propaganda, algo en la actitud de una persona normal aún se resistía. Aunque aceptaran que iban a morir, la mayoría de los soldados llevaban un *sennin-bari* —una banda de tela con cabellos de mil mujeres, que supuestamente debían proteger a su portador— en la cintura. Tanta fe se depositaba en este este amuleto que los familiares femeninos iban por las calles solicitando a los transeúntes unos cabellos para proporcionar protección a sus seres queridos.

«Los que se rinden pierden todo derecho a consideración.» Arriba y derecha: **Prisioneros sikhs eran utilizados para practicar con el rifle y la bayoneta.**

Pero si no había suerte y el soldado moría trágicamente en la batalla, se suponía que se había reunido con los dioses y su alma reposaba en una urna del templo de Yasukuni, en Tokio. "Te veré en Yasukuni" era una frase corriente entre los soldados, y cuando se despedían antes de una batalla lo decían de corazón. Acabarían en Yasukuni, quedando al cuidado de los kami japoneses, los dioses del nacionalismo, y harían guardia sobre las islas sagradas del Japón; se les hacía creer que esto era motivo de alegría.

La consideración del lugar que debían ocupar entre los dioses después de la muerte obligaba en general a los japoneses a esforzarse considerablemente por recobrar a sus muertos después de una batalla. Los cadáveres se incineraban, pero, si esto no era posible, se hacía lo posible por quemar una porción del cuerpo —un trozo de uña

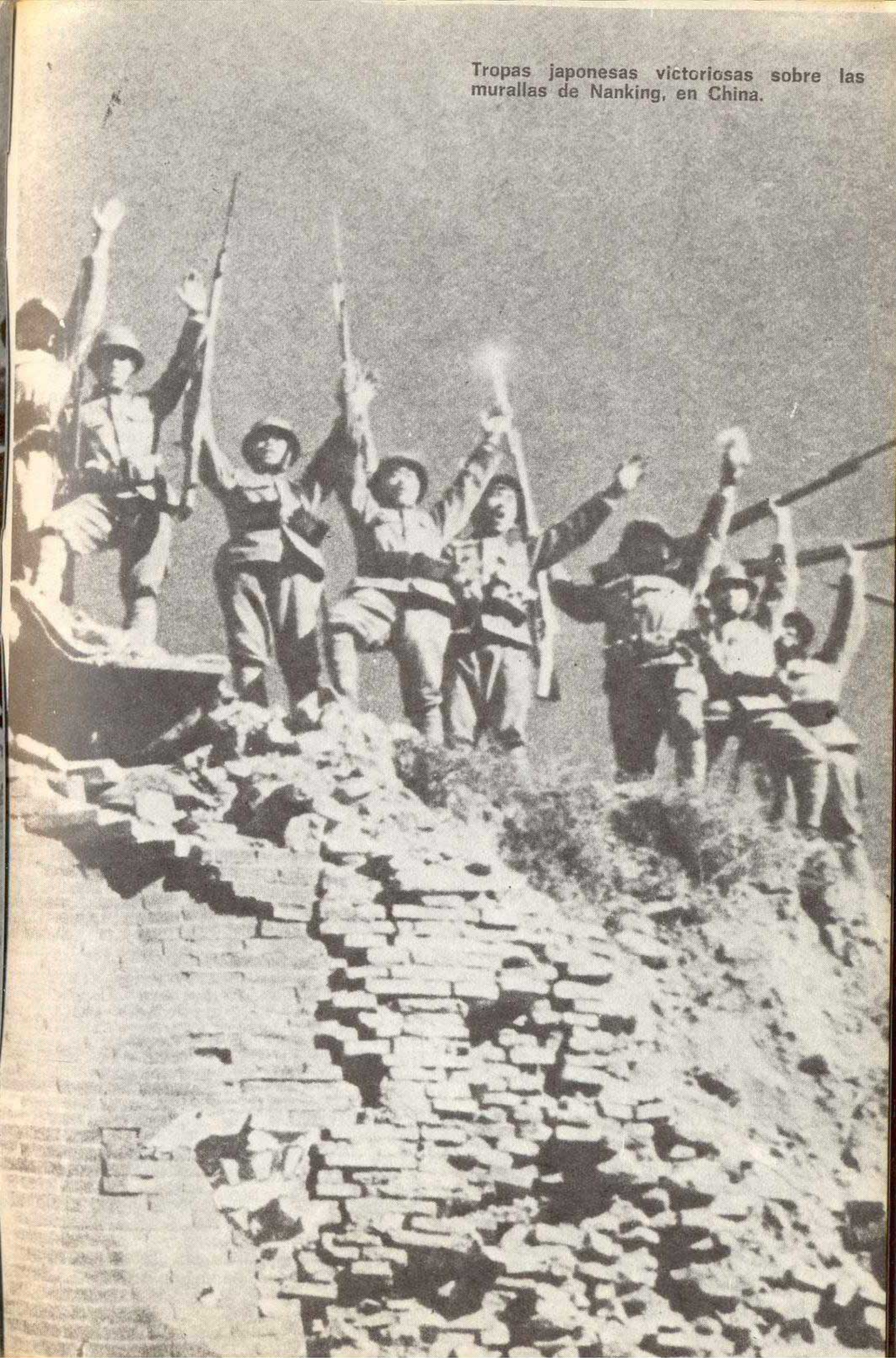
era suficiente— para enviar las cenizas a las desoladas familias. Dos veces al año durante el período de la guerra se celebraba una complicada ceremonia en Yasukuni. Los nombres de los caídos en combate eran colocados en un arco, que se llevaba en procesión a la luz de las antorchas hasta el altar en que los hombres se deificaban. A partir de entonces se creía que el soldado continuaría luchando por Japón en el mundo de los espíritus.

El *bushido* pronto hizo adquirir a los soldados japoneses una reputación de ferocidad implacable en todas las batallas que libraron. Los hombres eran forzados hasta el agotamiento con un olvido total de los sentimientos humanos normales y los mandos les trataban con bárbara severidad. Aunque su comportamiento con los prisioneros fue irreprochable durante la guerra ruso-japonesa, la historia bélica posterior a 1930 fue muy diferente, y dio lugar a escenas de ferocidad brutal. Gran parte de las tropas japonesas consideraban que los prisioneros eran afortunados por estar vivos, dado que no merecían ninguna consideración; expresaban una actitud similar respecto a la mayoría de los pueblos asiáticos de los territorios ocupados. De un modo hasta cierto punto natural ello acabó disipando cualquier sentimiento de buena voluntad que los nuevos conciudadanos de la prosperidad pudieran haber albergado hacia sus "liberadores". Lo cual no significa que el gobierno de Tokio no comprendiera en absoluto los problemas del nacionalismo asiático; mas los administradores civiles enviados a los territorios ocupados estaban bajo la autoridad de los comandantes militares, que, en general, los consideraban inferiores.

Gran parte del respeto por la aptitud de los soldados japoneses era merecida. Cuando todo salía conforme a lo previsto eran excelentes combatientes. En los primeros días de la guerra, mientras ingleses y norteamericanos aprendían sus tácticas a partir de amargas experiencias en Birmania y Filipinas, se insistía mucho en su inteli-







Tropas japonesas victoriosas sobre las murallas de Nanking, en China.

gencia y habilidad. Su aparente competencia para organizar ataques nocturnos, sus artimañas y su fanático valor producían el efecto de crear una sensación de inferioridad en el ánimo de los soldados británicos y estadounidenses, sobre todo, cuando estas cualidades eran espectacularmente aireadas en la prensa. En la práctica, los japoneses no eran tan expertos como muchos de los informes periodísticos sugerían. Sin embargo, no estaban dispuestos a permanecer en las localidades defendidas sin hacer nada; sus éxitos dependían totalmente de las operaciones ofensivas. Si se estaban quietos en una zona del frente, es porque preparaban un ataque por sorpresa contra los flancos. Esta característica forma de luchar era algo más que una mera doctrina táctica: era una actitud profundamente arraigada en sus mentes, que buscaba expresión aun en las situaciones más desesperadas. "Ya quedamos pocos y no tenemos armas —puede leerse en el diario de un soldado—, pero los que estamos vivos debemos comenzar un ataque nocturno hacia las cuatro." Se evitaba la palabra "defensa"; los jefes de Estado Mayor japoneses preferían decir que "se protegería una posición para un avance".

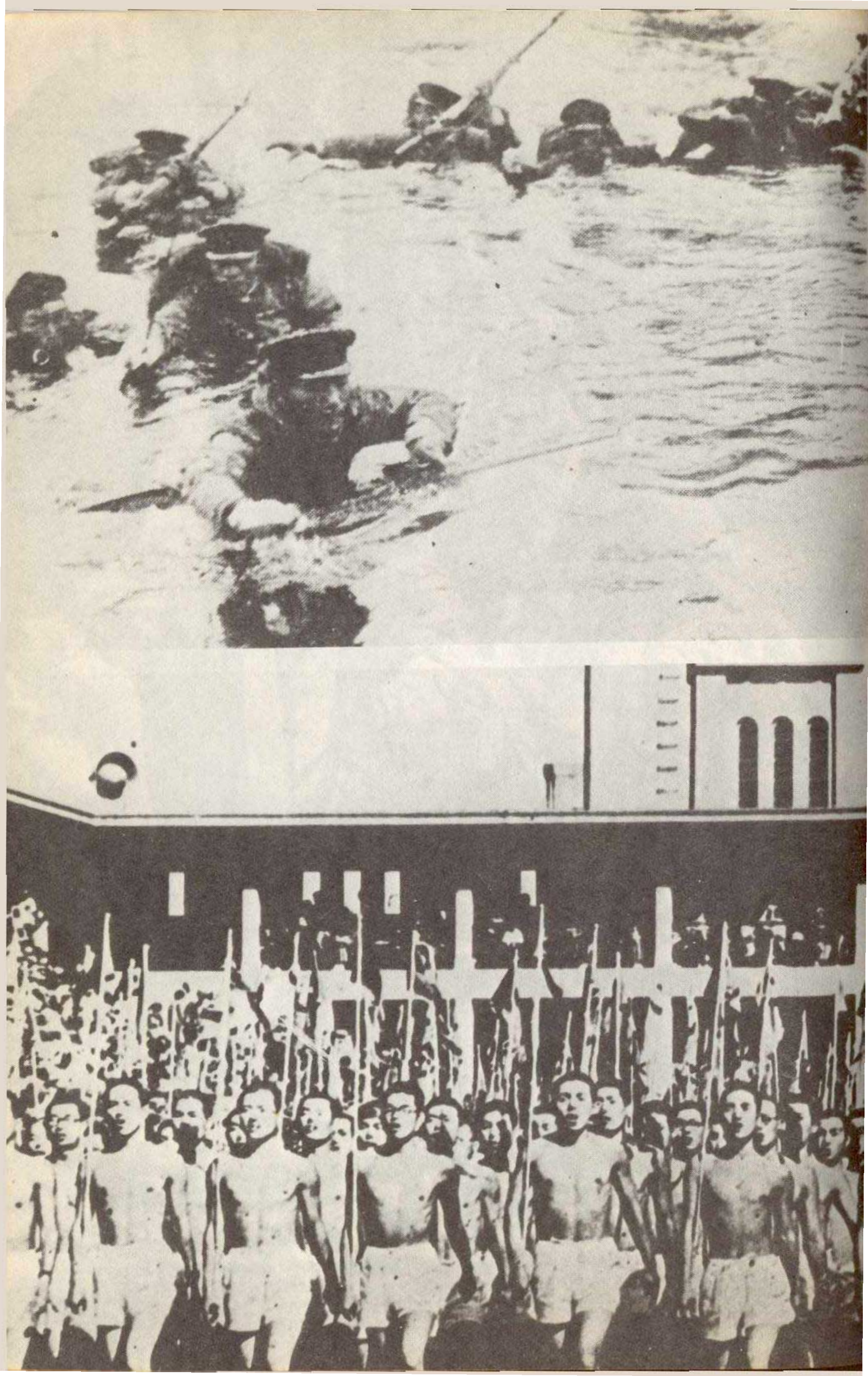
Se empleaban francotiradores hasta un extremo sin precedentes en cualquier otro ejército y sus actividades servían para perpetuar los terrores del campo de batalla hasta mucho después de haber tomado con éxito una posición japonesa o rechazado un ataque. Estos hombres permanecían ocultos e inmóviles, esperando pacientemente durante horas y horas a que se presentara un blanco apropiado: preferiblemente alguien que por sus distintivos o comportamiento pareciera un mando. Afortunadamente para muchos de los infortunados blancos, los japoneses solían ser relativamente malos tiradores, si bien su número era desconocido e inspiraban terror a las tropas inexpertas. Pasó algún tiempo hasta que los aliados crearon tácticas antiemboscada.

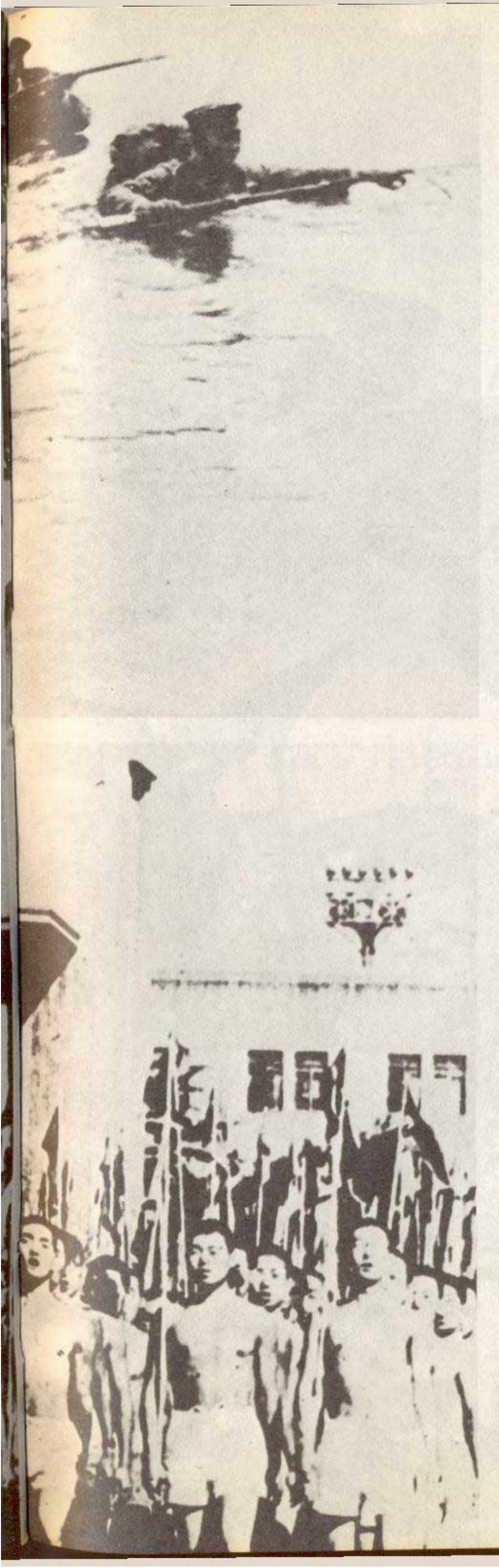
Pero no era cierto que el soldado japonés dominara absolutamente las artes de la lucha, como solía decirse en los primeros días de la guerra. No cabe duda de que era capaz de deslizarse por la jungla, especialmente de noche, pero la expresión de "silenciosa e invisiblemente", tan a menudo citada por la prensa, raras veces era cierta. Contrariamente a la creencia popular, los japoneses contaban con una instrucción en la jungla muy escasa antes de la campaña de Malasia, e incluso en 1944 no tenían nada de silenciosos. Frecuentemente se descubría la presencia de sus patrullas por sus constantes parloteos y conversaciones. Tenían predilección por los ataques nocturnos, que eran los más molestos para las tropas aliadas. En la oscuridad atacaban siguiendo caminos bien definidos o indicadores hechos con trapos blancos atados a los arbustos por patrullas anteriores, que les ayudaban a mantener el sentido de la orientación. A los ataques precedía una cantidad considerable de ruidos y gritos, seguidos de un rápido avance en masa acompañado de fuertes voces de *banzai*. Frecuentemente se oían, mezclados, insultos y engañosas órdenes en inglés. A menudo el avance era suficiente para dar al traste con la resistencia de los defensores. Invariablemente se mostraban peligrosos y fanáticos en su valor, por muchas bajas que tuvieran. No les faltaba ingenio, captaban rápidamente los nombres que oían y luego llamaban a estos individuos en la oscuridad. Lo mismo ocurría con las contraseñas, hasta que las tropas inglesas y norteamericanas seleccionaron palabras que resultaban a los japoneses difíciles de pronunciar: voces como *velvet*, que con su pronunciación sonaba *berubet*.

Una de las dotes más comentadas del soldado japonés era su capacidad para subsistir durante una semana con una bolsa de arroz y un trago de la alberca de un pueblo, mientras que los aliados, si tenían que vivir en las mismas condiciones, pronto caían enfermos. También se decía que eran más capaces de tolerar las penalidades físicas. En realidad no estaban hechos de una fibra diferente. Los soldados japoneses y los aliados se mojaban igual cuando llovía y sufrían lo mismo. La malaria, la disentería, el tifus y otras enfermedades tropicales afectaban a ambos bandos en la misma medida. La diferencia radicaba en que el enfermo aliado seguía considerándose como un in-

Las fuerzas japonesas se granjearon una reputación de ferocidad implacable.







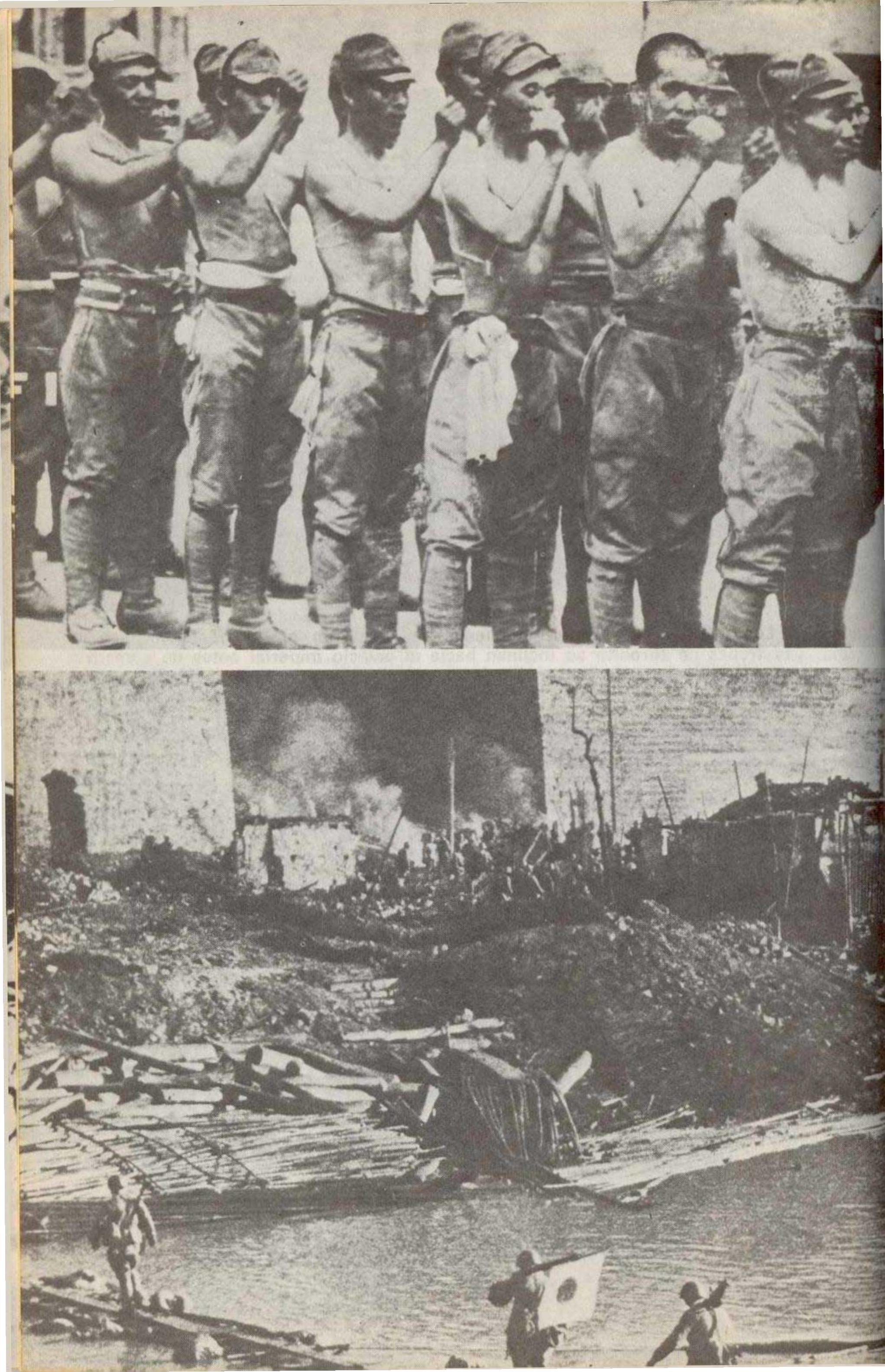
dividuo valioso al que había que cuidar, mientras que los japoneses raras veces consideraban enfermo a un hombre hasta que estaba a las puertas de la muerte. Aun entonces se le despreciaba por débil. La preocupación aliada por sus bajas producía rémoras en sus comunicaciones; los japoneses no tenían ese problema. En compensación, muchas bajas aliadas volvían al campo de batalla, mientras que gran número de las japonesas se morían literalmente de hambre. La actitud japonesa respecto a la jungla probablemente era más realista que la de los aliados. Visto que ciertos rasgos de la misma ofrecían al soldado ventajas que ningún otro terreno presentaba, rápidamente adaptaron su equipo y tácticas para utilizarlas. Todo ello contribuyó a su reputación. Pero tenían los mismos fallos humanos que cualesquiera otros soldados. Se perdían en la oscuridad o se sentían confusos en una batalla exactamente igual. El diario de un jefe de pelotón japonés recoge problemas que podían muy bien planteársele al enemigo: "Al acercarse la noche nos aproximamos al enemigo hasta llegar a una distancia de setenta metros... Debido a nuestra deficiente formación y a la molestia de la lluvia no pudimos realizar la carga... Decidimos atacar por la noche, pero los hombres no estaban reunidos adecuadamente... Se perdió un tiempo precioso... ni siquiera se podía alinear a los jefes de sección... el soldado de de primera clase Pte Hirose murió alcanzado por una bala enemiga. Debido a la oscuridad, el cabo Hamada no pudo reunir al resto de sus hombres... también a causa de la oscuridad, dos hombres y yo nos equivocamos de camino."

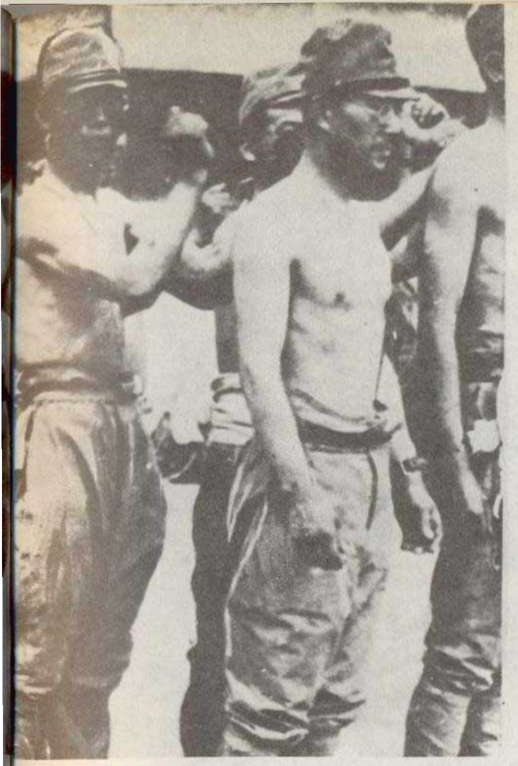
Se daba más importancia a la lucha que al lucimiento en los desfiles. Su atuendo sólo podía calificarse de desaseado, aunque los oficiales solían mejorar el aspecto de sus tropas haciéndoles desfilar con bandas de colores. Y con sus sables, que parecían extrañamente fuera de lugar y demasiado grandes para sus cuerpos achaparrados, a veces presentaban un aspecto de opereta. Estimulaban sin piedad a

Arriba: **Las tropas japonesas vadean un río; sus éxitos dependían de las operaciones ofensivas.** Abajo: **Desfile de cadetes de una escuela de oficiales.**



Izquierda: **Los infantes de Marina japoneses se adiestran en la tradición** bushido. Arriba: **Las tropas de Hirohito se inclinan hacia el palacio imperial antes de comenzar una campaña.** Abajo: **Parte de la complicada ceremonia funeraria de un soldado japonés.**





Arriba: **«El dolor y la pena harán hombres de vosotros»: la consigna del soldado japonés.** Izquierda: **Nanking cae como parte de los primeros éxitos japoneses.**

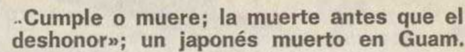
sus hombres hasta un punto intolerable para cualquier soldado aliado, y que a veces parecía más allá del límite de la resistencia humana. El japonés aceptaba todo esto con una obediencia sin vacilaciones. La sordidez, la falta de alimento y el castigo eran su vida de servicio. Poco podía esperar en cuanto a diversiones, a excepción quizá de alguna visita ocasional a una casa de "muchachas para solaz" japonesas, e incluso tales placeres estaban condicionados por su graduación.

"Inexpugnables, irreductibles, invulnerables" eran epítetos populares en Tokio. El Ejército y la Marina imperial japoneses se estructuraron en torno a la palabra "ataque", y se había depositado una excesiva confianza en el espíritu de lucha. Cuando se vieron obligados a luchar a la defensiva, estaban perdidos. Su valor raras veces fallaba; el fallo estaba en el uso inteligente de ese valor. Pueden imaginarse las dificultades en que se vieron por llegar a creerse su propia propaganda y engañarse a sí mismos. Notificar la pérdida de una batalla suponía un "deshonor". Pero no era deshonroso perder hombres, y eso sugería valor. En 1944, cuando la perspectiva de la derrota se cernía sobre Japón, parecía lógico combinar el suicidio con el *bushido* —la muerte en cumplimiento del deber con el honor— para formar un arma militar oficial.



Banzai: 10.000 años por el Emperador




«Cumple o muere; la muerte antes que el deshonor»; un japonés muerto en Guam.

El duro entrenamiento desarrolló la capacidad de resistencia del soldado japonés. Cuando se unía a su regimiento, raras veces tenía problemas éticos que le inhibieran en el combate. Sabía que su misión era ganar batallas, de ser posible por sorpresa; si no, abrumando al enemigo con el puro peso de su número y la indiferencia ante las pérdidas. Si era necesario, tendría que morir en la empresa; la muerte era su destino. Tanto los mandos como la tropa pensaban sólo en el ataque. Todos los manuales y reglamentos de campaña resaltaban el aspecto ofensivo de la guerra. El curioso fenómeno de la carga *banzai* era la culminación de esta filosofía de ataque. A lo largo de toda la guerra, donde quiera que lucharan los japoneses, había cargas *banzai* concebidas para mostrar la superioridad de la fuerza espiritual "tras las bayonetas dominadoras del diablo de Hiro-Hito".

Durante la campaña de Saipan, un destacamento japonés fue aislado por soldados de la 25 de Infantería de Marina de los Estados Unidos. Gradualmente fueron haciendo retroceder a sus integrantes y arrinconándoles en el extremo meridional de la isla, donde se dejó un batallón americano para mantener la posición hasta que pudiera terminarse con lo que quedaba del enemigo. Una noche, sin embargo, un numerosos grupo de japoneses salió de la trampa y se dirigió al campo de aviación que los norteamericanos habían establecido en la isla. Dadas las circunstancias, la operación estaba extraordinariamente bien organizada y se dieron órdenes rigurosísimas: "Los que no puedan participar... deben suicidarse. Las bajas permanecerán en la posición en que se encuentran y defenderán la zona" hasta donde había sido empujado el destacamento. La contraseña era *Sichi Sei Hokuku* (siete vidas por la patria): significaba evidentemente que cada hombre debía matar a siete norteamericanos antes de reunirse con sus antepasados. Aparte de causar todo el daño posible en las instalaciones de aviones del campo de aterrizaje y de tratar de abrirse paso hasta sus líneas del Norte.

Nunca se sabrá exactamente cuántos comenzaron esta extraña salida. A la mañana siguiente se contaron unos quinientos cuerpos y es posible que algunos japoneses alcanzaran la protección de la jungla e incluso sus propias líneas. Esta vez, el ataque fue un notable fracaso. No sólo no consiguieron matar a "siete por uno", sino que, además, al llegar al campo de aviación, fueron rechazados antes de que tuvieran la oportunidad de causar muchos destrozos. Sin embargo, tres días después hubo otra ofensiva japonesa mucho más seria. "La lucha en Saipan, tal como están las cosas, progresa desigualmente —informó en Tokio el comandante japonés—. Paso a paso se nos acercan y concentran su fuego sobre nosotros mientras nos retiramos..." Esta era la situación que el general Saito estaba decidido a cambiar.

Saito, un hombre ya anciano, se había dado cuenta desde hacía tiempo de lo que podía esperar. Las extravagantes promesas de refuerzos navales y aéreos por parte de Tokio no podían ocultarle la realidad. Lo que planeaba era en pocas palabras un *banzai* a lo grande. O conseguía romper el ataque norteamericano o todo el resto de la



guarnición japonesa perecería en el intento.

"El bárbaro ataque del enemigo continúa —escribió en su última orden del día a sus tropas—. Estamos muriendo inútilmente bajo los violentos bombardeos y granadas... Tanto si atacamos como si nos quedamos aquí, nos espera la muerte. Sin embargo, en la muerte está la vida. Debemos aprovechar esta oportunidad para exaltar la verdadera virilidad japonesa. Avanzaré con los que quedan para asestar un nuevo golpe a los Diablos Norteamericanos y dejaré mis huesos en Saipan como un baluarte del Pacífico." Una vez más se dio instrucciones a los soldados japoneses de restituir "siete vidas a la patria", la misma consigna dada al destacamento que trató de abrirse paso anteriormente. Pero en esta ocasión no había ningún objetivo táctico: el ataque debía ser el mayor suicidio en masa cometido en el Pacífico. Para asegurarse de que sus tropas estuvieran concentradas con tiempo suficiente, Saito formuló sus planes con considerable antelación. Las órdenes eran que todos los hombres disponibles se reunieran en un lugar convenido cerca del pueblo de Makunsho, donde los campos quemados de caña de azúcar seguían siendo lo bastante espesos para ocultar a las tropas mientras se formaban para el ataque. Se instó a los mensajeros a abrirse camino hacia las unidades más apartadas durante la noche y les fue imposible llegar a todas. También era inevitable que uno de los mensajes cayera en manos norteamericanas. En consecuencia, los infantes de Marina sabían que iba a producirse un ataque, aunque no se sabía exactamente dónde tendría lugar o de qué dirección llegaría.

Una vez enviado el mensaje, el general Saito se sentó a comer lo que quedaba de las raciones japonesas más deleitosas; sake y cangrejo en conserva. Luego, tras las tradicionales ceremonias asociadas con su última cena, se despidió de su estado mayor y se sentó fuera de su cuartel general mirando en dirección al palacio del emperador. Se le entregó un sable ceremonial y, en cuanto se hubo practicado la circunscrita incisión en el estómago, su ayudante —cumpliendo órdenes recibidas previamente— le disparó



un tiro en la cabeza. (Posteriormente los infantes de Marina recuperaron su cuerpo y lo enterraron con todos los honores militares.)

El mando del ataque recayó en el coronel Suzuki, de la 135 División de Infantería. Los japoneses nunca pudieron asegurar exactamente cuántos participaron en él. Pero, basándose en el número de cuerpos enterrados posteriormente, parece que la fuerza de ataque sumaba unos tres mil. El avance comenzó desde Makunsho hacia las 00,40 de la mañana del 8 de julio de 1944. Avanzando en formación por el ferrocarril de vía estrecha que discurre cerca de la costa, los japoneses desecharon los puestos avanzados norteamericanos y se enfrentaron a dos batallones de la 105 División de Infantería de los Estados Unidos poco des-

Izquierda y abajo: **Resultado de las cargas suicidas en Saipan. Casi 24.000 japoneses muertos, muchos en ataques** banzai, **que se repitieron a pesar de las terribles pérdidas.**





pués de las 05,00. En una masa de chillidos cargaron gritando *banzai, banzai:* palabras agudas, cuajadas de sangre y cargadas de fanatismo, salvajismo y odio. El ímpetu de la carga inicial fue suficiente para llevarles a través de los norteamericanos; no había forma de detener a tantos hombres cuyo único pensamiento era matar o ser matados. La artillería norteamericana machacó la zona desde la que se estaba iniciando el ataque, pero era ineficaz donde ya estaba teniendo lugar, pues no podían disparar por temor a herir a sus propios hombres.

A las 06,00 la situación era de una confusión caótica. Los dos batallones norteamericanos estaban destrozados y una lucha feroz giraba en torno a una docena de bolsas aisladas de resistencia norteamericana. Algunas fueron dominadas; otras resistieron. Parte de los norteamericanos escaparon a las colinas; los que estaban cerca de la costa fueron empujados hasta el mar. Entretanto, a medida que los japoneses seguían presionando, los observadores de las colinas que dominaban el campo de batalla vieron un extraño fenómeno a través de sus gemelos de campaña. Tras las primeras líneas de las tropas de asalto japonesas avanzaba una horripilante procesión: los lisiados, los enfermos y los cojos. Los heridos habían abandonado los hospitales y salían para morir. Hombres vendados, algunos con muletas, heridos caminando y ayudándose mutuamente; algunos armados, otros con sólo una bayoneta o una granada; muchos sin ningún arma, luchando por tratar de matar a algunos americanos para luego morir en combate. Más tarde se descubrió que unos 300 pacientes demasiado débiles para moverse habían muerto a manos de los propios japoneses.

A unos mil metros detrás del lugar por donde los hombres de Saito habían atacado, los artilleros norteamericanos disparaban sus armas a quemarropa mientras los japoneses corrían hacia ellos. Gran parte de la agitada masa murió allí antes de que los propios artilleros fueran rebasados. Pero a estas alturas la carga ya había perdido su ímpetu y cuando llegó otro batallón estadounidense para contraatacar, el gran *banzai* había terminado y los norteamericanos pasaron a la ofensiva. Al llegar la noche sólo quedaban dos bolsas de obstinada resistencia, que fueron limpiadas al día siguiente.

La carnicería fue increiblemente espantosa. Las partidas de enterradores tardaron días en enterrar a los muertos. Un observador que visitó el escenario describía a los exhaustos soldados e infantes de Marina norteamericanos tumbándose a dormir entre los cadáveres ya en putrefacción, porque no había ningún sitio en la zona que estuviera libre de muertos. Por lo que respecta a su único objeto concebible, el suicidio, el *banzai* del general Saito fue un completo éxito.

La campaña terminó poco después, aunque de vez en cuando un puñado de japoneses que se había perdido el *banzai* por una razón u otra se aprestaban a luchar hasta morir miserablemente en sus agujeros. Otros huyeron antes del avance, corrieron hasta el borde de los acantilados que descendían desde la meseta y consiguieron llegar a la costa. Allí tuvieron lugar los últimos horrores de la batalla. Algunos cientos de civiles se habían refugiado en la costa Norte y en las cuevas de los acantilados situados enfrente. Ahora, creyendo haber llegado al último extremo, organizaron una verdadera orgía de autodestrucción. Los padres y madres cortaban el cuello a sus pequeños y estrangulaban a los niños algo mayores, para arrojar a continuación los diminutos cuerpos por el acantilado antes de saltar tras ellos. Los soldados japoneses se alineaban y esperaban pacientemente a que sus oficiales les cortaran la cabeza. Tres mujeres se tomaron de la mano y caminaron lentamente por el mar hasta que las cubrió. Otra, desnuda y en la última etapa del embarazo, entró tras ellas para ahogarse también. Hombres endurecidos por una de las campañas más sangrientas del Pacífico volvían la cabeza doloridos y físicamente enfermos.

Las conminacioens a la rendición en general fueron en vano. Se había dicho a estos hombres que los norteamericanos les matarían y cuando un pequeño grupo de miserables criaturas respondieron a la exhortación americana, cayeron bajo las balas de los soldados japoneses que se encontraban junto a ellos o de otros aún escondidos en las cuevas del acantilado. Un solda-



do japonés disparó uno a uno sobre un grupo de quince mujeres y niños, deteniéndose sistemáticamente para cargar su rifle, y puso fin al espectáculo suicidándose con una granada. En todos los aspectos prácticos, la campaña de Saipan terminó aquí, aunque miles de japoneses armados y suicidas seguían ocultos en la jungla. Durante varias semanas fueron cazados y muertos, a menudo a un ritmo de más de cien por día, en una de las mayores operaciones de limpieza de la historia. Cuando se hizo un cálculo en agosto, habían perecido casi 24.000 soldados japoneses, la mayoría en acciones suicidas.

En Guam hubo otra carga *banzai* que pasó a la historia. Por entonces los norteamericanos mantenían un frente de 2.000 metros con una sola división. La noche del 25 de julio de 1944 llovió copiosamente y a primera hora de la mañana del 26 empezaron a caer bombas sobre las posiciones norteamericanas. El tableteo de las ametralladoras y el golpe sordo de las granadas se mezcló con el ruido de un sañudo ataque nocturno. Los japoneses habían

A pesar de las terribles pérdidas, todavía quedaron emboscados en Saipan muchos japoneses.

decidido arrojar a los infantes de Marina norteamericanos fuera de Guam y de nuevo al mar. Portando minas terrestres y cargas explosivas en el cinturón, cargaron hacia adelante gritando en inglés. (Un corresponsal de guerra cogido en medio de la batalla juró posteriormente que les oyó gritar: "Un, dos, tres: ¿A que no me coges?".) Los infantes respondieron a la agresión, pero el peso numérico permitió a los japoneses traspasar el escaso fondo de las líneas. Finalmente se estableció la posición, pero hubo escaramuzas durante horas y en los días siguientes al ataque *banzai* se persiguió a los japoneses solos o en partidas tras el frente que los norteamericanos habían restablecido.

Dos cosas distinguían a este *banzai* de los demás. Primero, el cuidadoso reconocimiento que precedió al ataque; segundo, la elección del lugar por



Arriba: **Los cautos infantes de Marina avanzan hacia el interior de Guam.** Derecha: **La carnicería de los fútiles ataques** banzai **japoneses en Guam.**

el que se rompieron las líneas. Las patrullas las examinaron hasta estar seguros de que habían encontrado el punto más débil. Luego, una vez determinado dónde se ocultaban los infortunados defensores, se dispusieron a atacar. Eligieron un sector que supusieron correctamente que estaba defendido por la unidad norteamericana más débil. En el mismo centro de la línea en la cabeza de playa, sólo 250 hombres defendían una posición de más de 2.000 metros: un frente que normalmente requiere unos 600.

La señal para el ataque fue, al parecer, una bengala color naranja lanzada desde las líneas japonesas segundos después de que una devastadora barrera de fuego de morteros comenzara a caer sobre las posiciones norteamericanas. Una voz monótona gritó en medio de la noche y una avalancha de formas saltó hacia adelante sin dejar de chillar. Con sus bayonetas brillando a la luz de las llamas que se elevaban sobre el campo de batalla, los japoneses cargaron lanzando granadas y aullando *ban-za-ai*. El ataque se mantuvo a derecha y a izquierda de la línea norteamericana, pues a medida que avanzaban los hombres del emperador eran segados por los fusiles ametralladores y las ametralladoras. En el centro, el asalto rodeaba los aislados hoyos de tirador que constituían el frente y se centraba en un hueco donde estaban estacionados algunos carros de combate. Mientras los japoneses se lanzaban sobre ellos como una plaga de hormigas, éstos disparaban sus 75 contra las masas atacantes. Muchos fueron hechos pedazos, pero algunos de los supervivietnes treparon sobre los monstruos de acero en un vano intento de llegar a sus ocupantes. Otros corrieron por entre los carros y bajaron a un barranco que conducía a la playa. Ante ellos, los grupos de infantes de Marina norteamericanos trataban de contener la avalancha y volver a formar un frente. La

noche era un horrible espectáculo de explosiones, luces y gritos.

La acción que se desarrollaba alrededor de las ametralladoras pesadas norteamericanas es un ejemplo típico de lo que allí estaba ocurriendo. Una granada alcanzó una ametralladora, inutilizándola temporalmente, y sus servidores vieron cómo los japoneses cargaban directamente hasta el cañón de la otra: un soldado japonés llegó a arrojarse sobre la boca en un gesto concebido para permitir a sus camaradas cumplir su misión y, al mismo tiempo, para llevarle a él a Yasukuni. Los servidores norteamericanos fueron pasados a cuchillo y los japoneses trataron de levantar la ametralladora entera de su base para darle la vuelta. Uno de los infantes de Marina disparó sobre ellos con un fusil ametrallador y los japoneses soltaron la pieza. Otros tres se quedaron allí y, cuando el infante volvió el fusil contra ellos, uno sacó una granada, la sostuvo sobre su cabeza y saltó en pedazos. Minutos después apareció otra partida de japoneses. Nuevamente, algunos se detuvieron junto a la ametralladora y trataron de girarla. Casi lo habían conseguido cuando salió de la oscuridad un soldado japonés, corrió con todas sus fuerzas hacia ellos, tropezó con un cuerpo a unos metros de distancia y voló por los aires. Brilló una luz cegadora cuando saltó literalmente en pedazos. Era una bomba humana, con una mina terrestre y una carga de explosivos en la cintura.

Tres horas después del comienzo del ataque, los japoneses habían llegado a una colina que dominaba la cabeza de playa. Su objetivo estaba a la vista y la diezmada masa fue alineada apresuradamente para un *banzai* final. Amontonados, aullando y tropezando, la primera ola bajó sus bayonetas y se arrastró hacia adelante: fue segada por el fuego concentrado de unos infantes de refresco que esperaban ceñudamente su loco ataque. Algunos japoneses ya heridos estaban envueltos en vendajes grises. Pero todos avanzaron arrastrándose cuando su comandante dio la



Arriba y abajo: **«Cuando se hizo de día, los bulldozers y patrullas de eterramiento encontraron a unos 800 japoneses muertos»; la culminación del aterrador** banzai **nocturno de Guam en julio de 1944.** Derecha: **Tropas norteamericanas buscan al enemigo.**





El asalto norteamericano en Iwo Jima contra las bien defendidas posiciones del general Kuribayashi.

orden. Y murieron como un solo hombre. Sólo unos pocos individuos desperdigados que no habían llegado hasta la colina quedaban ahora para la operación de limpieza.

Cuando se hizo de día, los bulldozers y las patrullas de enterramiento encontraron unos 800 japoneses. Muchos otros estaban muertos o encerrados en cuevas. En realidad, esta carga suicida había desperdiciado la crema de las tropas japonesas en Guam. Al fracasar, ya no les quedaba nada que oponer a los norteamericanos. Durante las semanas siguientes continuaron lanzando ataques menores, pero habían perdido su potencia ofensiva.

Los norteamericanos presionaron entonces hacia el interior y hubo algunos momentos desesperados entre las colinas cubiertas de bosques y en los valles. En muchas zonas las colinas eran escarpadas formaciones de corales que proporcionaban a los japoneses cuevas donde esconderse. Las intimaciones a la rendición raras veces tenían respuesta y era preciso procurarse seguridad mediante lanzallamas y granadas de termita. Para los japoneses que quedaban en Guam la única alternativa a la derrota era la muerte. La aceptaban como su destino y, siempre que tenían oportunidad de reorganizarse, los norteamericanos se enteraban en forma un tanto desagradable.

En Malasia, en Birmania y las vastas islas del Pacífico, siempre que se pedía a las tropas japonesas que sirvieran a su emperador, se repetía la misma historia. Los comandantes podían contar con el mayor valor militar en Japón: la disposición de la mayoría de sus hombres a morir. En Iwo Jima, a más de mil kilómetros de Tokio, el general en jefe al mando de la guarnición era el teniente general Tasamichi Kuribayashi. Según la prensa japonesa, era un hombre bajo, achaparrado y moreno, de cincuenta y cuatro años, "cuyo vientre ligeramente protuberante estaba lleno del mejor espíritu combativo". Pero el espíritu combativo no era su única cualidad:



era también un táctico capaz y un buen soldado. Además, estaba decididio a utilizar las dotes suicidas de sus tropas. Iwo Jima era una isla volcánica con una extensión de veinte kilómetros cuadrados y forma de chuleta de cerdo. Las playas y la mayor parte del suelo eran de una extraña ceniza volcánica que podía convertirse en un hormigón parecido al granito al mezclarse con cemento. El general Kuribayashi tuvo tiempo más que suficiente para preparar sus defensas y el resultado era una serie de fortines y puntos de resistencia unidos por una prodigiosa cadena de túneles. Colinas enteras habían sido excavadas y cientos de cuevas y huecos conectados para proporcionar escondites y refugios a los defensores.

Kuribayashi sabía que iba a producirse un ataque y había preparado a sus hombres tanto física como espiritualmente para la odisea. En general, la moral debía haberle planteado un grave problema desde mucho antes de comenzar la lucha. Como ya hemos señalado, el soldado japonés era un individuo sufrido y poco acostumbrado a las comodidades y diversiones. Pero la vida de la guarnición en Iwo Jima era bastante dura incluso para los japoneses. Y, sin embargo, el pequeño y corpulento general se las ingenió para infundir gran parte de su inflexible determinación a sus hombres. Cuando los norteamericanos consiguieron al fin rebasar sus posiciones, en los cadáveres de muchos japoneses se encontraron copias de los "Votos de valor para la batalla" que había mandado imprimir y publicar:

"Por encima de todo, nos dedicaremos con todas nuestras fuerzas a la defensa de esta isla.

"Lanzaremos bombas, atacaremos los carros enemigos y los destruiremos.

"Nos infiltraremos entre el enemigo y lo aniquilaremos.

"Con cada descarga mataremos sin falta al enemigo.

"Cada hombre considerará su deber matar a diez enemigos antes de morir.

"Hostigaremos al enemigo con tácticas de guerrilla hasta que el último de nuestros hombres sea destruido."

Kuribayashi, totalmente realista en cuestiones militares, estaba decidido a aprovechar al máximo el arma suicida. Sus votos de batalla se aplicaban mediante juramentos más tangibles, prestados por individuos que se ofrecían voluntarios para morir o para realizar misiones gloriosas en la defensa de la isla. Se hicieron pañuelos especiales para todos los voluntarios, que llevaban orgullosamente atados alrededor de la cabeza. A menudo, unidades enteras se ofrecían voluntarias en masa.

El general no tenía intención de desperdiciar vidas innecesariamente. Multitud de ejemplos de *banzai* le habían convencido de su futilidad frente a la potencia de fuego norteamericana. Dejó bien sentado ante todas sus tropas que, cuando se requerían tácticas suicidas, su finalidad era lograr algún resultado constructivo. No habría retirada ni rendición, pero no se lanzaría ningún contraataque hasta que las posiciones propias hubieran sido rebasadas.

Los japoneses jugaron sus cartas astutamente y las tres semanas que se

Arriba: **Los infantes de Marina norteamericanos intentan localizar a los defensores de Iwo Jima.** Abajo: **Carros de combate norteamericanos, equipados con lanzallamas, tratan de desalojar a los japoneses.**

Arriba: **A menudo, una granada sobre una posible posición japonesa era la mejor respuesta.** Abajo: **Siempre había bolsas aisladas de resistencia que era preciso liquidar.**

tardó en romper el interior de sus defensas hicieron de Iwo Jima una de las operaciones más sangrientas que los norteamericanos han llevado a cabo. Una y otra vez en el curso de esas tres semanas, los norteamericanos creyeron haber aniquilado a los japoneses con una devastadora barrera de fuegos desde los buques de guerra que les apoyaban. Y una y otra vez los japoneses les dejaron meterse en una emboscada para luego mostrarles que habían sobrevivido al terrible fuego. En las operaciones suicidas de Kuribayashi, pequeños grupos de hombres se infiltraban repetidas veces a través de las líneas norteamericanas, reocupando posiciones que habían sido rebasadas, para disparar contra la retaguardia de las tropas de asalto.

Los norteamericanos avanzaron, pero cada paso se efectuaba a un coste terrible y la conquista de Iwo Jima fue una espantosa batalla de desgaste. Pero también los japoneses acusaron el esfuerzo y cuando la campaña llegó a su segunda semana, Kuribayashi empezó a darse cuenta de que no podía ganar. ¿Dónde estaban la Marina Imperial y las Fuerzas Aéreas?, preguntó por radio a sus superiores de Tokio. En realidad, la mayor parte de la Marina japonesa estaba por entonces en el fondo del mar y lo que quedaba de las Fuerzas Aéreas no podía atravesar el potente fuego de cobertura que protegía a la fuerza expedicionaria norteamericana en Iwo.

El 9 de marzo los infantes de Marina norteamericana terminaron al fin la operación concebida para aplastar la principal línea defensiva de Kuribayashi. La campaña distaba mucho de estar terminada, pues se habían dejado atrás multitud de puntos de resistencia japoneses. Estos siguieron acosando la retaguardia estadounidense junto con cientos de japoneses escondidos en cuevas entre los riscos y barrancos y comunicados por tortuosos pasos subterráneos. Los nipones reaccionaron ante la penetración con uno de sus contraataques. En realidad no fue ordenado por el general Kuribayashi, pues posteriormente se supo que estaba acorralado en una cueva a cierta distancia del escenario de la acción y completamente incomunicado con sus tropas. Quizá estos hombres decidieron que, como sus posiciones habían sido rebasadas, su general esperaría de ellos que cumplieran con las órdenes originales. O quizá simplemente consideraron que el espectáculo había terminado y que debían vender sus vidas tan caras como fuera posible. En cualquier caso, salieron al exterior.

Lo que acaeció no puede considerarse como una carga *banzai*. Más que una carga, era un esfuerzo masivo de infiltración, concebido no tanto para destruir el frente norteamericano como para traspasarlo y desorganizar el acceso más vulnerable de la retaguardia: volar depósitos de suministros, carros, transportes motorizados, artillería y hasta aviones, si podían arreglárselas para abrirse paso hasta los campos de aviación. Pero era, sin duda,

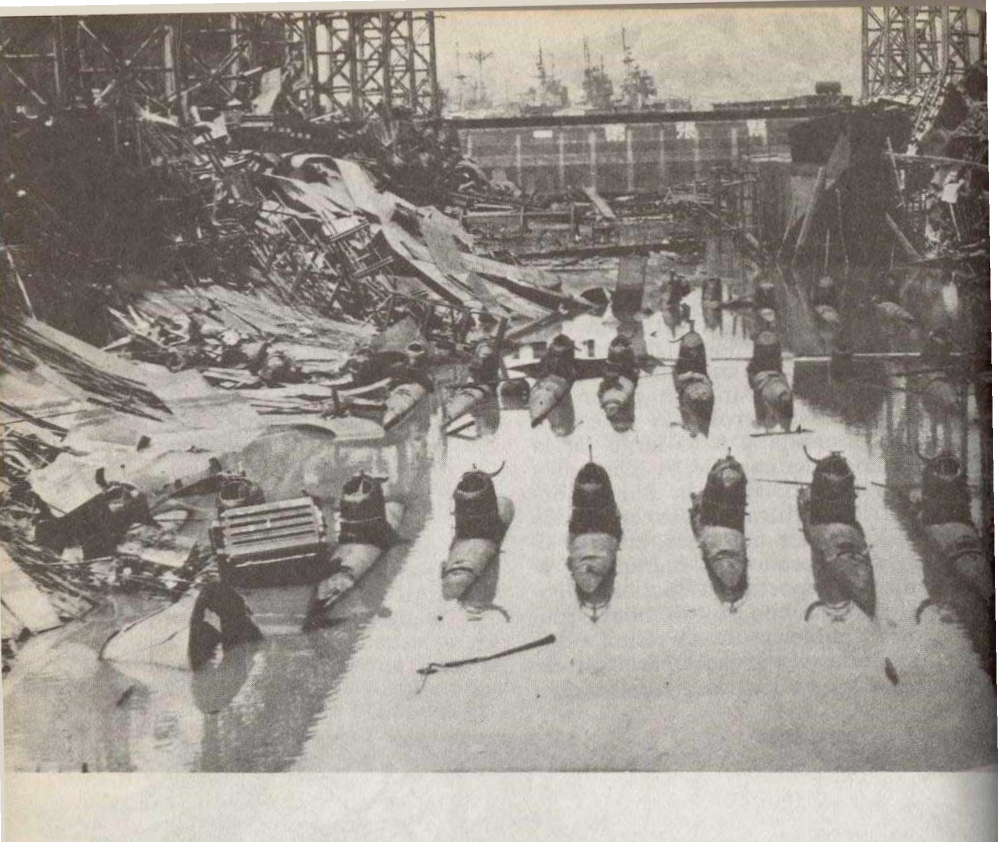


«Lucha hasta la muerte, reservándote la última bala si es preciso.» Muchos lo hicieron.

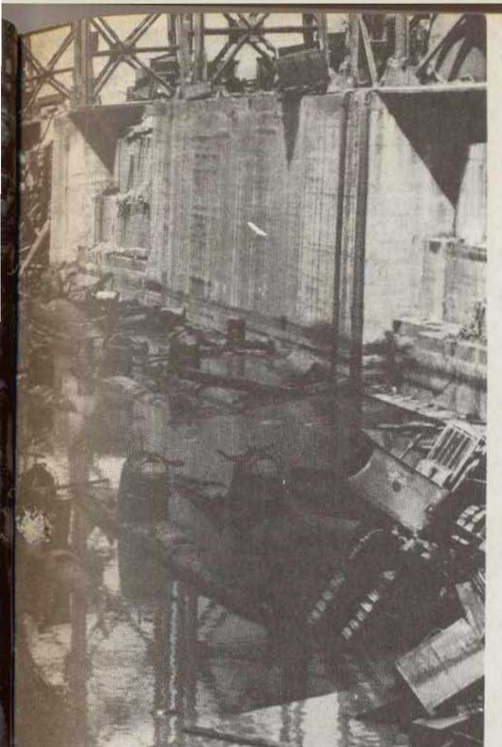
una operación suicida. Los hombres, cargados de granadas, cargas de demolición y explosivos diversos, evidentemente no podían esperar sobrevivir. Muy pocos lo consiguieron.

La mayor parte de la acción se desarrolló durante la noche en la zona defendida por los infantes de Marina de la 23 de los Estados Unidos. Los hombres de Kuribayashi utilizaron ametralladoras, morteros y la artillería que les quedaba. Los cañones norteamericanos respondieron cubriendo las zonas por donde tenían que pasar los japoneses. Se desarrolló la escena usual de pesadilla y a lo largo de la noche hubo algunos fieros combates cuerpo a cuerpo. Pero la aurora encontró a los infiltrados desperdigados y hundidos en los pantanos, en una situación desesperada. No habían logrado nada de importancia táctica. Algunos se mataron con sus bombas; muchos otros hubieron de ser eliminados en una lenta y penosa operación de limpieza. Lo que ocurrió a Kuribayashi nadie lo sabe. Según algunos informes, se ocultó con un fuerte destacamento de hombres dispuestos a cumplir o morir. Un japonés que fue capturado vivo declaró que el general había organizado y dirigido un *banzai* final. Sin embargo, tras un cuidadoso examen de los cadáveres y de los sables y documentos encontrados en los muertos, la versión no pudo confirmarse.





Los torpedos humanos



Submarinos Kairyu **aislados en Kure por los bombardeos norteamericanos.**

Las tácticas suicidas japonesas no se limitaban a las operaciones en tierra; también en el mar hubo hombres que aceptaron deliberadamente su aniquilación con la esperanza de derrotar a a los aliados.

En 1922 la Conferencia Naval de Desarme de Washington limitó el número de buques acorazados de Japón al 60 por ciento del total permitido a los Estados Unidos o Inglaterra. Molestos por esta decisión, los jefes de la Marina Imperial buscaron el medio de contrarrestar tales limitaciones. En consecuencia, se inició un plan intensivo de modernización y se crearon armas nuevas; entre éstas figuraba un notable torpedo. En los años veinte y principios de los treinta, la estrategia naval de todas las grandes potencias giraba en torno al papel dominante del acorazado y la superioridad cuantitativa se medía por su número. Para restablecer el equilibrio entre la Marina japonesa y las flotas de las dos potencias occidentales, hacía falta un arma de alcance superior al de los cañones de los acorazados británicos y norteamericanos. Como el nuevo torpedo podía hacerlo, no se limitó a igualar la disparidad impuesta a Japón; también proporcionó la oportunidad para una revolución en las acciones de superficie.

Por entonces los torpedos de vapor con que estaba equipada la Marina de todas las potencias marítimas habían alcanzado el nivel óptimo de funcionamiento. Inglaterra y Francia realizaron algún intento de crear nuevos sistemas de propulsión, pero no llegó a lograrse nada. Se había considerado el oxígeno, pero se rechazó la idea por ser demasiado peligrosa. Los japoneses, dándose cuenta de que este gas en un sistema de propulsión de torpedos ofrecía un alcance y una velocidad mucho mayores, pusieron manos a la obra discretamente y en 1933 el vicealmirante Toshihide Asaguma y el contraalmirante Kaneji Kishimoto recibieron recompensas especiales del emperador por su trabajo en este campo. No se publicaron detalles, pero posteriormente se supo que habían producido un torpedo gigante de 60 centímetros de diámetro, casi 10 metros de longitud y 2.700 kilos de peso. Este arma, que los diseñadores denominaron "Tipo 94" porque fue perfeccionada dos mil quinientos noventa y tres años después de la fundación del Imperio japonés, y que más tarde se conoció con el nombre de "La Lanza Larga", llevaba una cabeza de 450 kilogramos de explosivos. Era aproximadamente el doble del contenido de un torpedo norteamericano o inglés. Esaguma y Kishimoto hicieron todo cuanto se esperaba de ellos y, de no haber sido por el advenimiento de las tácticas aéreas como fuerza de ataque fundamental en las operaciones navales, estos torpedos acaso habrían mantenido la supremacía naval de Japón a lo largo de toda la guerra.

A su debido tiempo, todos los destructores y cruceros japoneses se equiparon con montajes para los torpedos "Tipo 93" y se instaló el voluminoso equipo de producción de oxígeno que requerían. Ni que decir tiene que todo este proceso tuvo lugar en secreto y se explicó la presencia de los generadores de oxígeno alegando que se tra-

taba de acondicionadores de aire especiales. Durante el mes de febrero de 1942, en la batalla del mar de Java, se utilizaron "Lanzas Largas" en las fuerzas combinadas de los barcos de guerra estadounidenses, británicos, holandeses y australianos. Pero el éxito fue efímero: cuando la Marina imperial perdió los buques que llevaban las nuevas armas a la batalla, los torpedos se cubrieron de polvo en los depósitos de material de guerra.

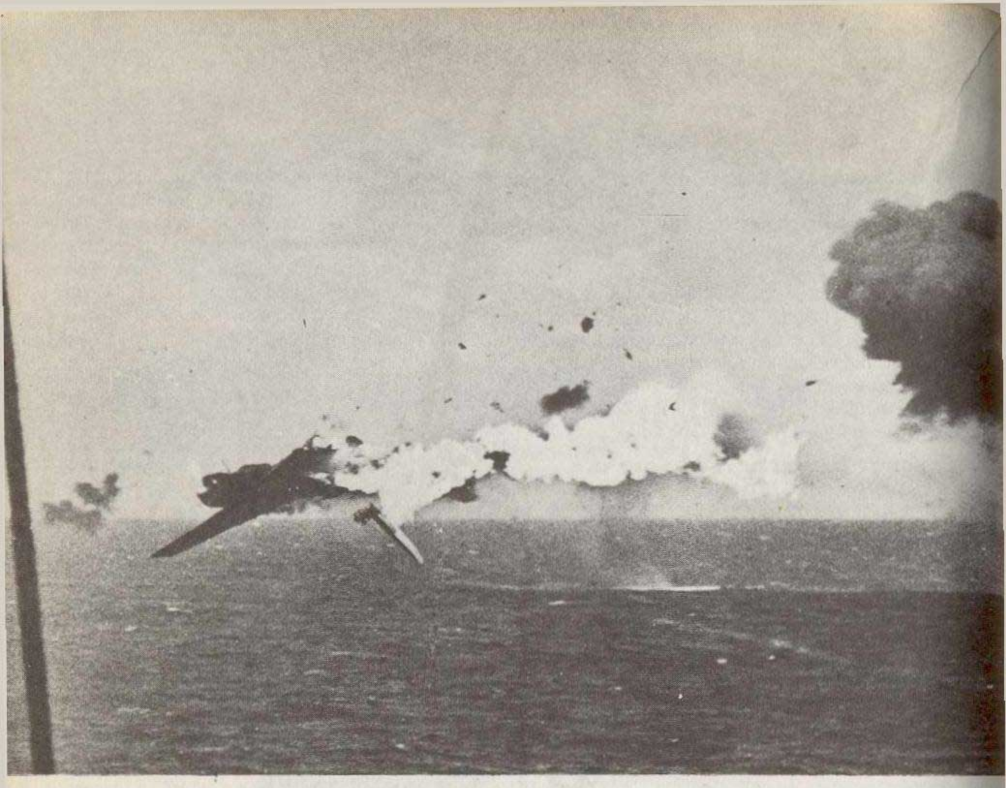
La preocupación del Japón por los submarinos también tuvo su origen en la Conferencia de Washington de 1922, pues se pensó que éstos, al igual que los torpedos, podían contribuir a contrarrestar la disparidad que se había impuesto a Japón. En diciembre de 1941 ya había sesenta y cuatro submarinos gigantes de la clase "I" dispuestos para entrar en acción y se habían construido ya veinte submarinos de bolsillo. Derivado en su origen de los "torpedos humanos" utilizados por Japón durante la guerra ruso-japonesa, esta curiosa y diminuta embarcación tenía cabida para dos hombres y podía permanecer sumergida durante cinco horas. No era un arma suicida en el verdadero sentido de la palabra, aunque su manejo suponía inevitablemente un riesgo considerable para la tripulación. Cada unidad era llevada al lugar de la acción por un submarino gigante de la clase "I", que debía salir a la superficie para soltar su carga. Despues de la misión, el mismo submarino tenía que recogerla. Sin embargo, en su primera acción en Pearl Harbour pronto se vio que había pocas oportunidades de poder hacerlo. No obstante, el temperamento japonés era ideal para proponer misiones problemáticas de este tipo y nunca hubo escasez de voluntarios.

Entretanto, se hacían planes para fabricar un submarino de bolsillo de un solo tripulante que podía soltarse con el buque madre sumergido. Durante el invierno de 1942-43 dos oficiales de Marina, los tenientes Nishina y Kuroki, y el arquitecto naval Hiroshi Suzukawa, hicieron un diseño basado en el Lanza Larga Tipo 93. Se mantuvieron todas las piezas principales del torpedo original y la única modificación importante fue la inclusión de una sección adicional entre la cabeza explosiva y el motor de oxígeno. Se trataba del compartimiento para el piloto, dotado de un periscopio y un conjunto de controles que le permitían dirigir la trayectoria del torpedo. En la primavera de 1943 los diseñadores habían terminado su proyecto y calculado que su torpedo "tripulado", con una cabeza explosiva de 1.350 kilogramos, tendría un alcance de 40 millas marinas. La Lanza Larga ya había demostrado que podía perforar la popa de un crucero pesado; con un hombre para dirigirlo y una cabeza explosiva tres veces superior, había sobradas razones para suponer que podría hacer lo mismo con un acorazado o un portaaviones.

Las cosas empezaban a ir mal para la Marina Imperial y el Alto Estado Mayor de la Armada en Tokio trataba de encontrar algún medio para cambiar el panorama de la guerra del Pacífico. Se presentaron planes para lo que los diseñadores llamaban ahora *kaiten*. (La traducción literal de *kaiten* es "Agitador de los Cielos". Pero en japonés significa mucho más: sugiere un cambio radical de las cosas.) El proyecto se rechazó por considerarse demasiado fantástico. Pero cuando se frustró el intento por parte de la Marina Imperial de aplastar a los americanos en Saipan, los hombres de Tokio se lo pensaron mejor. Los insistentes ruegos de Nishina y Kuroki ante el Ministerio de Marina habían culminado en una petición escrita con su propia sangre. Es dudoso que tuviera mucho efecto; lo que indudablemente obligó al Alto Estado Mayor de la armada a escucharles fue lo que los norteamericanos denominaron "Cacería de pavos de las Marianas", en que se perdieron 400 aviones japoneses. Trece meses después de los primeros intentos, se concedió permiso para la construcción de un prototipo; pero sólo a condición de que tuviera una escotilla de escape para proporcionar al piloto *kaiten* la oportunidad de salir ileso después de haber orientado su arma en dirección al objetivo. En febrero de 1944 el prototipo fue aprobado y se construyó una base en la isla de Otsujima, cerca de la base de Kure, cuartel general de la Sexta Flota y de las fuerzas submarinas del Japón.

Los submarinos de dos tripulantes se adaptaron para misiones suicidas.





El Yorktown **destruye un avión torpedero. El poder aéreo japonés está en baja.**

Se impidió que la noticia del proyecto llegara al público mediante estrictas medidas de seguridad y en julio de 1944 sólo se habían construido unos pocos *kaiten*. Pero cuando el Alto Estado Mayor de la Armada empezó a comprender la magnitud del desastre que había sufrido la Marina Imperial en las Marianas, envió la frenética orden de incrementar urgentemente la producción. Una segunda orden pedía voluntarios para manejar un *Kyukoko heiki*, nueva arma de salvación nacional, en misiones de las que no se esperaba que volvieran con vida. Al principio no se mencionó la naturaleza del arma, pero, aun cuando se supo que su destino probable era una muerte oscura bajo las olas, hubo abundancia de voluntarios. De hecho, parece que los primeros estaban agradecidos al ser aceptados. La selección se basaba supuestamente en tres requisitos: fortaleza física y moral, pruebas de un alto sentido del patriotismo y un mínimo de responsabilidades familiares. Se excluyó a los hombres casados y se eligieron muy pocos hijos primogénitos o únicos. Los preferidos eran los hombres jóvenes y físicamente aptos que presentaran escasas tendencias a volver la vista atrás.

En el departamento *kaiten* de Otsushima, "Base P", no se regatearon esfuerzos para inspirar a los voluntarios un *esprit de corps*, *Yamato damashi* o espíritu japonés. Al llegar se les presentaba un prototipo de sus ataúdes de acero, antes de enseñarles su alojamiento. Este, lo mismo que el alimento, era lujoso en comparación con los que la mayoría conocieron en su instrucción previa. Pero había pocas instalaciones recreativas ni cine ni mujeres. Tampoco se les concedían permisos antes de terminar su adiestramiento y estar listos para la misión que sería su final.

Nishina y Kuroki organizaron la instrucción de los primeros voluntarios. Pero el 6 de septiembre de 1944 el *kaiten* se cobró su primera víctima cuando el torpedo de Kuroki se hun-

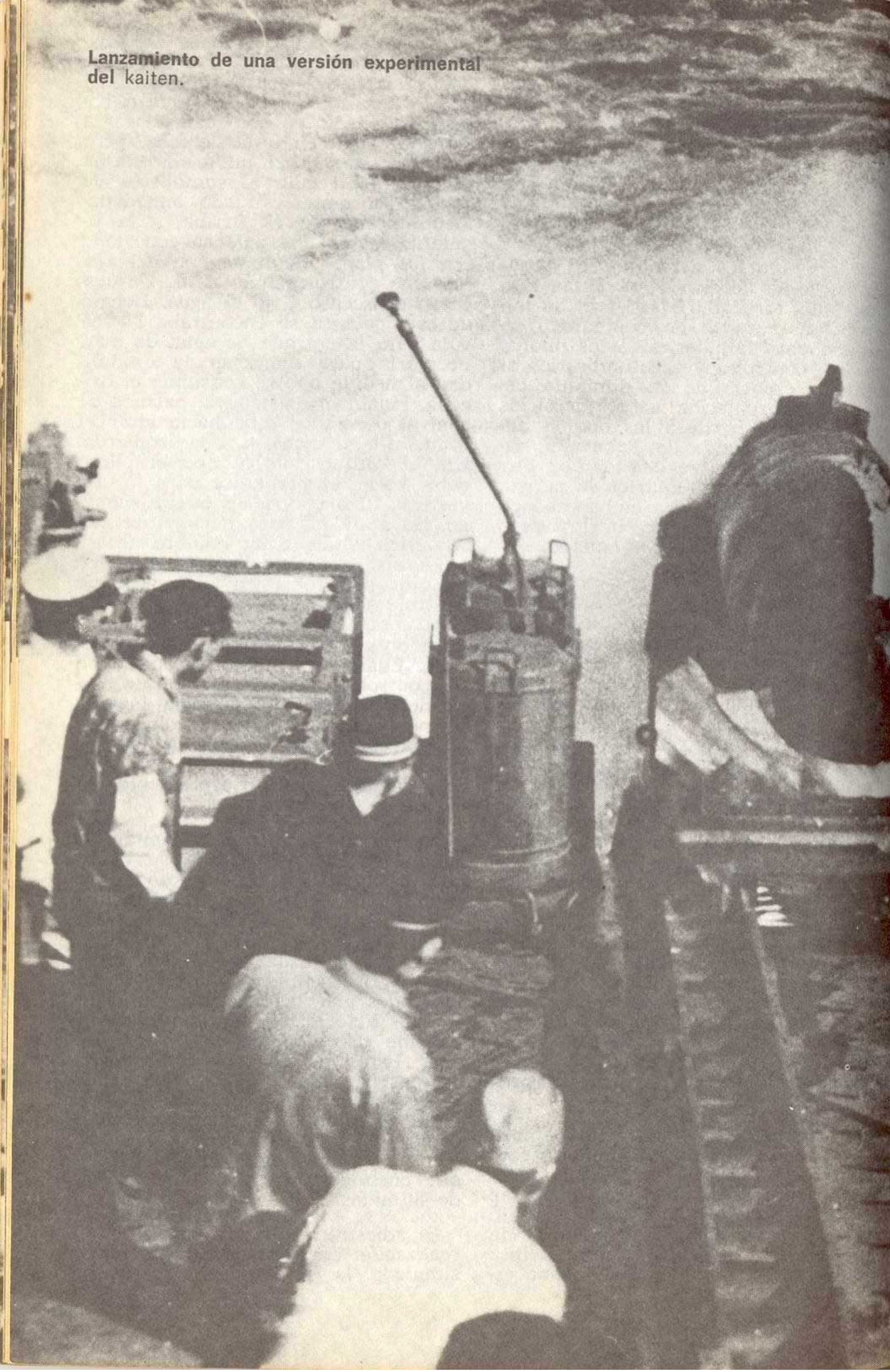
dió en el fondo de las plácidas aguas del mar Interno. Otras seis vidas se perderían durante la instrucción antes de que el final de la guerra trajera consigo la desaparición de los *kaiten*. Pero, desde septiembre de 1944 hasta el final de la campaña de Okinawa, los grupos de voluntarios, que recibían nombres tradicionales tales como "Guerreros de Dios" o "Grupo para la promoción del estilo samurai", recibieron cursos de *kaiten* en Otsushima. A las lecciones sobre las funciones del torpedo Tipo 93 seguían misiones de pasadas de bombardeo simulado para familiarizar a los pilotos con los controles y acostumbrarles al limitado espacio de su diminuta cabina. A continuación había ejercicios de inmersión frente a los buques anclados en la bahía de Tokuyami. Finalmente, cuando se consideraba que los pilotos habían adquirido la pericia suficiente, el grupo era embarcado en uno de los submarinos de la flota para realizar un bombardeo simulado.

Cada uno de los submarinos de la clase "I" acondicionados para transportar *kaiten* podían llevar seis de estas armas. Durante la aproximación al objetivo, los pilotos *kaiten* subían a sus diminutas embarcaciones a través de una escotilla especial que acto seguido se cerraba. A medida que el submarino se acercaba a su víctima, una conexión telefónica entre la torre de mando y el *kaiten* permitía al capitán mantener informados a los pilotos sobre las posiciones relativas de su objetivo. En el momento óptimo, los motores del *kaiten* se ponían en marcha y salían del submarino madre a intervalos de cinco segundos. Una vez en movimiento, el piloto podía observar el objetivo a través de su propio periscopio y realizar las correcciones necesarias en la dirección. A unos 500 metros de distancia podía poner en marcha el control automático de su embarcación para la carga final a toda velocidad y sumergido a una profundidad de unos cuatro metros.

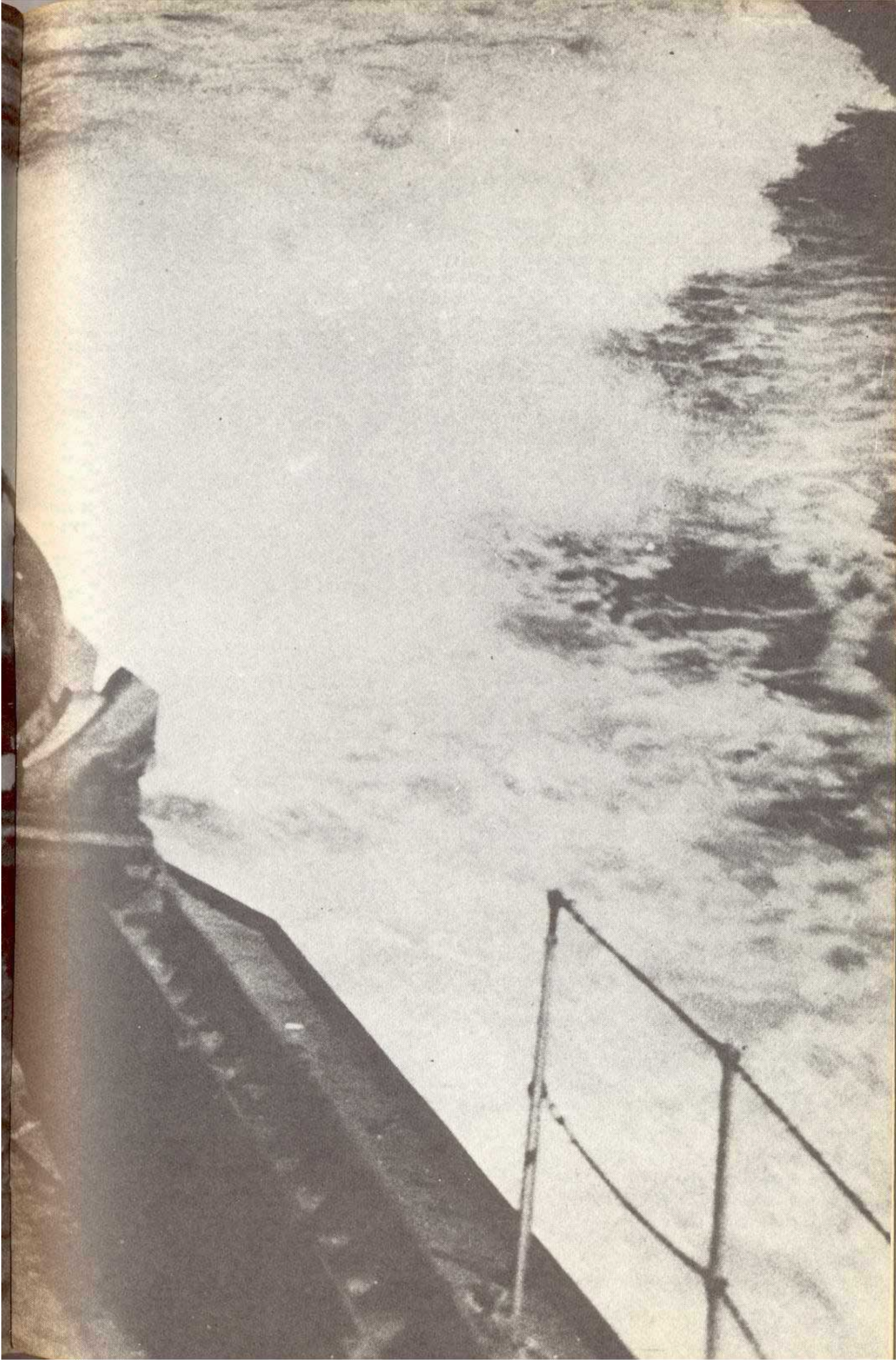
Dentro del *kaiten* hasta un hombre pequeño se entumecía. Aunque los controles eran simples, hacía falta una habilidad considerable para manejar la embarcación eficientemente. Bajo los pies había una pequeña bolsa de raciones de emergencia y una botellita de una bebida alcohólica. Ninguna estaba pensada para misiones tácticas. Directamente delante del rostro del piloto estaba el cristal del corto y grueso periscopio, que se subía o bajaab por medio de una manivela a la derecha. También a la derecha, pero sobre la cabeza del piloto, estaba la válvula que regula el suministro de oxígeno al motor, situado inmediatamente detrás de él. Arriba, a la izquierda, había una palanca conectada con los planos de inmersión del *kaiten*, que controlaban el ritmo de descenso o ascenso bajo el agua. Debajo de esta palanca se encontraba la válvula para la entrada de agua de mar, necesaria para mantener la estabilidad a medida que se consumía el oxígeno. Finalmente estaba la palanca de control del timón, que hacía girar el arma a la derecha y a la izquierda. Era el último control que el piloto debía tocar al preparase para la trayectoria final contra un buque enemigo. En realidad, para manejar el *kaiten* eficientemente un hombre necesitaba seis manos y el mismo número de ojos para observar el tablero de control. Además del periscopio había un compás giroscopio, un reloj y calibradores de profundidad y combustible. Cualquier cambio repentino en los controles o el contacto con un obstáculo bajo el agua suponía invariablemente que el piloto se golpeara la cabeza contra uno u otro de los instrumentos. En consecuencia, las cabezas vendadas eran un espectáculo frecuente en Otsushima.

En una misión táctica, el capitán del submarino madre alineaba su buque con el objetivo y cada piloto *kaiten* comprobaba la marcación de la brújula. En la torre de mando se trazaba y retransmitía por teléfono el curso de ataque de cada *kaiten*. Por ejemplo, una orden típica podía ser: "Treinta grados a la derecha a partir de la salida. Velocidad, veinticinco nudos duratne veinte minutos treinta segundos." Estas instrucciones estaban concebidas para llevar al *kaiten* a menos de 500 metros de su objetivo. En este punto el piloto debía elevar su periscopio y colocar los controles para cargar contra las partes vitales del buque enemigo a la velocidad máxima de 40 nudos.

El adiestramiento terminaba con la realización correcta de una operación simulada. Los hombres de los *kaiten*



Lanzamiento de una versión experimental del kaiten.




67

tenían derecho entonces a unos pocos días de permiso antes de ser enviados a una misión táctica. Durante ese tiempo no debían revelar que se les encomendó una operación suicida. No obstante, muchas de sus familias parecieron adivinar el motivo del permiso especial, aunque no se les comunicara. Cualquier sospecha que tuvieran a menudo era confirmada por los pequeños lujos con que se abrumaba a su pariente al llegar. Una vez expirado el permiso, no se consideraba de buen gusto mencionar que probablemente la próxima vez que se vieran sería en Yasukuni. Pero sin duda es lo que se pensaba.

Finalizado el permiso, los hombres de los *kaiten* volvían al servicio en las bases submarinas de Otsushima o Hikari. Hasta que se les asignaba una misión en ambos lugares, estaban libres para consumar cualquier último deseo antes de partir para una muerte segura, y tenían a su disposición comida, alcohol y mujeres con sólo pedirlo. Pocos de los hombres condenados parecen haber aceptado las dulzuras que se les ofrecían y la mayoría se concentraban en poner en orden sus asuntos. Se volvían a redactar los testamentos y se escribía la última carta a casa:

"Moriré... abrigando la convicción de que Japón ha sido y será un lugar donde sólo pueden existir hogares agradables, hombres valientes y bellas amistades..."

"... Que mi muerte sea tan rápida y limpia como la rotura del cristal... como los cerezos en primavera, caigamos limpios y radiantes..."

"... Sobre todo, no lloréis por mí..."

Normalmente se organizaba una fiesta en honor a los seis individuos destinados a una misión táctica la noche antes de que salieran de Japón para lo que se esperaba que fuera su último viaje. El almirante al mando de la Flota Submarina Imperial o su representante era invariablemente el invitado de honor, y la escena brindaba excelentes ocasiones para desahogar el sentimentalismo. Se pronunciaban brindis por Japón, la tierra eterna de Dios, se juraba lealtad a "Su Majestad para siempre" y los hombres de los *kaiten* hacían voto de destruir los mayores buques enemigos que pudieran encontrar. La comida estaba constituida por los tradicionales platos festivos japoneses: *tai* (pescado), algas secas, arroz y *kachi kuri* (castañas de la victoria). (Estas castañas se sirven en ocasiones en que los deseos de éxito están a la orden del día.) En el Japón de finales de 1944 había escasez de casi todos los bienes de consumo. Pero en estas fiestas abundaban la fruta en conserva y otros artículos difíciles de conseguir. El *sake* fluía libremente y se cantaba una y otra vez la "Canción del guerrero".

"Sirviendo en los mares, ser un cadáver saturado de agua."

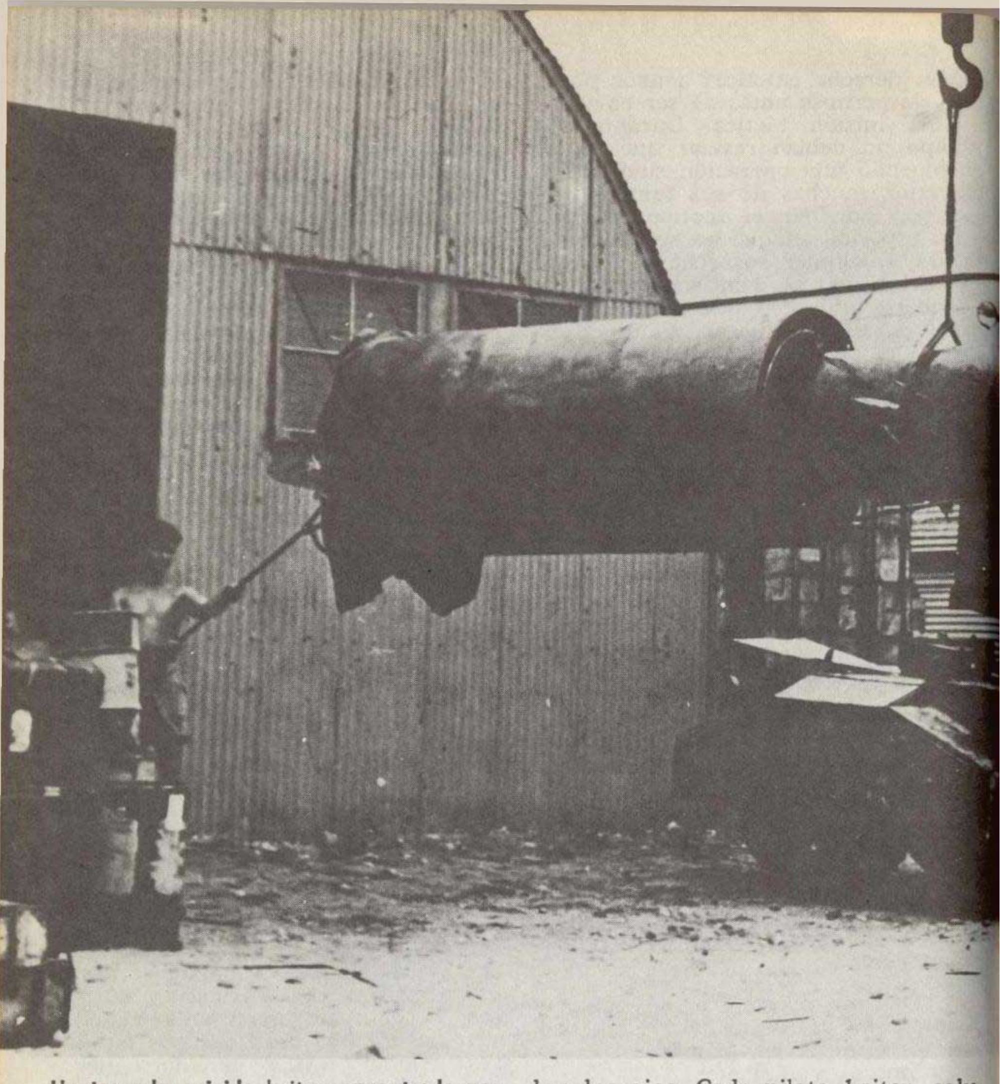
"Sirviendo en tierra, ser un cadáver cubierto de hierba."

"... Pero no tenemos nada que lamentar mientras muramos luchando por nuestro emperador."

Muchos lloraban y no puede decirse que las ocasiones corroboraran el mito de que los japoneses son una raza no emotiva.

A la mañana siguiente, los hombres de los *kaiten* debían desfilar con sus uniformes nuevos en el curso de una ceremonia de despedida. Sus prtenencias ya habían sido empaquetadas y estaban listas para enviarlas a sus casas. El equipaje comprendía cabellos y trozos de uña para que sus familiares tuvieran "restos" para un entierro honorable. Sobre una mesa cubierta con un paño blanco se colocaban seis sables cortos y seis *hachimaki*. Para los combatientes japoneses esos sables eran tan simbólicos como los escudos de la antigua Esparta. Al entregárselos a sus hijos, las madres espartanas les mandaban volver a ellas "con el escudo o sobre el escudo". Si salían victoriosos regresarían llevando el escudo; si eran derrotados, significaría su muerte. Volver vivo sin escudo significaba que se abandonaba para poder huir más aprisa. El sable corto significaba lo mismo en Japón. Un hombre debe luchar y ganar, o emplear su sable para hacerse el *seppuku* —hara kiri— como expiación de su

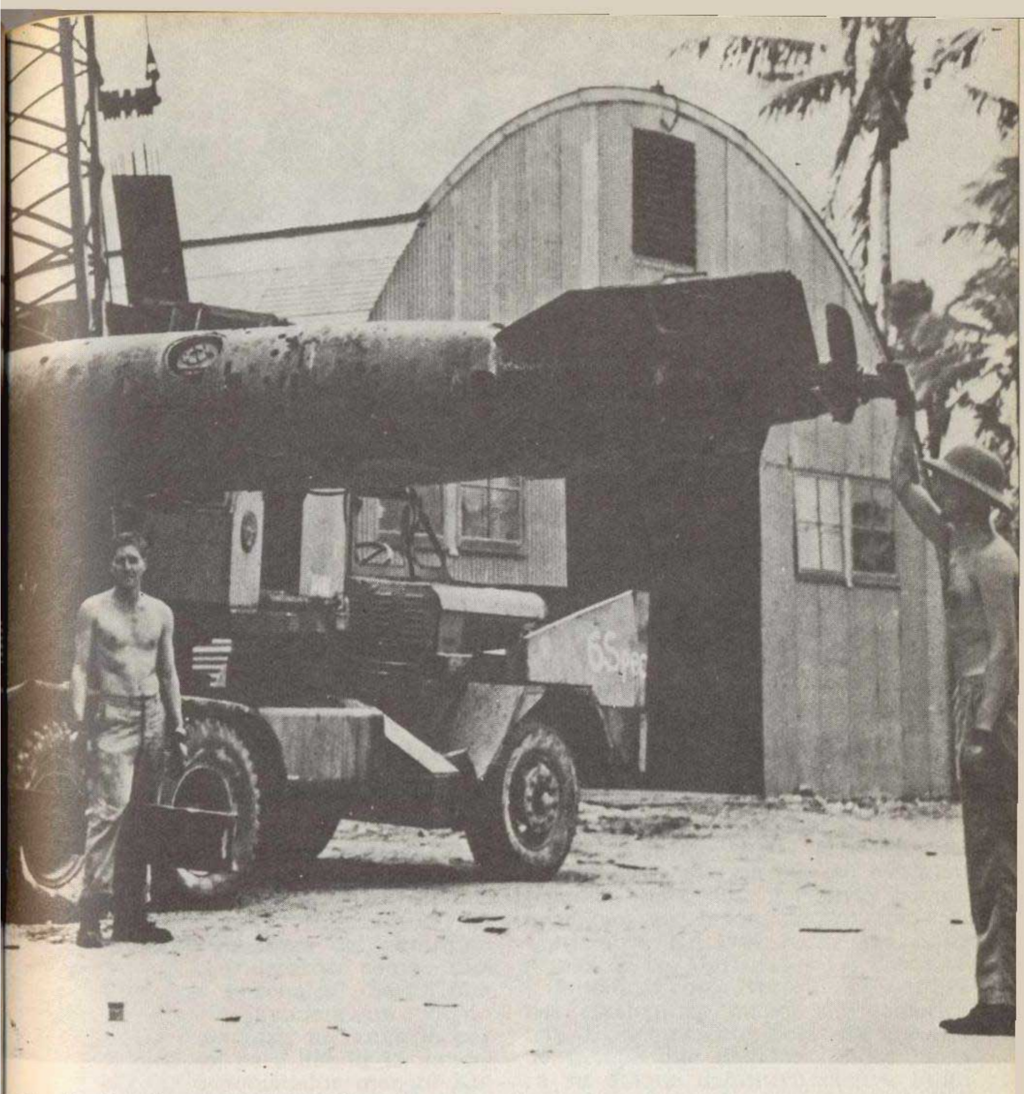
Cabezas explosivas de torpedos destinadas a la sección de proa de los kaiten.



Un torpedo suicida kaiten **encontrado por los norteamericanos en el atolón de Ulithi.**

fracaso. Una vez presentado el sable, la vida del receptor era ofrecida al emperador, en la batalla, en la muerte o sacándose las entrañas.

Cada hombre, al ser nombrado, se acercaba a la mesa y saludaba al almirante. Este, a su vez, se inclinaba y presentaba al *kaiten* un sable y uno de los *hachimaki*, una réplica del paño que llevaban los samurais siglos antes para absorber la transpiración y evitar que su largo cabello les cayera sobre los ojos. Cada piloto *kaiten*, saludando de nuevo, volvía a la fila y se ataba el *hachimaki* alrededor de la cabeza. En cada uno, escrita en graciosos brochazos, había una consigna apropiada al nombre del grupo: "Vuelve a nacer siete veces para servir al emperador", "Lealtad al emperador para siempre", o algo similar. A continuación se pasaban unas copas de agua de poco fondo. Eran para el brindis de la muerte: de agua, porque un guerrero japonés, ante su muerte, tradicionalmente bebía agua y no *sake* como símbolo de la pureza de su alma. El brindis representaba el clímax solemne de la ceremonia. Después el grupo *kaiten* marchaba hasta el mue-



lle desde el que embarcaría para su misión. Durante el trayecto se detendrían e inclinarían ante un templo especialmente construido para los pilotos *kaiten*. Los mandos y soldados que servían en Otsushima y Hikari invariablemente se reunían para despedirles y para la primera misión había una banda que tocaba el *Kimigayo*...: "Que tu reino dure mil, ocho mil generaciones..."

En el muelle se tomaban fotografías del grupo saludando con sus sables en alto. Luego pasaban a una lancha que les llevaría al submarino de la flota, que les estaba esperando para sumergirse. Otra tanda de torpedos humanos se dirigía a Yasukuni.



Viento divino



Ohnishi se despide de un grupo de kamikazes **antes de que atacaran los buques norteamericanos en el Golfo de Leyte.**

La palabra *kamikaze* suele emplearse para compendiar el acto suicida. Hoy en día se asocia más corrientemente con los taxistas de Tokio que con los hombres del "Cuerpo Especial de Ataque" que, en palabras del almirante Ohnishi, se consideraban como "dioses sin deseos terrenales". Según una popular leyenda japonesa, un "viento divino", un *kamikaze,* fue enviado por la diosa del Sol para hundir la inmensa flota del conquistador mongol Kublai Khan en 1281. Seiscientos sesenta años después se hizo un llamamiento para que otro viento divino derrotara a un enemigo a las puertas de Japón. Por ello parecía apropiado aplicar el nombre legendario a los hombres que realizaban versiones aéreas de la carga *banzai.*

Contrariamente a la creencia popular, los *kamikazes* no fueron organizados ante la urgencia del momento. En muchos de los combates aéreos anteriores, los pilotos norteamericanos y japoneses cuyos aparatos fueron inutilizados totalmente intentaban estrellarse contra objetivos enemigos y a veces lo conseguían. Estos casos no eran ataques suicidas en el verdadero sentido de la palabra, pues en cualquier caso los pilotos no tenían prácticamente ninguna posibilidad de sobrevivir. Y hay otros informes, no auteticados totalmente, de pilotos de ambos países que, estando sus aviones en perfecto estado, los estrellaron deliberadamente contra sus objetivos. Pero se trataba de casos aislados de autosacrificio. El ataque *kamikaze* organizado era algo muy diferente. En esta operación el piloto o toda la tripulación de un aparato atacante eliminaba hasta la más remota oportunidad de supervivencia una vez lanzado a la carga final contra el enemigo. La muerte era la compañera del piloto *kamikaze,* lo mismo que la del *kaiten.*

Hacia finales de 1944 resultaba evidente para muchos jefes japoneses responsables de la marcha cotidiana de la guerra que las probabilidades de victoria estaban disminuyendo. La Marina Imperial había sido derrotada y dispersada, la flota mercante estaba prácticamente aniquilada y las bajas habían reducido hasta tal puntos los pilotos de la Marina que no había suficientes para los portaaviones que quedaban en Japón. A principios de septiembre de 1944 todas las bases aéreas de las Marianas y las Carolinas y de toda la costa Norte de Nueva Guinea estaban en manos norteamericanas. Evidentemente, sólo era cuestión de tiempo que Estados Unidos lanzara su ataque definitivo contra Filipinas. Pero antes de que pudiera enviarse una fuerza de invasión era preciso eliminar los campos de aviación desde los que pudieran salir los bombarderos y cazas japoneses. Conscientes de ello, los nipones reforzaron sus bases aéreas en Filipinas. Tras un ataque contra Davao realizado por aparatos norteamericanos con base en portaaviones, se trasladaron seis escuadrillas de cazas Zero desde Clark, en Luzón, a la isla de Cebú, en el centro de Filipinas. Llegaron demasiado tarde para participar en la defensa de Davao y se supuso que los norteamericanos habían retirado sus portaaviones a mar abierto. Sin embargo, dos días después las fuerzas norteameri-



canas en misión especial volvieron a acercarse a Cebú y lanzaron un ataque que pilló totalmente desprevenida a la guarnición japonesa. En las pistas de aterrizaje de Cebú había unos cien Zeros y, cuando los ruidosos Hellcats terminaron su misión, más de cincuenta habían quedado reducidos a chatarra carbonizados o saltaron en pedazos. Para los japoneses esto era un desastre de primera magnitud; de un solo golpe los norteamericanos habían destruido casi dos tercios de toda la fuerza aérea de caza japonesa en Filipinas.

En un intento de contrarrestar los efectos de este devastador ataque, se ordenó a lo que quedaba de los Zeros que volvieran a Luzón y concretamente a Manila, y se enviaron a Filipinas todos los refuerzos disponibles. Pero antes de que los destrozados restos de la fuerza aérea japonesa en Filipinas pudieran reorganizarse y reconstruirse, los norteamericanos volvieron a atacar. Cuando terminó el bombardeo de Filipinas, Okinawa y Formosa, los campos de aviación quedaron convertidos en un montón de escombros carbonizados y retorcidos.

Arriba: **Las fuerzas aéreas de los Estados Unidos bombardean el aeródromo de Clark, en manos japonesas.** Derecha: **Un aparato japonés destruido sobre la pista.**

No se trataba de una simple pérdida de aviones, aunque ya era bastante grave. Faltaban pilotos navales y los del ejército no parecían lo bastante expertos para hacer frente a los adversarios aéreos norteamericaos. Empezaba a sugerirse que el único medio de detener a Estados Unidos era estrellar deliberadamente bombarderos japoneses contra los portaaviones enemigos. Esta idea llegó por fin al almirante Soemu Toyota, comandante en jefe de la Flota Combinada de la Marina Imperial. Pero hasta que no se conoció la noticia de que el contraalmirante Arima, comandante de la 26 Flotilla Aérea de Manila, deliberadamente estrelló su avión contra un buque de guerra norteamericano, fue cuando Toyota autorizó la creación de

una organización dispuesta a destruir y morir.

Por consiguiente, puede atribuirse a Arima una notable contribución a las tácticas suicidas japonesas. Preciso y formal por naturaleza, pero de aspecto astuto y antipático, procedía de una antigua familia samurai y era un auténtico militar profesional. En Manila prefería vivir frugalmente y pasar la mayor parte del tiempo en el aeródromo de Nichols manteniendo una estricta supervisión de las operaciones bajo su mando. El 15 de octubre, cuando se detectó una fuerza norteamericana cerca de Luzón, Arima estaba en este aeródromo. Al decidirse atacar a la flota norteamericana con todos los aviones disponibles, parece que Arima anunció súbitamente que dirigiría el ataque en persona.

Seguido de doce bombarderos y ochenta y seis Zeros, despegó hacia las tres de la tarde. La flota norteamericana fue detectada aproximadamente una hora después y el último mensaje de Arima parafraseaba una orden del Alto Mando japonés: "El destino de la patria depende de esta batalla. Todos deben hacer cuanto puedan." Minutos después, una sección del ala de su aparato se estrellaba contra la cubierta de aterrizaje del portaaviones *Franklin*. Los pilotos de Arima dijeron posteriormente que había encabezado el ataque estrellándose contra un buque de guerra norteamericano, identificado diversamente como destructor, crucero o portaaviones. Como Arima no sobrevivió, nunca pudieron verificarse sus intenciones. Pero se supone oue los restos que quedaron sobre el *Franklin* eran los de su avión. Es posible que Arima nunca pretendiera un final dramático, que su intención fuera meramente dar ejemplo y fortalecer la determinación de sus pilotos a presionar su ataque sin pensar en una misión sin retorno. Sea o no cierto, el hecho es que esta acción se consideró como una respusta al llamamiento al deber del Alto Mando. El resultado fue un clímax tan violento como las circunstancias que lo engendraron. Aunque la decisión de formar lo que constituía un cuerpo aéreo suicida puede





atribuirse al gesto dramático de Arima, entre las tripulaciones aéreas navales ya se discutió la posibilidad de desarrollar la táctica consistente en estrellarse deliberadamente: una posibilidad inspirada menos en la Batalla del Mar de Filipinas (que los japoneses generalmente denominaban Batalla Naval de las Marianas), en que fueron hundidos tres portaaviones japoneses, que en el marcado aumento de los accidentes durante la instrucción de vuelo. Casi diariamente moría algún hombre practicando aterrizajes y despegues desde la cubierta de los portaaviones. Ante esto, los propios pilotos empezaron a pensar que, para morir en la cubierta de un portaaviones, más valía hacerlo estrellándose contra los del enemigo. Si los aparatos iban cargados de bombas, al mismo tiempo podrían hundir los buques norteamericanos. En su día estas conversaciones llevaron al contraalmirante Sueo Obayashi, comandante de la 3.ª División de Portaaviones, y al capitán Eiichiro Iyo, del portaaviones *Chiyoda*, a sugerir al almirante Ozawa la idea de la creación de una Fuerza Especial de Ataque.

Pero no fue Ozawa el hombre directamente responsable de la creación de los *kamikazes*. El 17 de octubre llegó a Manila un nuevo mando naval para encargarse de la Primera Flota Aérea. Era el vicealmirante Kakijiro Ohnishi, el hombre que había contribuido a trazar el plan Yamamoto para el ataque a Pearl Harbour y que, junto con Yamamoto, fue el principal responsable de la construcción del Arma Aérea de la Marina Imperial. Era un hombre testarudo y arrogante que rebosaba de una masculinidad y un impulso contagiosos para los hombres más jóvenes que servían con él, y detestable para sus iguales y superiores. Muchos oficiales de Marina le adoraban tanto como los jefes le detestaban por sus modales agresivos y ostentosos y la condescendencia que mostraba con los que estaban en desacuerdo con él. Pero nadie podía discutir su experiencia o su celo. Como piloto tenía en su haber gran cantidad de servicios distinguidos en China, y en calidad de jefe de estado mayor del comandante de la Fuerza Aérea basada en tierra de la Marina había demostrado ser un jefe capaz. Ohnishi era eficiente y lo sabía.

Vista aérea de los destrozos ocasionados por los bombardeos en Formosa, después de la incursión.

Llegó a Manila en un momento crítico. Se había detectado una fuerza operativa norteamericana y ello se consideraba como una clara indicación de que los Estados Unidos estaban a punto de jugarse el todo por el todo en Filipinas. El almirante Toyota había ordenado que todos los buques de guerra japoneses en Filipinas se dirigieran lo más rápido posible a la zona Sudoriental de la costa y se reunieran en formación de combate. Debían unírseles prácticamente todos los buques de guerra de la Marina Imperial. Nueve acorazados, incluyendo los gigantes *Yamato* y *Musashi*, once cruceros pesados, seis ligeros, treinta y ocho destructores y cuatro portaaviones iban a reunirse con ellos desde Singapur, Formosa y la bahía de Hiroshima. Como se sabía que los norteamericanos tenían muchos portaaviones cerca de Leyte, había que encontrar algún medio de inmovilizarlos mientras los acorazados japoneses se acercaban para aniquilar el resto de las fuerzas enemigas.

Todo dependía de la capacidad de Ohnishi para enfrentarse a los portaaviones norteamericanos. Y, sin embargo, tenía las manos literalmente atadas al tomar sus primeras medidas. Recurriendo a todos los campos de aviación disponibles en las islas sólo pudo reunir treinta cazas Zero y un número similar de bombarderos Betty Tipo 1. Para las próximas operaciones tenía un lamentable total de sólo sesenta aviones. Ohnishi se dio cuenta de la futilidad de su tarea: ni siquiera con un gran esfuerzo de imaginación podía esperar destruir por medios ortodoxos los portaaviones norteamericanos tan bien guardados por sus cazas Hellcat. Y, sin embargo, si no conseguía destruirlos —reflexionó Ohnishi— hasta los inmensos *Yamato* y *Musashi* podían ser hundidos antes de que pudieran siquiera divisar la flota norteamericana, y con mayor motivo si llegaban a entrar en combate.

En la mañana del 19 de octubre Ohnishi se presentó en el cuartel general de Toyoda con la propuesta de que se emplearan tácticas suicidas en



Almirante Soemu Toyoda.

apoyo de la próxima operación naval. Aún existía una fuerte resistencia a aceptar que estos ataques fueran la forma más efectiva de luchar. Pero la persuasiva firmeza de Ohnishi, unida a la consciencia de que esta operación *Sho* decidiría de una vez para siempre el resultado de la guerra, terminó decidiendo la reunión. *Sho* significa victoria. El plan para esta operación se trazó en julio de 1944, cuando los norteamericanos habían atravesado las líneas defensivas japonesas en Nueva Guinea y las Marianas. Concebida como "ofensiva-defensiva" para contrarrestar los siguientes ataques norteamericanos, la Operación Victoria era otro intento de precipitar la batalla naval "decisiva" que había sido la piedra angular de la estrategia naval japonesa. La decisión de activarlo se tomó cuando parecía que los norteamericanos habían seleccionado las Filipinas como su próximo objetivo y se estaban concentrando en Leyte.

El almirante Teraoka, predecesor de Ohnishi como comandante de la Primera Flota Aérea, estaban presente en las discusiones y registró estos extraños comentarios:

"Las tácticas ordinarias son ineficaces."

"Debemos ser sobrehumanos para ganar la guerra."

"Los voluntarios para las misiones suicidas deberán presentarse al Cuartel General Imperial antes de partir, para que se sientan seguros y serenos."

"¿Debemos hablar a los jóvenes pilotos directamente o a través de sus comandantes de grupo?"

"Sería mejor para acciones futuras que los comandantes de grupo presentaran la proposición."

"Si los pilotos voluntarios organizan la primera unidad suicida, otras unidades seguirán su ejemplo. Si todas las unidades aéreas lo hacen, las de superficie también se sentirán inclinadas a tomar parte. Y si hay una respuesta unánime por parte de la Marina, el Ejército también hará lo propio."

Finalmente se decidió dejar que Ohnishi hiciera los preparativos para reclutar las primeras unidades. Ohnishi dejó el cuartel general de Toyoda poco antes de mediodía y, en cuanto llegó a su cuartel, envió un mensaje a Mabalacat, llamando a Manila al comandante del 201 Grupo Aéreo, capitán Takae Yamamoto, y a su ayudante, Tadashi Nakajima. Pero a las cuatro de la tarde, en vista de que ninguno de los dos había llegado, Ohnishi no pudo contener su impaciencia y salió para Mabalacat esperando encontrarles por el camino. Yamamoto había esperado hasta que partiera el vuelo táctico y por las razones que fueran los dos coches que habían partido en direcciones opuestas no se encontraron. Al entrar Ohnishi en el cuartel general del aeródromo de Mabalacat fue recibido por dos hombres: Asaicki Tamai, segundo comandante de la base aérea, y el comandante Rikihei Inoguchi, jefe de estado mayor de la Primera Flota Aérea. Ya dentro del cuartel Ohnishi resumió sobriamente su plan: "Como ustedes saben, la situación de la guerra es grave. Se ha confirmado la aparición de fuertes contingentes norteamericanos en el Golfo de Leyte Nuestras fuerzas de superficie ya están en movimiento... Debemos alcanzar los portaaviones enemigos y mantenerlos neutralizados al menos por una semana." A continuación

Ohnishi espetó su grave propuesta: "En mi opinión sólo hay un medio de asegurarnos de que nuestras escasas fuerzas sean eficaces en grado de cazas Zero armados con bombas de 250 kilogramos y que cada caza se estrelle contra un portaaviones norteamericano... ¿Qué les parece?" He aquí un plan audaz y desesperado que debía cambiar el curso de la guerra. La forma en que fue planteado estaba a la altura del hombre violento e inclinado a tomar decisiones violentas.

Según Inoguchi, tanto él como Tamai se quedaron momentáneamente aturdidos. Para ganar tiempo, Tamai mandó llamar al oficial de armamento para preguntarle qué efecto produciría el choque de un avión con una bomba de 250 kilogramos contra la cubierta de aterrizaje de un portaaviones. El oficial respondió que probablemente se tardaría varios días en reparar los desperfectos. Además, un intento deliberado de estrellarse de lleno contra el portaaviones tendría más posibilidades de éxito que cualquiera de las técnicas convencionales de bombardeo entonces en boga. La respuesta fue precisamente lo que Tamai esperaba. Pero no estaba dispuesto a aceptar toda la responsabilidad de ordenar a sus subordinados que se suicidaran. Volviéndose a Ohnishi, le dijo: "No puedo decidir un asunto de tal gravedad. Debo consultar con mi comandante, el capitán Yamamoto." La respuesta de Ohnishi fue breve. Dijo que había hablado con Yamamoto por teléfono y que éste delegó la responsabilidad en Tamai. Como ya no podía emplear más subterfugios, Tamai pidió permiso para consultar a los comandantes de vuelo en privado. Ohnishi accedió y, cuando Tamai volvió a la habitación veinte minutos después, fue para decir que organizaría una unidad suicida sin más dilación. Tras hablar con algunos pilotos, podía asegurar al almirante que no faltarían voluntarios.

La siguiente medida corrió también a cargo de Tamai. De la heterogénea colección de jóvenes pilotos del 201 Grupo Aéreo había seleccionado algunos voluntarios para las misiones suicidas que se les ordenarían en los próximos días. Todos ellos eran inexpertos y había pocos oficiales. Pero su moral era alta y, cuando Tamai habló



Almirante Isoroku Yamamoto.

en el curso de un desfile organizado a toda prisa para decirles lo que se le había propuesto, respondieron entusiásticamente. La precaria situación de la flota y grupos aéreos japoneses en las Filipinas era de todos conocida y los pilotos sabían que las posibilidades de rechazar el ataque previsto eran escasas. También se daban cuenta de que se hacía difícil su propia supervivencia. En tales circunstancias era lógico que un llamamiento al patriotismo obtuviera su apoyo. Veintitrés suboficiales se ofrecieron voluntarios para la primera misión y lo único que quedaba por hacer era elegir el oficial que debía mandarlos.

El primer nombre que se le ocurrió a Tamai fue el de Naoshi Kanno. El teniente Kanno era un pintoresco personaje, con reputación de osadía temeraria. Tres meses antes había conseguido destrozar un B-24 norteamericano con su Zero y por una afortunada casualidad sobrevivió. Desde entonces había demostrado su habilidad en las prácticas de bombardeo de rebote. Consistía en rozar la cresta de las olas y lanzar una bomba de 250 kilogramos por el agua hasta el costado de un objetivo con el mismo efecto que un torpedo. En resumen, poseía todas las dotes necesarias de mando



que podían atraer a los hombres a punto de lanzarse a un *banzai* aéreo. Pero Kanno estaba en Japón reuniendo Zeros y refuerzos para sustituir las bajas de Davao. El más idóneo de los disponibles era el teniente Yukio Seki, un oficial de veintitrés años que se había incorporado al 201 Grupo Aéreo hacía menos de un mes. Seki era un individuo callado y serio que no se distinguió especialmente desde que se unió al grupo. Pero se sabía de su fuerte sentido del patriotismo y, cuando Tamai le preguntó si estaba dispuesto a mandar una heterodoxa "unidad de ataque", aprovechó alborozado la oportunidad.

Una cuestión que quedaba por decidir es cómo se llamaría este grupo suicida. Cuando Inoguchi sugirió *shimpu* (otra forma de leer los caracteres de *kamikaze*), Tamai se mostró de acuerdo. "Necesitamos un *kamikaze* humano", dijo. Ohnishi también lo aprobó y así fue como los primeros veinticuatro voluntarios se convirtieron en el Cuerpo de Ataque *Shimpu*, con cuatro secciones: *Shikishima, Yamato, Asahi* y *Yamazakura*. Los nombres proceden de un poema muy conocido *(Shikishima no Yamatogokoro wo hito towaba, Asahi ni niou Yamazakura-bana:* "El espíritu japonés es como los cerezos de las montañas, radiante bajo el sol de la mañana".)

En la mañana del 20 de octubre había nacido el Cuerpo *kamikaze* y el alimrante Ohnishi, que se había quedado a pasar la noche en Mabalacat, se dirigió a los primeros veinticuatro suicidas potenciales ese día después del desayuno: "Japón está en un grave peligro —dijo—. La salvación de nuestro país no depende ya de los ministros, del Estado Mayor Central ni de jefes inferiores como yo mismo. Sólo puede venir de jóvenes fogosos como vosotros. Por ello, en bien de vuestros millones de compatriotas, os pido este sacrificio y rezaré por vuestro éxito." Luego, con voz que le temblaba de emoción, concluyó: "Ya sois dioses, sin deseos terrenales. Pero querréis saber que vuestra destrucción no es en vano. Desgraciadamente, no podremos

Un joven piloto kamikaze **con la espada de samurai antes de su misión sin retorno.**

referiros los resultados. Pero yo observaré vuestros esfuerzos hasta el final e informaré de vuestras hazañas al Trono. Podéis estar seguros sobre este punto... Os pido a todos que hagáis cuanto podáis." Se desconoce el efecto de su discurso sobre los infortunados voluntarios. Pero Ohnishi volvió a Manila, aparentemente muy satisfecho de su creación. "Los pilotos están impacientes y han formado una buena unidad...", informó al almirante Teraoka ese mismo día en el cuartel supremo de Toyota.

El 20 de octubre de 1944 fue un día memorable para el Cuerpo suicida. Mientras Ohnishi volvía apresuradamente a Manila para comunicar la brillante inauguración de la unidad *Shimpu,* ya se estaban tomando medidas para formar un segundo grupo de *kamikazes.* El comandante Nakajima, que había vuetlo a Mabalacat desde Manila a primera hora de esa mañana, recibió la orden de volar a Cebú, al Sur de Manila, con la sección *Yamato,* y crear una seguda unidad "especial de ataque". Con una escolta de otros tres cazas, los cinco Zeros de la sección *Yamato* aterrizaron en la base aérea naval japonesa a pocos kilómetros al Norte de Cebú a última hora de la tarde. No se reveló el propósito de la misión de Nakajima y ni siquiera los pilotos de los cazas de escolta sabían que sus compañeros de los Zeros se habían enrolado como *kamikazes.* Pero la imprevista llegada de ocho Zeros a Cebú era todo un acontecimiento. Cuando Nakajima ordenó inmediatamente un desfile de todo el personal de vuelo de la base, todos sabían que estaban allí para alguna misión heterodoxa.

Subido sobre una caja de jabón al borde de la pista, Nakajima se dirigió a los aviadores congregados. A una revisión de la situación bélica siguió una explicación del propósito e importancia de la operación *Sho.* Finalmente reveló el motivo de su misión en Cebú:

"... El momento requiere el empleo de tácticas suicidas. El almirante Ohnishi las autorizó anoche en Mabalacat con la organización del Cuerpo Especial de Ataque *Shimpu.* Allí se han creado cuatro unidades —*Shikishima, Yamato, Asahi* y *Yamazakura*— de este cuerpo. Cuatro de los aviones que acaban de llegar conmigo constituyen la unidad *Yamato...*

"He venido a Cebú a organizar otra unidad especial de ataque. Cualquier suboficial o aviador alistado que desee presentarse voluntario deberá dar su nombre hoy a las 21,00.

"No todos deben ofrecerse. Sabemos que todos estáis deseando morir por Japón... También nos damos cuenta de que algunos creéis que las obligaciones familiares os impiden ofrecer así vuestra vida. Es más, el número de voluntarios que podemos aceptar está limitado por la disponibilidad de aviones. Como todos sabéis, tenemos muy pocos aparatos... Sólo yo sabré si un hombre se ha ofrecido o no y, como el secreto es vital para la operación, no debéis discutirlo entre vosotros. Pero las operaciones especiales de ataque deben empezar mañana y por eso quiero que todos lo penséis y toméis una decisión antes de las 21,00 horas."

Los aviadores habían escuchado en completo silencio y, cuando Nakajima bajó de su caja y se dio la orden de romper filas, se separaron calladamente. Pero en el discurso no se había mencionado a los oficiales. Poco después de llegar al comedor de oficiales, Nakajima se vio acosado por dos de ellos. El primero, teiente Yoshiyasu Kuno, era el piloto de uno de los Zeros de escolta que había volado desde Cebú. Estaba durmiendo cuando se ultimaron los preparativos del primer grupo de voluntarios en Mabalacat y llegó a ofrecer sus servicios. El segundo, un joven y belicoso alférez de la escuadrilla de Cebú, decía representar a los oficiales de su base. Dijo que no se les había invitado a ofrecerse voluntarios. Y, sin embargo, él y sus compañeros estaban ansiosos de hacerlo.

Poco después de las nueve, un ordenanza llevó a Nakajima un montón de sobres. Dieciocho de ellos contenían el acuerdo formal de ofrecerse para la misión *kamikaze* que se había pedido en el desfile. Ahora ya podía contarse con una segunda unidad *Shimpu.*

Mientras tanto, otro tipo de *kamikaze* se estaba creando en Japón. Durante los meses de verano un alférez llamado Ohta había pensado también en las tácticas suicidas de este tipo


隊長



En Japón los miembros del nuevo cuerpo de kamikazes eran tratados como jóvenes dioses.

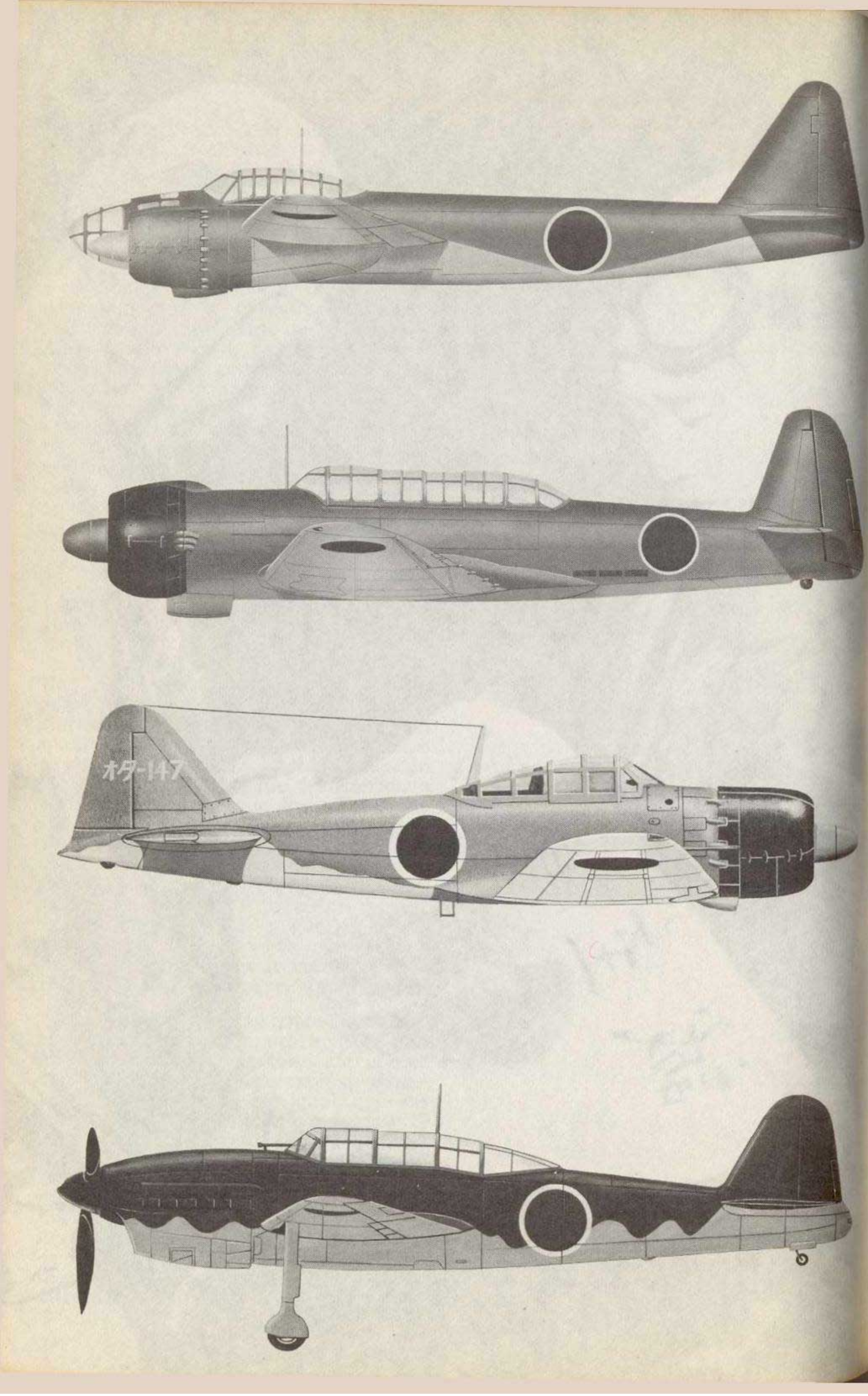
mientras hacía vuelos de transporte a Rabaul. Para Ohta ya estaba claro que, si no se encontraba pronto algún método nuevo y radical de detener el aparentemente irresistible avance norteamericano, el propio Japón sería invadido. Sus ideas cristalizaron en una bomba pilotada que podría ser llevada al combate por un bombardero Betty Tipo 1. Se pidió a la Universidad de Tokio que colaborara en el diseño y a finales de septiembre (1944) su departamento de investigación aeronáutica había diseñado los planos. El Alto Mando Naval, escéptico al principio, empezó a comprender las posibilidades del arma aproximadamente al mismo tiempo que Ohnishi hacía su campaña en favor de los *kamikazes*. En consecuencia, las primeras bombas pilotadas en planeo salieron de las cadenas de producción hacia finales de octubre, mientras se creaban otros modelos más complejos.

La primera de estas armas no se llegó a usar hasta marzo de 1945, y para entonces era demasiado tarde para cambiar el curso de la guerra. Pero se formó una "Unidad Especial de Ataque" en la base aérea de Kohno-Ike, al Nordeste de Tokio, para el adiestramiento de los pilotos. (Posteriormente, en abril de 1945, la unidad mandada por un entusiasta dispuesto a cumplir o morir llamado capitán Motoharu Okamura, fue transferida a Kanoya.) Al igual que los pilotos *kamikazes* más "convencionales", los jóvenes que pilotaban esta arma eran todos voluntarios. La mayoría eran muchachos con sólo el mínimo adiestramiento necesario para su misión. Pero a medida que la guerra se cerraba sobre Japón, se les unieron unos pocos veteranos endurecidos de los restos de la fuerza aérea japonesa.

La primera de las armas de Ohta, el *Okha*, era un diminuto aparato con un solo asiento y motores de cohete con 1.000 kilogramos de explosivos metidos en la cabeza. Al igual que los aeroplanos, su rendimento era muy limitado y el aparato portador tenía que lanzarlos a 15 kilómetros de su objetivo. Desde una altitud de 7.000 metros un *Okha* tenía un alcance de unos 25 kilómetros y se enseñaba a los pilotos a corregir su trayectoria de planeo con ráfagas cortas de los motores de cohete. El sistema era relativamente simple: durante el recorrido hacia la zona de combate el piloto del *Okha* viajaba en un bombardero. Al acercarse al objetivo se metía en su aparato a través del compartimiento de las bombas y, en cuato el piloto del bombardero le confirmaba su objetivo y alineaba su avión, el *Okha* era soltado. Entonces el piloto partía para un vuelo sin retorno.

«Todo por el emperador; estamos deseosos de morir por él»; mensaje escrito en una bandera que debía llevar uno de los pilotos en su misión suicida.


誠


オタ-147

El Yokosuka P1Y1 Ginga (Vía Láctea), al que los aliados dieron el nombre en clave de FRANCES, era el bombardero medio rápido típico de la Marina japonesa al final de la guerra. Veloz y maniobrero, era popular entre los pilotos, pero debido a los problemas ocasionados por su sistema hidráulico y la inseguridad de sus motores, constituía una pesadilla para los mecánicos. Motores: Dos Nakajima Nk9B Homare 11 en estrella de 1.820 HP. cada uno al despegar. Armamento: Un cañón de 20 mm. en la proa y una ametralladora de 12,7 mm. en la parte trasera de la cabina; 1.000 Kg. de bombas en el interior del fuselaje y bombas pequeñas o un torpedo de 800 Kg. Velocidad: 556 Km/h., a 5.900 m. Toma de altura: En 4 minutos 15 segundos, 3.000 m. Techo operativo: 10.000 metros. Alcance: 4.390 Km. Peso máximo en el despegue: 13.500 Kg. Envergadura: 20 m. Longitud: 15 m. Altura: 4,30 m.

El Nakajima B6N2 Tenzan (Montaña Celestial), al que los aliados dieron el nombre en clave de JILL, era un bombardero de un solo motor, con tres asientos y con base flotante, pero se usó para bases terrestres cuando la mayoría de los portaaviones de la Marina Imperial quedaron hundidos o inutilizados, hacia el final de la guerra. El Tenzan se utilizó muy agresivamente, tanto en misiones convencionales como suicidas, durante la campaña de Okinawa. Motor: Un Mitsubishi MK4T Kasei 25 en estrella, 1.850 HP. Armamento: Una ametralladora de 7,7 mm. en el ala izquierda, una en la cabina posterior y una en posición ventral; un torpedo de 800 Kg. o seis bombas de 100 Kg. debajo del fuselaje. Velocidad: 482 Km/h., a 4.900 m. Toma de altura: En 10 minutos 24 segundos, 4.290 m. Techo operativo: 9.040 m. Alcance máximo: 2.630 Km. Peso máximo en el despegue: 5.650 Kg. Envergadura: 14,90 m. Longitul: 10,86 m. Altura: 3,80 m.

El Mitsubishi A6M Reisen (Caza Zero), al que los aliados dieron el nombre en clave de ZEKE, fue el caza típico de la Marina japonesa durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de estar anticuado desde finales de 1943. Al igual que muchos otros tipos no diseñados para este fin, el Reisen se utilizó para misiones suicidas en las últimas etapas de la guerra. Para ello se le adaptó una bomba de 220 kilogramos. Especificación del caza normal A6M5 aquí ilustrado: Motor: Un Nakajima NK1F Sakae 21 en estrella, 1.130 HP. Armamento: Dos cañones de 20 mm. tipo 99 y dos ametralladoras de 7,7 mm. tipo 97. Velocidad: 560 Km/h., a 6.000 metros. Toma de altura: En 7 minutos, 6.000 m. Techo operativo: 12.000 m. Alcance máximo: 1.900 Km. Peso normal en el despegue: 2.425 Kg. Envergadura: 12 m. Longitud: 9,05 m. Altura: 3,05 m.

El Yokosuka D4Y Suisei (Cometa), al que los aliados dieron el nombre en clave de JUDY, estaba diseñado como bombardero en picado, pero, debido a los fallos en los largueros del ala, al principio se usaba para vuelos de reconocimiento. Al mejorarse la resistencia de las alas, la Marina aceptó el Suisei como bombardero en picado en marzo de 1943. Se usó por primera vez para ataques suicidas durante la batalla de las Filipinas, en la versión D4Y2, ilustrada aquí. Hacia el final de 1944 el diseño fue específicamente modificado para los kamikazes, creándose el D4Y4. En este modelo se eliminó el puesto del radio operador/artillero, introduciéndose en el vientre del aparato una bomba de 800 kilogramos, y se añadieron al fuselaje tres cohetes para ayuda de despegue, para reducir el recorrido en pistas cortas o para elevar la velocidad del Suisei en el momento de estrellarse contra un objetivo. Se construyeron 296 unidades de este tipo. Motor: Aichi Ae1P Atsuta 32 en uve invertida de 1.400 HP. Armamento: Normalmente 600 Kg. de bombas, más dos ametralladoras de 7,7 mm. tipo 97 y una de 7,92 mm. tipo 1. Velocidad máxima: 589 Km/h., a 5.250 m. Toma de altura: En 4 minutos 36 segundos, 3.280 m. Techo operativo: 10.720 m. Alcance: 1.200 Km. máximo. Peso máximo en el despegue: 4.350 Kg. Envergadura: 11,50 m. Longitud: 10,20 metros. Altura: 3,75 m.



Kamikazes en Filipinas



Un piloto ata el hachimaki **de su camarada, que está a punto de salir para una misión suicida.**

El 25 de octubre, a las 07,25 horas, nueve aviones salieron de Mabalacat y se dirigieron hacia el Este sobre el vasto y solitario Pacífico. Cinco eran aviones suicidas: la unidad *Shikishima* del nuevo Cuerpo Especial de Ataque; los otros cuatro eran de escolta. El teniente Seki mandaba la formación. Seki fue el primer oficial voluntario y su sangre sería la primera derramada en la nueva ola de ataques suicidas. Los cinco pilotos esperaban morir por su emperador y todos llevaban el tradicional *hachimaki* atado a la frente. Lo llevaron durante los cuatro días precedentes y despegaban con la esperanza de que su próxima misión sería desde Yasukuni. En cada ocasión volvieron a su base frustrados o quizá decepcionados. Se sabía que existía una fuerza especial norteamericana operando al Oeste de Filipinas, pero siempre que se realizaba una salida suicida los buques estadounidenses desaparecían. Acaso por la falta de las necesarias operaciones de reconocimiento debida a la pérdida de aviones de este tipo con los bombardeos norteamericanos sobre Filipinas. Pero también el tiempo era culpable. Sin radar, los japoneses raras veces podían localizar los buques norteamericanos con los chubascos que frecuentemente caían sobre la zona en esta época del año. Seki, que estaba decidido a ser el primer *kamikaze* que lograra su objetivo, expresó, según se dice, una amarga decepción cuando volvió de estas salidas abortadas. El teniente Kuno, que asimismo estaba empeñado en ser el primer piloto especial de ataque en morir, anunció su intención de volar solo al Golfo de Leyte si no veía barcos norteamericanos en su misión oficial. En Leyte dijo: "Sin duda hay muchos objetivos." Lo que ocurrió con Kune nunca se sabrá. No llegó el 21 de octubre, pero, como no apareció ningún buque norteamericano hundido o averiado por ataques suicidas ese día, se supone que se quedó sin combustible en algún lugar del Pacífico.

Los aviones de Seki llegaron al Golfo de Leyte hacia las 10,40 horas y en esta ocasión no hubo chubascos que ocultasen a los descuidados buques de guerra estadounidenses. Seki llegó en un momento psicológico perfecto. Durante horas la flota norteamericana había estado huyendo del tremendo poder de las fuerzas del almirante Kurita, que había surgido de los estrechos de San Bernardino y girado hacia el Sur para destruir la flota junto a Leyte. Los portaaviones y destructores libraron una tremenda acción dilatoria contra Kurita. Hacía menos de una hora que los japoneses se habían retirado temiendo hallar otras unidades norteamericanas en algún lugar de la zona, y caer en una trampa.

A borde del *St Lo* y sus portaaviones gemelos, las tripulaciones estaban descansando ante su próxima cita con la destrucción. Por consiguiente, cuando Seki los descubrió, los norteamericanos estaban desprevenidos. Los japoneses volaban bajo. A las 10,50 horas les llegó la advertencia a los portaaviones: "Avión enemigo se acerca velozmente sobre la bruma." A las 10,53 retumbó un avión por encima de la rampa del *St Lo,* descendió en pi-



Almirante Takeo Kurita.

cado y se estrelló contra la cubierta de aterrizaje cerca de la línea central. A las 10,56 ardió la gasolina que se encontraba debajo de la cubierta. Dos minutos después, una violenta explosión sacudió el buque. Una enorme sección de la cubierta de aterrizaje desaparecía. Las llamas alcanzaban una altura de trescientos metros. A las 11,00 el *St Lo* era una masa de llamas y veinte minutos después se hundió.

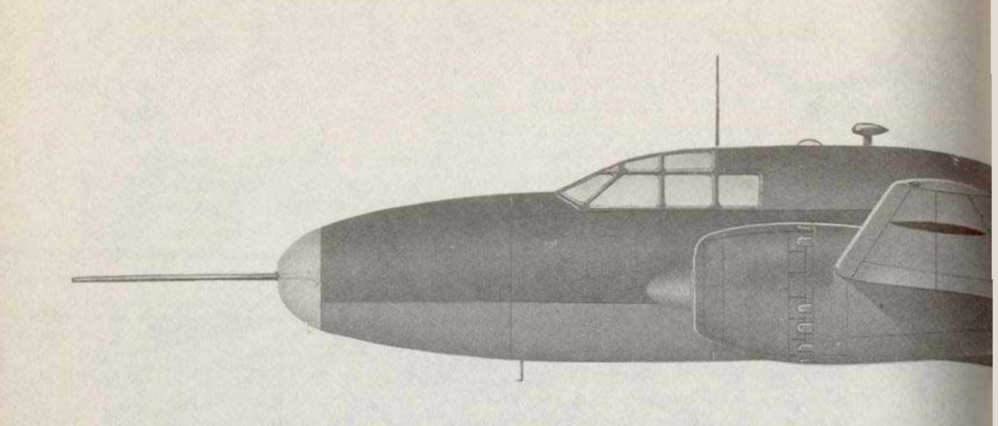
Mientras el *St Lo* ardía, los demás aviones suicidas se inclinaron y se lanzaron a sus objetivos. Ninguno falló. El *Kiktun Bay*, el *Kalinin Bay* y el *White Plains* fueron partidos por las explosiones mientras el acero chocaba contra el acero a cientos de kilómetros por hora. Cinco aviones alcanzaron cuatro buques. Un portaaviones fue hundido y los demás seriamente averiados. El éxito de Seki disipó el único temor que existía en la mente de los responsables de los ataques *kamikazes*: que cuando un avión descendiera en picado el piloto podía cerrar los ojos instintivamente antes de estrellarse, fallando su objetivo.

Esa noche radio Tokio emitió un trascendental comunicado del Cuartel General Imperial:

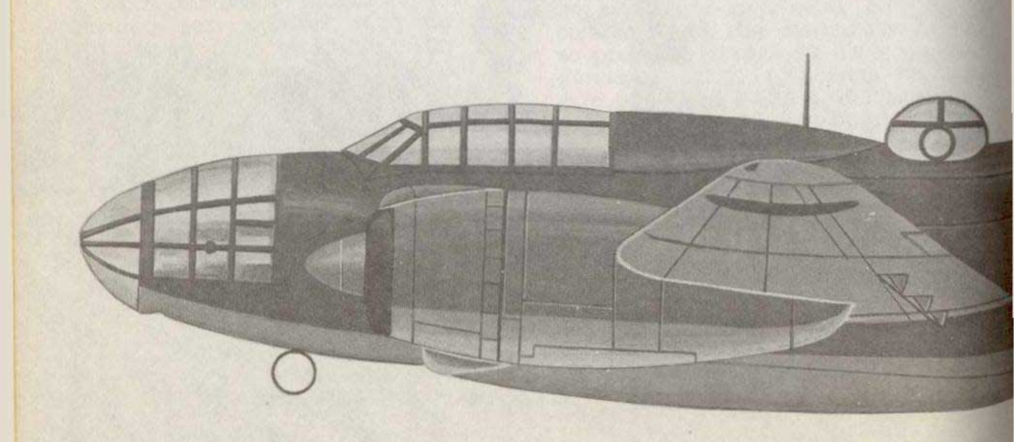
"A las 10,45, la unidad *Shikishima* del Cuerpo Especial de Ataque Kamikaze realizó con éxito un ataque por sorpresa contra una fuerza operativa enemiga constituida por cuatro portaaviones en un punto situado a 45 kilómetros al Nordeste de la isla de Suluan. Dos aviones alcanzaron a un portaaviones, que se hundió. Un tercero se estrelló contra otro portaaviones, incendiándolo. Un cuarto chocó contra un crucero, que se hundió inmediatamente."

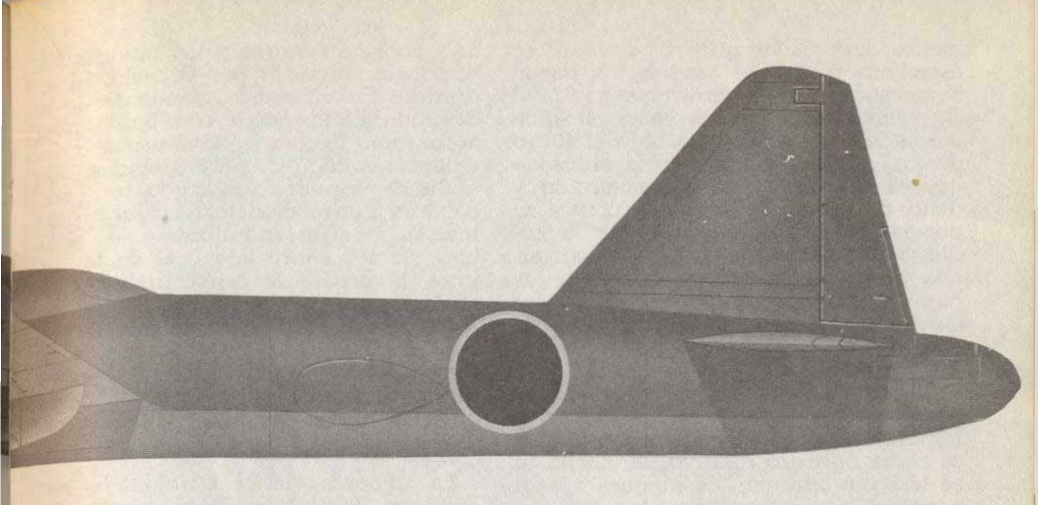
Entusiasmado por el primer éxito de su cuerpo suicida, Ohnishi ordenó que se presionara en Japón en favor de los ataques aéreos. Ahora le tocaba el turno a la sección *Yamato* y en la mañana del 16 de octubre ocho Zeros despegaron de Cebú. Partieron en dos grupos; el primero, de dos *kamikazes* y un avión de escolta, salió a las 10,15 y el segundo, de tres *kamikazes* y dos escoltas, a las 12,30. Como sólo sobrevivió uno de los dos aviones de escolta del segundo grupo, no se sabe que objetivo alcanzó cada avión. Pero parece que los *kamikazes* pillaron desprevenidos a los buques norteamericanos en el Golfo de Leyte, como hiciera Seki el día anterior. Los portaaviones trataban de recobrar los aparatos que regresaban de un ataque contra la flota del almirante Kurita. Algunos estaban aterrizando, otros se encontraban en cubierta para repostar y rearmarse, y algunos estaban en pleno proceso de lanzamiento cuando los descubrió la escuadrilla suicida. Sin más, el primer piloto japonés descendió en picado con su Zero sobre el portaaviones de escolta *Santee*. Haciendo fuego con las ametralladoras, se precipitó contra su objetivo, estrellándose contra la cubierta de aterrizaje y penetró hasta la del hangar antes de que estallara su bomba. Se produjo un incendio, pero fue controlado rápidamente. Sin embargo, cuarenta y tres hombres resultaron heridos, la tercera parte sin remedio, y se produjo una inmensa cavidad en la cubierta de proa. (Unos minutos después el submarino I-56, uno de los que operaban en la zona, lanzó un torpedo contra el estribor del *Santee*. Podría haber sido fatal, pero el buque estaba sólidamente construido; sobrevivió al torpedo y continuó en acción.) Un mo-

Arriba: **Un avión de la formación del teniente Seki se estrella contra el buque norteamericano** White Plains. Abajo: **El buque norteamericano** St Lo **estalla tras ser alcanzado de lleno por un** kamikaze.



El Mitsubishi Ki-67-I KAI **era la versión suicida del mejor bombardero de las Fuerzas Aéreas del Ejército japonés, el** Ki-67 Hiryu **(Dragón Volador), al que los aliados diaron el nombre en clave de PEGGY. Las modificaciones para convertir un** Ki-67-I **en un** I Kai **fueron realizadas por el Tachikawa Dai-Ichi Rikugun Kokusho. Consistían en eliminar las torretas, sustituyéndolas por carenajes, reduciendo las plazas para tripulación de ocho a tres e instalando la carga explosiva (dos bombas de 800 kilogramos o una carga explosiva de peso similar) y un mástil que salía del morro, que detonaba los explosivos al chocar contra el objetivo. Especificaciones para el bombardero normal** Ki-67: Motores: **Dos Mitsubishi Ha-104 en estrella, de 1.900 HP.** Armamento: **800 Kg. de bombas más un cañón Ho-5 de 20 mm. y cuatro ametralladoras tipo 1 de 12,7 mm.** Velocidad: **537 Km/h., a 6.000 metros.** Toma de altura: **En 14 minutos 30 segundos, 6.000 metros.** Techo operativo: **9.470 m.** Alcance: **3.500 Km. máximo.** Peso vacío/cargado: **8.600/13.700 kilogramos.** Envergadura: **22,50 m.** Longitud: **18,70 m.** Altura: **5,60 m.**





El Mitsubishi G4M, al que los aliados dieron el nombre en clave de BETTY, fue el bombardero más famoso de la Marina japonesa en la Segunda Guerra Mundial y fue utilizado durante todo el período de hostilidades. Tras éxitos iniciales considerables, en que la oposición de los cazas era despreciable, sufrió numerosas bajas mientras los aliados se recuperaban de sus primeros retrocesos y comenzaban a reforzar sus defensas aéreas con aviones más modernos. Los principales fallos eran su falta de protección blindada para los miembros de la tripulación y el hecho de que los depósitos de combustible también carecieran de protección. Más tarde estos defectos se corrigieron, pero el modelo siempre fue muy susceptible de desperfectos en combate. Al final de la guerra se adaptaron varios modelos para llevar la bomba suicida Okha, pero la combinación, por ser muy lenta y pesada, constituía una presa fáci para los cazas aliados. Motores: Dos Mitsubishi MK4T-B Ru Kasei 25b Ru en estrella, de 1.825 HP. Armamento: 1.000 Kg. de bombas o un torpedo de 800 Kg. más cuatro cañones tipo 99 de 20 mm. y dos ametralladoras tipo 92 de 7,7 mm. Velocidad: 437 Km/h., a 4.600 m. Toma de altura: En 20 minutos 10 segundos, 7.000 m. Techo operativo: 10.000 m. Alcance: 4.300 Km. Peso vacío/cargado: 8.300/12.500. Envergadura: 24,90 m. Longitud: 19,60 m. Altura: 4,10 m.

mento después de que el *kamikaze* se estrellara contra el *Santee*, los portaaviones de escolta *Suwanee* y *Petrol Bay* derribaron sendos aviones suicidas atacantes. Otro cayó bajo el fuego de los cañones del *Suwanee* antes de que el último *kamikaze*, alcanzado y lleno de humo, se arrojara contra el portaaviones y estallara entre la cubierta de aterrizaje y la del hangar. Los desperfectos fueron graves y las bajas numerosas, aunque el *Suwanee* volvió a entrar en acción al cabo de dos horas.

El coste de los desperfectos ocasionados al *Santee* fue alto. Sin embargo, los ataques de Seki podían considerarse como un éxito relativo. De hecho, si se les compara con los ataques aéreos convencionales japoneses, los *kamikazes* del 25 de octubre tuvieron una actuación notable. Conforme a lo previsto, gran número de aviones de la Cuarta Flota Aérea del general Tominaga se encontraban ese día sobre las playas de la invasión en Leyte, pero no pudieron hacer mucho daño. También numerosos aviones navales japoneses con base terrestre exploraban en busca de buques norteamericanos. Pero, bien sea por el mal tiempo o la falta de preparación de los inexpertos pilotos, no consiguieron encontrar sus objetivos. Así, como lo expresaron posteriormente dos supervivientes del cuerpo *kamikaze*, "la superioridad de los ataques especiales era manifiesta... Cientos de aviones realizando ataques ortodoxos no podían causar tanto daño al enemigo como un puñado de *kamikazes*."

El almirante Ohnishi no dudó nunca del éxito de su aventura suicida. Un mensaje del emperador elogiando los "magníficos esfuerzos de las unidades *Shikishima*" preguntaba si era "necesario llegar a ese extremo..." En el lenguaje de Hiro-Hito equivalía a una reprimenda. A Ohnishi le preocupó. pero continuó decidido y cuando el Alto Mando japonés en Filipinas se reunió el 26 de octubre, presionó para que se ampliara el Cuerpo Especial. Los que se resistieron a apoyar la primera propuesta de Ohnishi empezaron a revisar sus ideas. Por entonces estaba perfectamente claro que la Marina Imperial acababa de sufrir una derrota catastrófica. El poco o mucho éxito que hubiera logrado la operación *Sho* podía atribuirse a las tácticas heterodoxas iniciadas por Ohnishi. El almirante Fukudome, comandante de la Segunda Flota Aérea con base en el aeródromo de Clark, se opuso a la introducción de ataques suicidas. En realidad, seguía defendiendo los bombardeos convencionales en formación masiva y le intranquilizaban los posibles efectos sobre la moral de los pilotos la orden de convertirse en *kamikazes*. Pero no podía negar algo tan evidente como la eficacia de las tácticas de Ohnishi. Por ello, bien a su pesar, se avino a la fusión de las dos flotas aéreas, cuyo principal elemento ofensivo serían las unidades de *kamikazes*.

La "Fuerza Aérea Combinada con Base en Tierra", bajo el mando del almirante Fukudome y Ohnishi como jefe de estado mayor, nació en la noche del 26 de octubre. No había escasez de voluntarios para constituirla, y a las veinticuatro horas se habían formado siete nuevas unidades especiales de ataque. A medida que eran enviados al combate, aparecían más voluntarios para sustituirles. La limitación no residía en los hombres, sino en las máquinas. Tal como se había anticipado, los resultados de los ataques superaron con mucho lo que podía conseguirse con métodos ortodoxos. En primer lugar, la principal arma *kamikaze* era el Zero, pero con el transcurso del tiempo se unieron a su armamento los aviones de bombardeo en picado Val y Judy y el bombardero bimotor Frances. Estimulados por los éxitos de Ohnishi, las unidades aéreas del Ejército de Tierra en Filipinas preguntaron si podían participar también en la nueva ofensiva. Pronto, a los grupos de la Marina se unieron los pilotos y tripulaciones aéreas del Ejército de Tierra en los crecientes ataques suicidas. Y, sin embargo, a pesar del alto ritmo de ataques mantenido contra los buques de guerra y transporte norteamericanos, los japoneses no pudieron detener la invasión. Los ataques iniciales desde portaaviones norteamericanos contra los campos de aviación de Filipinas habían logrado su propósito; en consecuencia, Fukudome y Ohnishi no tenían bastantes aviones para impedir las operaciones norteamericanas.

Durante el mes de octubre de 1944 la salida *kamikaze* típica estaba cons-



Los desperfectos fueron graves y las bajas numerosas; la cubierta de hangar del buque norteamericano Suwanee **tras un ataque suicida.**

tituida por tres aviones suicidas y dos de escolta. La idea era mantener formaciones de ataque reducidas y un vuelo de cinco se consideraba el número óptimo: lo bastante grande para garantizar la aniquilación de un buque acorazado y al mismo tiempo lo bastante pequeño para evitar la interceptación y mantenerse juntos en tiempo nuboso o malo. La proporción de tres *kamikazes* por dos escoltas no era rígida. Pero los aviones de escolta se consideraban esenciales para proteger a los *kamikazes* de los cazas norteamericanos mientras realizaban sus fatídicos vuelos en picado. Para conseguirlo tenían que permanecer junto a ellos y protegerles aunque significara su propio sacrificio. Como la misión de escolta requería una práctica de vuelo y una aptitud superiores se asignaban los mejores pilotos y sus solicitudes para misiones suicidas eran invariablemente rechazadas.

La derrota del almirate Kurita en la Batalla del Golfo de Leyte era algo más que el fracaso de la Operación *Sho*. Las pérdidas de tres acorazados, cuatro portaaviones, nueve cruceros, trece destructores y cinco submarinos suponían la sentencia de muerte para la Marina Imperial. Los mandos y tropa a bordo de los restantes buques seguían, según los informes, "inflamados de espíritu combativo". Pero a estas alturas hacía falta algo más que espíritu combativo. Por esta razón se decidió ampliar las operaciones del Cuerpo Especial de Ataque, dándose un nuevo objetivo a los *kamikazes* de Ohnishi. Los aviones de la Marina cooperarían con el Ejército en un intento de destruir la cabeza de playa norteamericana en Leyte. Y para impedir que Estados Unidos siguiera reforzando las tropas que ya habían desembarcado, los *kamikazes* atacarían ahora tanto a los transportes de tropas, como a los portaaviones.

Sin embargo, a principios de no-

viembre la "Fuera Aérea Combinada con Base en Tierra" había agotado la mayor parte de sus aviones en operaciones suicidas y los escasos refuerzos que llegaban de Japón no podían contrarrestar las fuertes pérdidas. Con la aprobación de Fukudome, Ohnishi voló a Japón para pedir 300 aviones destinados especialmente a las operaciones *kamikazes* en Filipinas. El Cuartel General Imperial de Tokio, consciente de la crítica situación en Leyte, estaba más que dispuesto a dar a Ohnishi todos los aparatos que quería. El problema era que no había 300 aviones disponibles. Sólo dejando vacíos los centros de instrucción de Ohmura, Genzan, Tsukuba y Koh-no-Ike era posible reunir 150. Estos aviones habrían de ser pilotados por instructores y pilotos jóvenes, entre los cuales pocos tenían más de cien horas de vuelo. Fue una respuesta decepcionante, pero Ohnishi se contentó con lo que le pudieran dar. Los aviones fueron inmediatamente organizados en un nuevo Cuerpo Especial de Ataque y trasladados a Formosa para una semana de adiestramiento, antes de ser llevados a Filipinas.

En una semana poco se podía hacer por mejorar el nivel de instrucción de los jóvenes pilotos, que de repente se vieron adscritos a una misión suicida. Sólo tenían tiempo para lo fundamental. Se invirtieron dos días en practicar despegues, otros dos en vuelos de formación y los tres últimos se dedicaron al estudio y práctica de las tácticas que los *kamikazes* emplearían en sus ataques. La experiencia de las operaciones en el Golfo de Leyte demostraban que ciertos métodos de ataque eran más seguros que otros y los nuevos reclutas se concentraron en los procedimientos recién aceptados.

Se habían aprobado dos métodos de ataque para el rápido y maniobrero caza Zero y para el bombardero "Judy". Los aviones se acercarían a su objetivo en vuelo a gran altura o en vuelo rasante. Ambos procedimientos restringían la precisión y visibilidad de la navegación, pero de este modo habían llegado a sus objetivos más aviones que volando a una altura media.

A 6.000 ó 7.000 metros era facilísimo evitar los cazas norteamericanos. Naturalmente, era de esperar que su presencia fuera detectada por las pantallas de radar. Pero los cazas estadounidenses necesitaban tiempo para llegar a esa altitud. Así pues, a mayor altitud, mayor sería la dificultad de interceptación.

La ventaja de la otra alternativa, es decir, el vuelo rasante, procedía de la imposibilidad de detectar a los *kamikazes* con el radar hasta que se hallaran a menos de 15 metros de su objetivo. La localización visual de un aparato que volaba rozando las olas también resultaba difícil para los cazas norteamericanos que protegían sus buques con patrullas de rutina. Por consiguiente, a baja altura las posibilidades de interceptación quedaban reducidas al mínimo. Cuando se disponía de más de una undiad de ataque, la solución ideal era combinar las dos tácticas de vuelo en ataques convergentes simultáneos, pero las oportunidades estaban limitadas por los aviones disponibles.

Para la fase final de su ataque se enseñó a los pilotos *kamikazes* a no descender con demasiada inclinación. Los ataques realizados desde gran altura exigían un descenso largo y poco profundo. A los que iban a volar en vuelo rasante se les dijo que se elevaran a 300 metros cuando divisaran el objetivo. Ello les permitiría comenzar su descenso a unos ocho kilómetros, con un ángulo de ataque de 45°. Suponiendo que el *kamikaze* acertara su objetivo, se consideraba que un descenso casi perpendicular tenía más probabilidades de ser efectivo. El problema era que, en un descenso en picado, el control del avión iba haciéndose más difícil a medida que aumentaba la velocidad. Además, indudablemente el objetivo trataría frenéticamente de evitar el peligro que se le avecinaba.

Otros factores que hubieron de considerarse durante el breve entrenamiento de Formosa eran el lugar donde se debía apuntar, es decir, sobre qué punto de su objetivo debería tratar de lanzarse, y qué tácticas se adoptarían si la formación era atacada durante el vuelo al área de combate. La instrucción de navegación era también de extrema importancia y la mayoría de los nuevos pilotos sólo tenían unos conocimientos rudimentarios de lo que

Arriba: Un avión kamikaze incendiado trata de estrellarse contra el barco norteamericano Wasp. **Abajo:** Los ataques en vuelo rasante evitan el radar norteamericano.



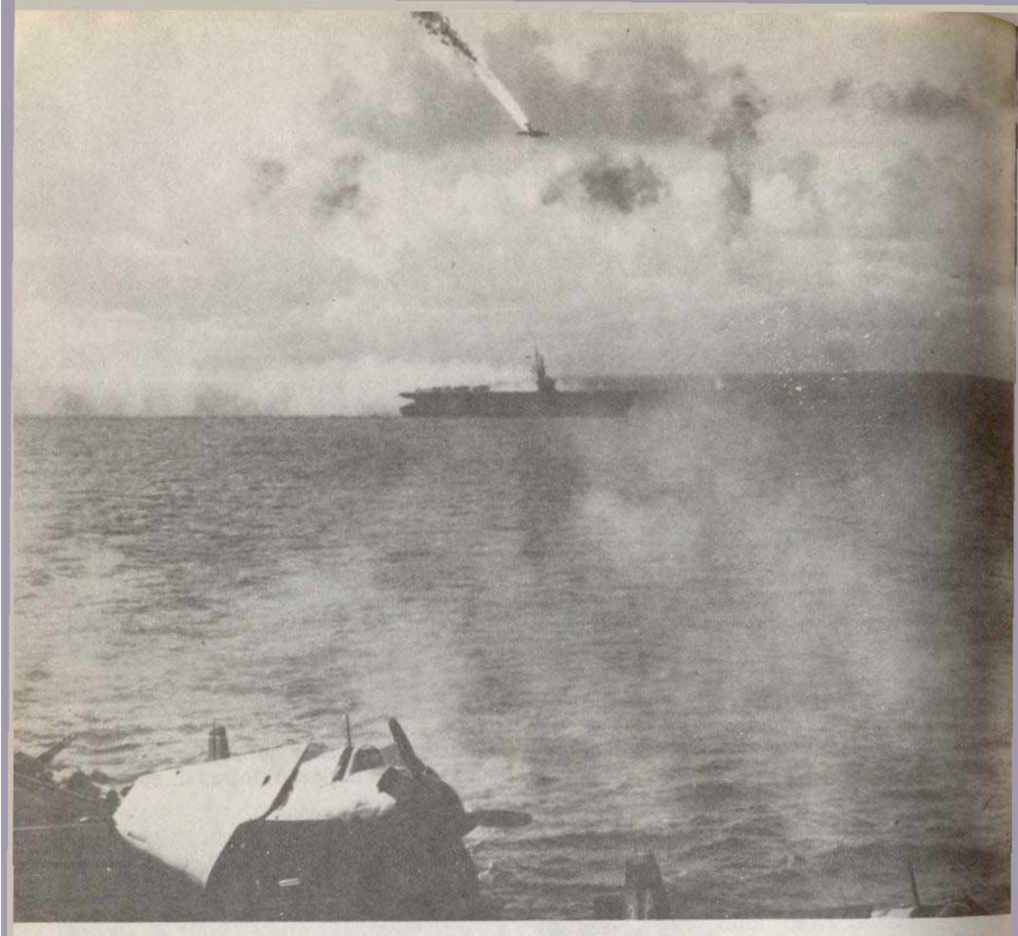
ello significaba. En el curso normal de los acontecimientos un piloto preparado de un *Zero* de escolta podía conducir a sus suicidas hasta el punto en que se encaminaran para él a Yasukuni. Pero en muchas ocasiones los vuelos *kamikazes* se quedaban sin dirección durante el mal tiempo o se perdían en medio de un combate reñido.

La excitación nerviosa y la tensión emocional eran factores que podían superarse practicando una y otra vez. En Formosa no había tiempo para reducir todas las acciones a una práctica perfecta. En consecuencia, hubo ocasiones en que, según los informes, los *kamikazes* hicieron blanco directamente en sus objetivos, pero su misión fracasó al no explotar las bombas que llevaban. La sencilla explicación era que los pilotos no habían armado sus bombas antes de efectuar el ataque final. Ello significaba la pérdida de piloto y avión normalmente sin una compensación útil. Al concentrar su atención en estrellarse contra el objetivo en un punto vulnerable, el piloto había omitido un paso vital en el proceso de su autoinmolación. Naturalmente, se podía decir a los pilotos que armaran sus bombas al despegar, en cuanto salieran del campo de aviación. Pero si no conseguían encontrar su objetivo o su misión era abortada por alguna otra razón, tendrían que arrojarlas al mar para poder aterrizar sin peligro. La solución, en última instancia, era ordenar que se le quitara el seguro a la bomba en cuanto se divisara el objetivo; mientras se volaba hacia él, el comandante de la escuadrilla comprobaría si se había hecho. Aun así había algunos pilotos que lo olvidaban.

Los ciento cincuenta aviones en embrión fueron reunidos y enviados a Formosa con sorprendente rapidez. (Sorprendente porque por entonces en Japón la mayoría de las cosas estaban en un estado caótico.) Aún más sorprendente fue que casi todos los aviones y pilotos llegaran. Con pilotos expertos y aparatos en buen estado, se aceptaba un índice de bajas en ruta de un treinta por ciento cuando se enviaban refuerzos a Filipinas. Por con-

Un ataque a gran altura; éste evitó a los cazas norteamericanos.

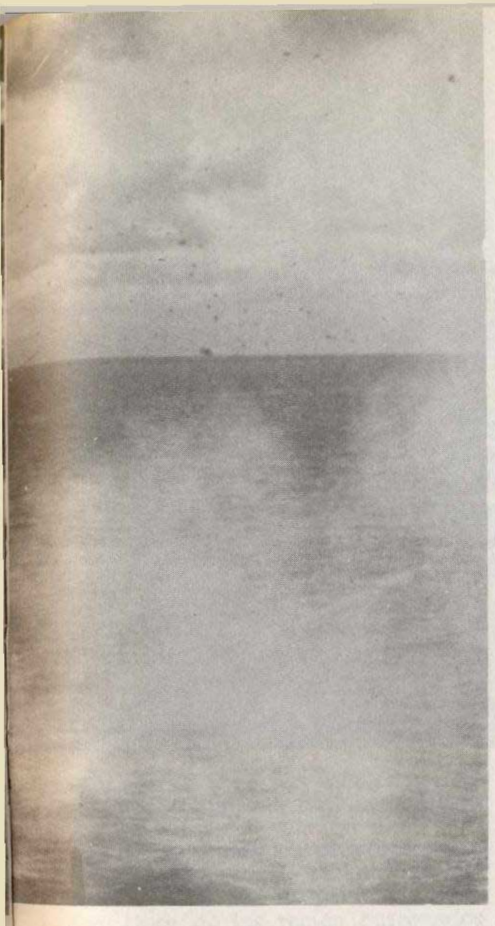
Arriba: **Un** kamikaze **«Frances» a punto de estrellarse tras fallar su objetivo, el buque norteamericano** Ommaney Bay. Abajo: **El buque norteamericano** Intrepid **es menos afortunado: Un aparato suicida se estrella sobre él.**



Un bombardero en picado averiado arremete contra el buque norteamericano Kitkun Bay.

siguiente, la pérdida de sólo diez aparatos durante la concentración de Formosa puede considerarse como una especie de milagro. Finalmente el programa de adiestramiento de siete días se terminó a mediados de diciembre y el nuevo cuerpo fue enviado rápidamente a Filipinas. Llegó poco después de que los norteamericanos desembarcaran en la isla de Mindoro. Por entonces Fukudome y Ohnishi habían trasladado su cuartel general de Manila al aeródromo de Clark y estaban preparándose para la inminente batalla que decidiría la posesión de Luzón. A medida que llegaban los aviones se organizaban los vuelos de *kamikazes* y los buques norteamericanos de Leyte eran constantemente atacados hasta que Fukudome ordenó que los destrozados restos de sus dos flotas aéreas se retiraran a Formosa. Por entonces toda la fuerza aérea japonesa de Filipinas quedó reducida a menos de cien aviones y más de la mitad de los nuevos *kamikazes* habían partido hacia la muerte.

Mientras los norteamericanos consolidaban su dominio de Leyte y preparaban un desembarco en Luzón, bombardearon incesantemente las instalaciones japonesas. En el curso de estos ataques se produjeron bajas entre los *kamikazes* con base en Clark. Merece la pena recoger el comentario de un superviviente de estos bombardeos, aunque sólo sea para ilustrar la actitud de los suicidas potenciales. "Hemos tenido suerte —dijo. Hasta que alcancemos al enemigo nuestras vidas son preciosas. No podemos permitirnos el lujo de malgastarlas dejándonos matar por descuido." Parece que la moral no era problema entre ellos.



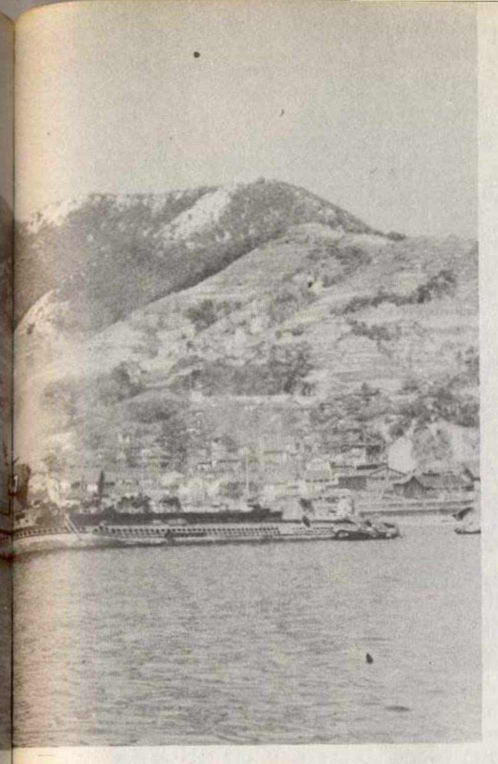
Los últimos ataques *kamikazes* en Filipinas tuvieron lugar el 5 de enero de 1945, cuando un avión de reconocimiento informó que había un grupo de 300 buques norteamericanos al Oeste de la isla de Mindoro y Ohnishi decidió atacarlos. Cuando el mismo avión informó haber divisado otros 700 buques detrás del primer grupo, pidió a todos los pilotos bajo su mando que hicieran el máximo esfuerzo. Arrojando contra los norteamericanos todos los aviones que tenía, esperaba detenerles lo suficiente para posponer lo que era sin duda alguna una operación de desembarco. Sólo pudieron reunirse cuarenta aviones útiles. Cuando éstos fueron bombardeados, las tripulaciones en tierra marcharon a unirse con el Ejército japonés en un vano intento de hacer frente a la potencia norteamericana mediante una pertinaz reistencia suicida.

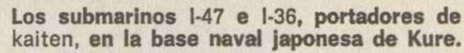
Durante la mañana del 5 de enero, quince *kamikazes* cargados de bombas y escoltados por dos Zeros despegaron de Mabalacat; ocho con el mismo número de escoltas, de Echagüe, y otros cinco sin escolta de Angelo. Se ordenó a todos que seleccionaran objetivos entre los convoyes del golfo de Lingayen. Nunca se sabrá qué buque alcanzó cada *kamikaze*. Pero ese día siete buques norteamericanos en la zona de Luzón resultaron afectados por los ataques suicidas. Ninguno fue destruido, aunque uno o dos de los Zeros de escolta que sobrevivieron a los ataques y volvieron a la base informaron que algunos buques fueron hundidos.

Esa tarde, y de nuevo al día siguiente, los aviones que volvían a los campos de aviación japoneses repostaban combustible, se rearmaban y eran enviados de nuevo a otras misiones suicidas. Al final no quedó nada; ni un solo Zero de escolta. En Filipinas habían terminado los *kamikazes*. En menos de tres meses hicieron 424 salidas y utilizaron 249 aviones de los cuales 238 fueron Zeros como bombas pilotadas. En términos de hombres y material cobraron un alto precio de los norteamericanos. No tan grande como creían entonces, pero formidable de todos modos. Nunca se vio nada parecido y, aunque los norteamericanos no se arredraron, estaban horrorizados por tácticas tan salvajes e infrahumanas. Sabían que su objetivo último era Tokio y, teniendo en cuenta la escalada de la resistencia japonesa, sólo podían esperar un baño suicida de sangre.



El primer ataque kaiten



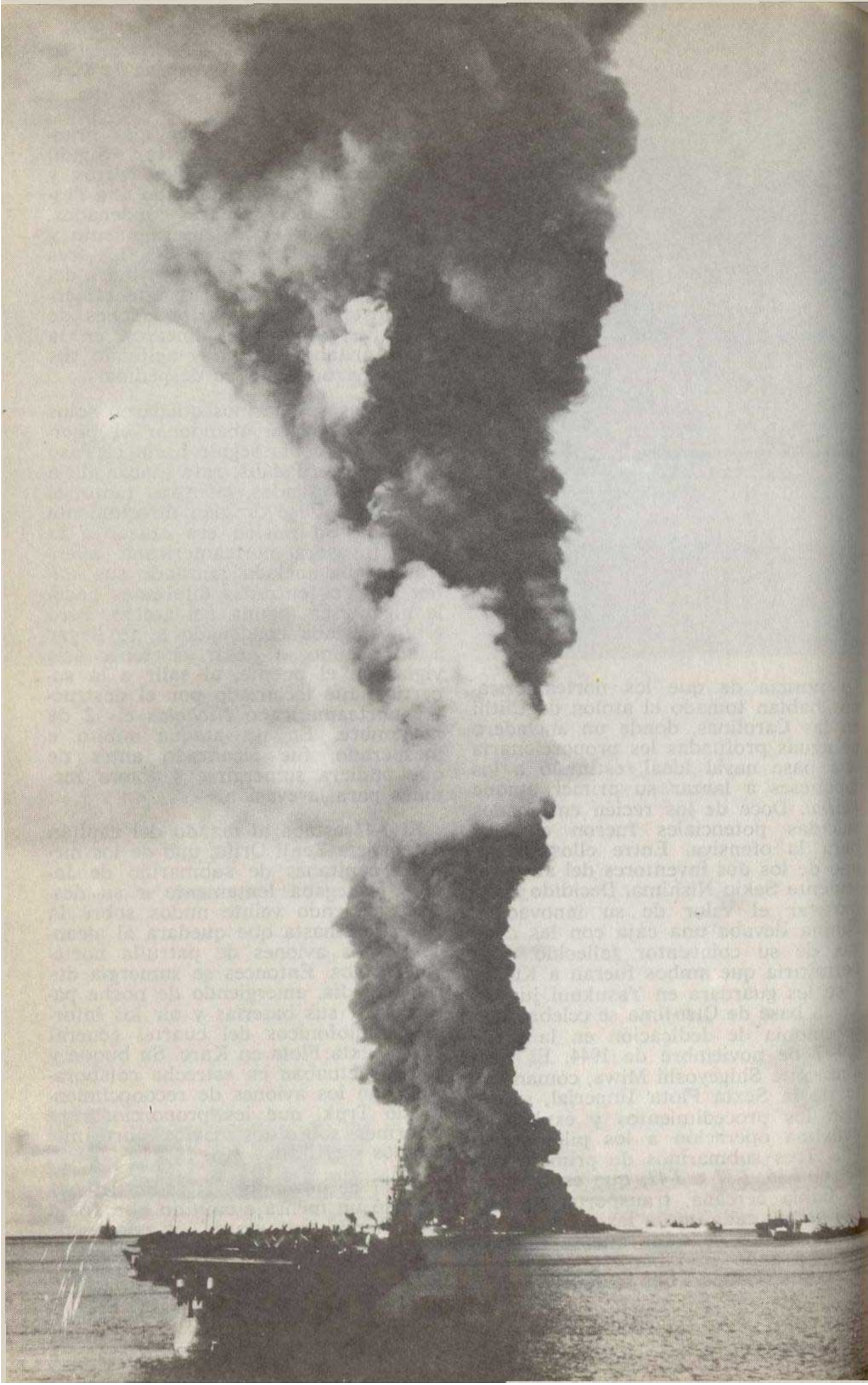

Los submarinos I-47 e I-36, portadores de kaiten, **en la base naval japonesa de Kure.**

La noticia de que los norteamericanos habían tomado el atolón de Ulithi en las Carolinas, donde un ancladero de aguas profundas les proporcionaría una base naval ideal, estimuló a los japoneses a lanzar su primer ataque *kaiten*. Doce de los recién entrenados suicidas potenciales fueron elegidos para la ofensiva. Entre ellos estaba uno de los dos inventores del arma, el teniente Sekio Nishima. Decidido a demostrar el valor de su innovación, Nihina llevaba una caja con las cenizas de su coinventor fallecido. Ello permitiría que ambos fueran a Kudan y se les guardara en Yasukuni juntos. En la base de Otsujima se celebró una ceremonia de dedicación en la tarde del 7 de noviembre de 1944. El vicealmirante Shigeyoshi Miwa, comandante de la Sexta Flota Imperial, supervisó los procedimientos y explicó la próxima operación a los pilotos *kaiten*. Tres submarinos de primera clase, el *I-36, I-37* e *I-47*, que estaban en la bahía cercana, transportarían cuatro *kaiten* cada uno a las cercanías de Ulithi, donde se sabía que se estaban concentrando gran número de buques norteamericanos. Los pilotos kaiten debían hundir los buques más grandes que pudieran encontrar. Siguió una presentación de sables cortos y *hachimakis* y esa noche hubo una fiesta para los doce hombres condenados. Embarcaron a la mañana siguiente y a las 09,00 el *I-36* condujo a los tres submarinos de primera clase fuera del puerto. Mientras avanzaban lentamente por el canal, las tripulaciones de los otros buques se alinearon en la borda gritando *banzai* y agitando sus gorras en un gesto de despedida.

Los tres submarinos quedaron solos poco después de abandonar el puerto. El *I-37* debía seguir hacia el Paso de Kossol en Palaus, para atacar allí a los buques aliados. Mientras tanto, el *I-36* y el *I-47* se dirigían directamente a Ulithi. Su misión era atacar a la flota invasora norteamericana mientras estaba anclada, lanzando sus *kaiten* por dos entradas diferentes hacia la gigantesca laguna del atolón. Pero el *I-37* estaba condenado a no llegar a su destino. A pesar de tener seis vigías en el puente, al salir a la superficie fue localizado por el destructor norteamericano *Nicholas* el 12 de noviembre. En un ataque súbito e inesperado, fue alcanzado antes de que pudiera sumergirse y tomar medidas para la evasión.

El *I-47* estaba al mando del capitán de corbeta Zenji Orita, uno de los mejores capitanes de submarino de Japón. Navegaba lentamente a su destino, haciendo veinte nudos sobre la superficie hasta que quedara al alcance de los aviones de patrulla norteamericanos. Entonces se sumergía durante el día, emergiendo de noche para cargar sus baterías y oír los informes radiofónicos del cuartel general de la Sexta Flota en Kure. Su buque y el *I-36* actuaban en estrecha colaboración con los aviones de reconocimiento de Truk, que les proporcionarían informes sobre los navíos norteamericanos de Ulithi.

El 17 de noviembre la radio del *I-47* recogió un mensaje emitido por Tokio informando que uno de los aviones de reconocimiento había visto una vasta concentración de buques norteamericanos en Ulithi el día anterior. Según



el piloto, parecían estar anclados en tres grupos, y había visto acorazados y portaaviones entre ellos. Al día siguiente, a 80 kilómetros al Oeste de Ulithi, el capitán Orita salió a la superficie para revisar por última vez los *kaiten*. Los cuatro se hallaban en buenas condiciones. A mediodía del 19 el submarino había llegado a casi un kilómetro de la entrada Meridional de la laguna de Ulithi, y a medianoche los cuatro pilotos empezaron a hacer los últimos preparativos. Escribieron los mensajes de última hora y se los entregaron a Orita junto con sus testamentos. Finalmente, se colocaron sus *hachimakis* alrededor de la cabeza.

Los alféreces Akira Sato y Kozo Watanabe subieron a sus *kaiten* a medianoche, mientras el submarino navegaba tranquilamente por la superficie. Los tenientes Nishima y Fukuda pudieron diferir su entrada porque el submarino tenía tubos de acceso a sus armas. (En salidas posteriores se dotó de tubos de acceso a todos los *kaiten* para que el submario pudiera permanecer sumergido.) Una vez ajustados los cierres de sus armas, Orita sumergió el *I-47* bajo las olas y luego dirigió cautelosamente el submarino hacia la misma entrada de la laguna. Esta maniobra duró tres horas, durante las cuales Sato y Watanabe permanecieron en sus *kaiten*. Su único contacto con el mundo exterior lo constituían dos cables telefónicos. A las tres de la madrugada Nishina y Fukuda entraron por los tubos de acceso a sus *kaiten*, números Uno y Dos. Ya estaba todo preparado para el ataque.

Cuatro cables unían a cada *kaiten* con la cubierta del submarino durante la travesía. Dos de ellos habían sido soltados cuando el *I-47* salió a la superficie a medianoche; los otros dos podían cortarse desde el interior del submarino. A las cuatro de la madrugada el capitán Orita, guiado por el brillo de los sopletes de soldar de uno de los buques norteamericanos, que podía ver por su periscopio, declaró que estaba en posición de fuego. Por

El buque norteamericano Mississinewa **arde en el atolón de Ulithi tras el primer ataque de torpedos suicidas; fue la única baja.**

las líneas telefónicas los cuatro hombres informaron que estaban listos para entrar en acción.

"Kaiten Numero Uno preparado, ponga el motor en marcha", ordenó Orita.

"Preparado", se oyó la suave voz del teniente Nishina por el circuito.

Se soltó el tercer cable del *kaiten* Número Uno. "¡Motor en marcha!", dijo Orita.

Dentro del submarino podía oírse el ruido de un motor.

"Motor en marcha."

"¿Preparado?"

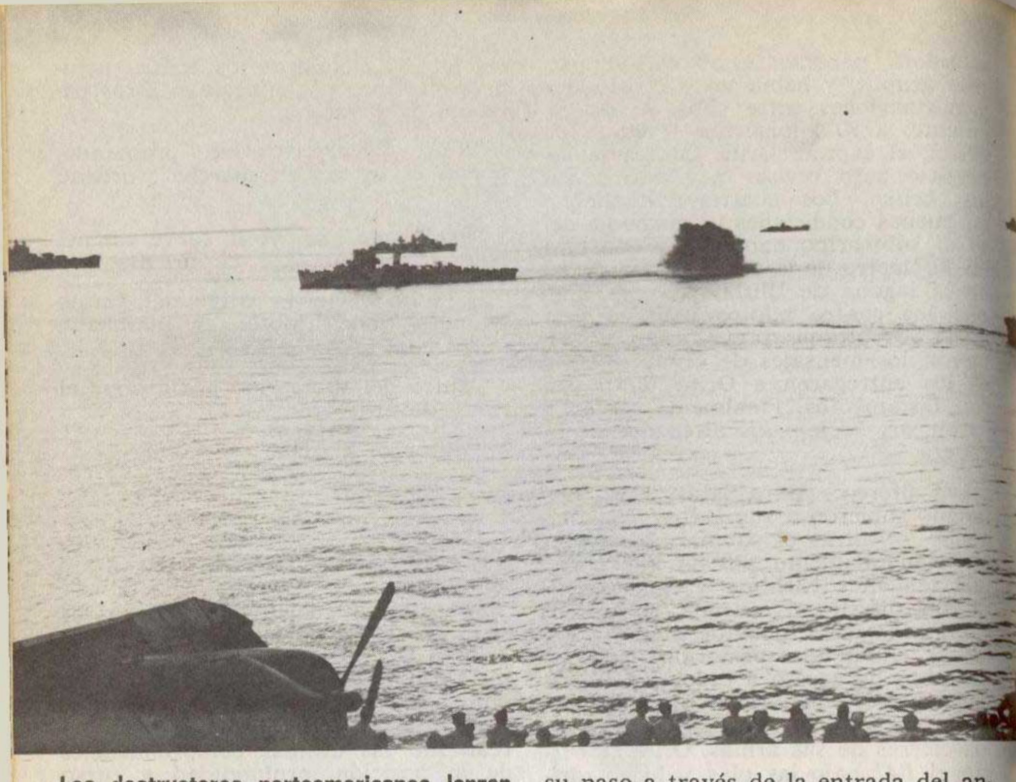
"Preparado."

"¡Adelante!"

Se soltó el cuarto cable. Eran las 04,15 del 20 de noviembre de 1944. El capitán Orita, mirando por el periscopio, sólo pudo ver una estela de espuma por un momento, mientras el *kaiten* de Nishina partía. Se habían realizado las últimas comprobaciones de la posición, profundidad y curso que Nishina debía seguir. Ahora estaba haciendo su entrada, con órdenes de penetrar todo lo que pudiera en el ancladero antes de elevar su periscopio y seleccionar un objetivo para el ataque.

El alférez Sato salió a las 04,20, seguido de Watanabe y Fukuda con intervalos de cinco minutos. El segundo y tercer *kaiten* debían llegar al interior y a continuación dirigirse a la derecha y la izquierda, respectivamente. Fukuda atacaría nada más entrar en el atolón. Así se esperaba provocar el pánico entre los norteamericanos, cuando los buques empezaran a estallar en puntos muy distantes. Las últimas palabras que se oyeron de los pilotos *kaiten* en la torre de mando del *I-47* fueron las de Fukuda: "*¡Tenno heika banzai!*", "¡Viva el emperador!"

Los cuatro *kaiten* se dirigieron a sus objetivos a la velocidad de unos treinta nudos. Entre tanto el *I-47*, apenas sumergido, repentinamente libre de doce toneladas de metal, subió hacia la superficie. Orita se sumergió de nuevo hasta la altura del periscopio y se dirigió al Sudeste. Quería estar le-



Los destructores norteamericanos lanzan cargas de profundidad contra el submarino japonés I-36.

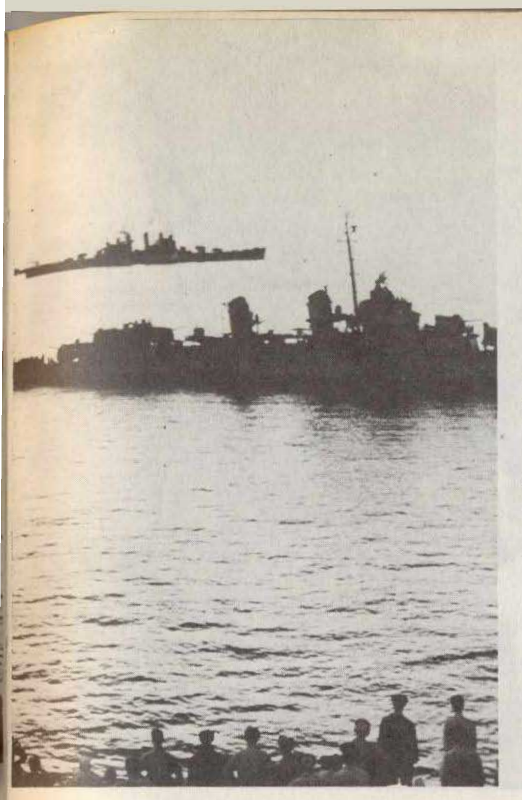
jos de la boca del ancladero cuando los *kaiten* terminaran su misión. Mas quería también una imagen clara de lo ocurrido para llevársela a Japón. A las 05,00 volvió a salir a la superficie. En la semipenumbra que precede al amanecer se distinguían las siluetas de la tripulación, pues en el Pacífico meridional se hace de día rápidamente. Pasaron los minutos. A las 05,07 brilló una luz anaranjada sobre Ulithi y se oyó un claro estallido procedente del interior del atolón, donde Nishina supuso alcanzar un objetivo.

A las 05,11 otra luz provocó gritos de *banzai* entre la tripulación del submarino. Sin embargo, la aparición de un destructor norteamericano pronto puso fin al griterío. Orita se sumergió, pero cuando la ausencia de cargas de profudidad sugirió que el submarino no fue descubierto, volvió a salir a la superficie. Ahora el sol estaba alto y podía verse al destructor marcando su paso a través de la entrada del ancladero de Ulithi. A las 05,52 el sonar anunció un golpe sordo de otra explosión procedente del atolón. Parecía que al menos tres de los *kaiten* se apuntaron un tanto.

Fueran o no un éxito sus misiones, Orita llegó a la conclusión de que los cuatro pilotos estaban muertos y a las 06,00 ordenó un minuto de silencio para rezar por sus almas. Luego sumergió su submarino bajo las aguas y partió hacia su base.

El *I-36* tuvo menos suerte. El capitán de corbeta Teramoto cerró la puerta de los *kaiten* de los alféreces Taichi Imanishi y Yoshijiko Kudo desde cubierta poco después de medianoche. A las 00,30 horas los tenientes Kentaro Yoshimoto y Kazuihisa Toyozumi subieron a sus embarcaciones por los tubos de acceso. Todo parecía ir bien hasta que el *I-36* llegó al punto designado para el lanzamiento, junto a la entrada Oriental del atolón de Ulithi.

Allí, en el momento de disponerse a disparar, los *kaiten* números Uno y



Dos se encontraron atascados en sus cremalleras. No se les podía soltar una vez puestos en marcha los motores. El piloto del *kaiten* Número Cuatro informó que su embarcación hacía agua. La única arma que podía enviarse era la Número Tres del alférez Imanishi, que fue lanzada a las 04,54.

Yoshimoto y Toyozumi volvieron al submarino por los tubos de acceso y el *I-36* salió a la superficie durante breves instantes para recoger a Kudo. En este momento el capitán decidió que no podía hacerse más y, cuando el *I-36* se sumergió, volvió la proa hacia mar abierto. Se pararon todos los motores y la tripulación escuchó atentamente. A las 05,45 se oyó una explosión y a las 06,05 otra. Poco después, una serie de cargas de profundidad sacudió al *I-36* y Teramoto decidió que haría bien en alejarse de la zona.

Pero el *I-36* se vio obligado a permanecer sumergido mientras los destructores norteamericanos recorrían metódicamente la zona buscando al submarino que creían lanzó torpedos convencionales desde la entrada Oriental. Pasaron diecinueve horas. Para entonces el aire del submarino estaba lleno de humos y la tripulación exhausta. No se había oído ninguna carga de profundidad desde hacía más de una hora y Teramoto decidió que debía salir a la superficie para respirar aire puro y cargar las baterías. Poco antes de medianoche los depósitos estaban agotados y el navío emergió. La noche era oscura y, como no había señales de buques norteamericanos, Teramoto corrió el riesgo. Navegando hacia el Norte a toda velocidad, recorrió la zona sin incidentes.

El *I-36* y el *I-47* volvieron a Kure el 30 de noviembre. El 2 de diciembre se celebró una conferencia especial a bordo del *Tsakushi Maru*, buque insignia de la Sexta Flota, para considerar los informes de Orita y Teramoto sobre los ataques *kaiten*. Asistieron unos doscientos mandos y especialistas de Estado Mayor y se produjo una intensa discusión antes de que un oficial de la Sexta Flota resumiera los resultados. Dijo que los hombres a bordo del *I-47* vieron dos fuegos. La tripulación del *I-36* había oído explosiones. Se revelaron las fotografías de Ulithi tomadas por un avión de reconocimiento desde Truk el 23 de noviembre, tres días después de la operación *kaiten*. "Basándonos en ellas —dijo el orador— podemos estimar que el teniente Nishina hundió un portaaviones, al igual que el teniente Fukuda y el alférez Imanishi, ¡los alféreces Sato y Watanabe hicieron pedazos un acorazado!"

Esta era la conclusión que el auditorio quería oír y hubo una gran explosión de *banzais*. El alto mando japonés había ordenado que se fabricaran *kaites* en gran número y la noticia de que el primer ataque fue un éxito extraordinario elevó enormemente la moral de cientos de jóvenes en período de instrucción. "Muere por el emperador, pero no en vano", era una buena cosiga. Todos los pilotos *kaiten* en embrión estaban claramente impacientes por comenzar sus mortíferas misiones cuando circuló la noticia.

La estimación japonesa de los buques destruidos era una completa invención. El único barco hundido en la operación fue el petrolero norteamericano *Mississinewa*.



Más muerte desde los cielos



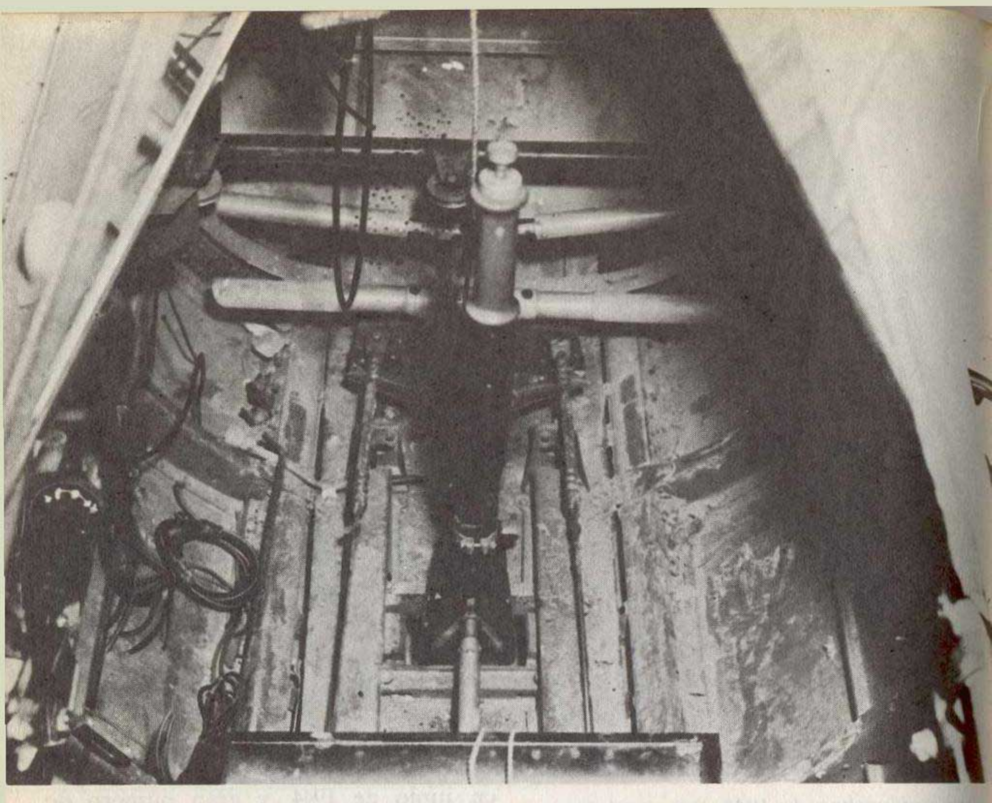
El portaaviones Bismark Sea **estalla tras un ataque suicida contra la flota invasora junto a Iwo Jima.**

En noviembre de 1944, por un tremendo golpe de suerte, los norteamericanos lograron un éxito importante del que no supieron nada hasta después de terminar la guerra. Aproximadamente al mismo tiempo que Ohnishi volaba a Tokio a fin de pedir refuerzos para sus escuadrillas suicidas, los primeros pilotos de bombardeo en planeo terminaban su adiestramiento. Según los informes oficiales, los pilotos del *Jinrai Butai* (Cuerpo del Trueno Divino) estaban ansiosos de mostrar su temple. Por tanto, se decidió darles su oportunidad en la Batalla de Filipinas. A finales de noviembre el gigantesco portaaviones de 68.000 toneladas *Shinano* salió de Yokosuka en su primera travesía. Contenía cincuenta de las nuevas bombas *Okha*. El 29 de noviembre el buque se fue a pique a 80 kilómetros al Sur de Osaka, unas horas después el submarino norteamericano *Archerfish* disparaba seis torpedos al acorazado convertido. Las cincuenta bombas en planeo se perdieron con el buque.

Durante dos meses no se dispuso de más bombas como éstas. La siguiente remesa fue enviada a Formosa, donde se estaba reorganizando y reagrupando a los *kamikazes* de Ohnishi. En febrero, durante la salvaje lucha por Iwo Jima, Ohnishi buscó una oportunidad para lanzar al combate algunas de las bombas Okha. Pero no se utilizaron hasta el 21 de marzo y por entonces los *kamikazes* "convencionales" estuvieron muy acupados.

En Formosa, Ohnishi se dispuso a reformar su Primera Flota Aérea con el cuadro de instrucción que había suministrado los refuerzos y con los pocos pilotos *kamikazes* adiestrados que escaparon de Filipinas. La "Fuerza Aérea Combinada con Base en Tierra" no existía ya y con ella pereció la Segunda Flota Aérea de Fukudome. En Japón también tenía lugar una frenética reorganización para hacer frente al próximo avance norteamericano hacia el país. Como la Marina Imperial había perdido la mayor parte de su fuerza de superficie en las Marianas en junio de 1944, y gran número de unidades en octubre, en Leyte, había pocas posibilidades de detener al incesante avance norteamericano sobre Tokio mediante una acción naval. La única esperanza residía en lo que quedaba de sus fuerzas aéreas con base terrestre. Al final de la primera semana, en febrero de 1945, las fuerzas fueron desplegadas. Pero los pilotos y las tripulaciones disponibles estaban lamentablemente faltos de instrucción y experiencia. Muchos ni siquiera habían terminado su instrucción básica y resultaba evidente que sería imposible tenerlos listos para el combate en abril, cuando se esperaba la próxima ofensiva norteamericana. En tales circunstancias las tácticas aéreas ortodoxas tenían muy pocas posibilidades de éxito. El Cuartel General Imperial decretó que no había otra alternativa que la generalización de los ataques suicidas. Era el único medio por el que podía esperarse que los pilotos inexpertos hicieran blanco en las flotas de invasión.

Ohnishi había interpretado el requerimiento con antelación y las fuerzas tácticas que regresaban estaban refle-



Arriba: **Los controles de la cabina de un** Okha **eran simples, pero efectivos.**

Derecha: **El** Okha, **una bomba pilotada sin escape para el piloto, tras su descarga de un bombardero «Betty».**

jando ya el derroche que suponían los ataques de *kamikazes*. El 18 de enero el primero de estos nuevos cuerpos especiales de ataque fue formalmente adscrito a Tainan, al Norte de Formosa. Era la unidad *Niitaka*, así llamada por la montaña del mismo nombre de Formosa. El discurso de Ohnishi ante los jóvenes *kamikazes* siguió las pautas usuales, resaltando el deber del soldado para con el emperador y los principios samurais. Pero en esta ocasión expresó un nuevo punto de vista al añadir: "Aunque seamos derrotados, el noble espíritu de este cuerpo de ataque *kamikaze* evitará la ruina de la patria. Sin este espíritu, la ruina seguiría indudablemente a la derrota." Las palabras "aunque seamos derrotados" suponían un cambio de opinión. Hasta entonces, Ohnishi siempre había mantenido que las tácticas *kamikazes* eran necesarias para lograr la victoria en la guerra. Ahora, al parecer, existía la posibilidad de la derrota; los ataques suicidas parecían encaminados a la meta más distante de perpetuar al Japón en la derrota.

La primera salida realizada por el Grupo *Niitaka* tuvo lugar el 21 de enero de 1945. Se había descubierto una fuerza especial norteamericana al Sudeste de Formosa y once *kamikazes* que volaban en tres secciones recibieron la orden de atacarla. Cada sección estaba escoltada por dos Zeros y los *kamikazes* pilotaban otros Zeros o bombarderos Judy. Como el campo de aviación desde el que estaban operando era constantemente bombardeado por los norteamericanos, hubo cierta trepidación hasta que los atacantes estuvieron en el aire. Pero despegaron sin contratiempos y, excepto una sección que se encontró con una patrulla de Grummans norteamericanos que inmediatamente derribó a dos de los *kamikazes* y dispersó el resto de los aviones, su misión puede cosiderarse un éxito al menos parcialmente. El portaaviones *USS Ticonderoga*, el portaaviones ligero *USS Langley* y el des-

tructor *Maddox* fueron averiados ese día por los ataques suicidas.

Entretanto, en Japón, los técnicos navales trabajaban a marchas forzadas para crear nuevas versiones del *Okha*. Comprendían el *Okha* de propulsión por chorro modelo 22, el turborreactor *Okha* modelos 33 y 43; el *Kikka* con motor de turborreacción (Flor de Mandarina), el pulsorreactor *Baika* (Flor de Ciruelo), y el *Shinryu* (Dragón Divino) en planeo, con cohetes sólidos para el despegue. El Ejército de Tierra no iba a ser menos que la Marina y también lanzó un programa para construir el *Tsurugi* (Espada), todo de acero, en el que podía montarse cualquier tipo de motor de combustión interna. La versión naval de este arma fue el *Toka* (Flor de Wisteria). Al final, la guerra terminó antes de que el *Kikka*, el *Shinryu* y el *Tsurugi* hicieran su vuelo de prueba.

Mientras la Marina y el Ejército trabajaban por perfeccionar nuevas bombas pilotadas, el escenario *kamikaze* se empezaba a acercar a Japón. Los aviones norteamericanos bombardeaban regularmente objetivos en Tokio, Yokohama y otros lugares de la llanura de Kanto. Se intentaron ataques *kamikazes* en un esfuerzo por detener a los enormes B-29 y los mortíferos combates aéreos continuaron hasta el final de la guerra. Luego llegó la invasión de Iwo Jima y se decidió lanzar un ataque suicida masivo contra la flota invasora. La operación fue montada por la Tercera Flota Aérea del almirante Kimpei Teraoka, que estaba desplegada por los campos de aviación de la región de Tokio. A primera hora de la manaña del 21 de febrero de 1945, treinta y dos aviones organizados en cinco grupos despegaron de Katori, tomaron combustible en Hachijo Jima y prosiguieron el vuelo para atacar la gran flota invasora. Esa noche radio Tokio anunció que se habían hundido un portaaviones y cuatro transportes norteamericanos, y que otro portaaviones y cuatro buques de guerra sufrieron desperfectos. Pos-



Arriba: **La cubiertade vuelos de proa del** USS Saratoga **tras un impacto** kamikaze. Abajo: El Franklin **bajo un ataque suicida tras las incursiones aéreas norteamericanas al Sur de Japón.**

teriormente los norteamericanos confirmaron que el portaaviones *USS Bismark Sea* había sido hundido y que el *Saratoga* y el *Lunga Point*, junto con un barco de carga y dos de desembarco, habían sufrido desperfectos junto a Iwo Jima el 21 de febrero. Muy pocos de los aviones atacantes volvieron a sus bases de esta operación. Merece destacarse que los pilotos de varios Zeros de escolta, ignorando sus órdenes, trataron de estrellar sus aviones contra los cazas norteamericanos de los que trataban de proteger a los *kamikazes*, o de terminar su misión estrelládose contra un buque enemigo.

Con la ocupación de Iwo Jima en marzo, el panorama general de la guerra se presentaba mal para Japón. La flota invasora había desaparecido por el Sur y estaba claro que pretendía preparar otro desembarco que llevaría a los norteamericanos aún más cerca de Tokio. Se sospechaba que debían anclarse, repostar y restaurarse en las profundas aguas del atolón de Ulithi, en las Carolinas. El 9 de marzo, un avión de reconocimiento *Salun* de Truk confirmó que así era. El plan era ahora tratar de mutilar la flota de los invasores antes de que pudiera intentarse otra operación de desembarco y se habían preparado los detalles algún tiempo antes. El 19 de marzo se puso en práctica. Veinticuatro bombarderos *Ginga* (Francés) realizarían el ataque. Cada uno llevaría 900 kilogramos de bombas y estaría pilotado por un *kamikaze*. Cuatro hidroaviones de casco les guiarían hasta Ulithi y toda la fuerza iría precedida por una patrulla de otros cuatro bombarderos.

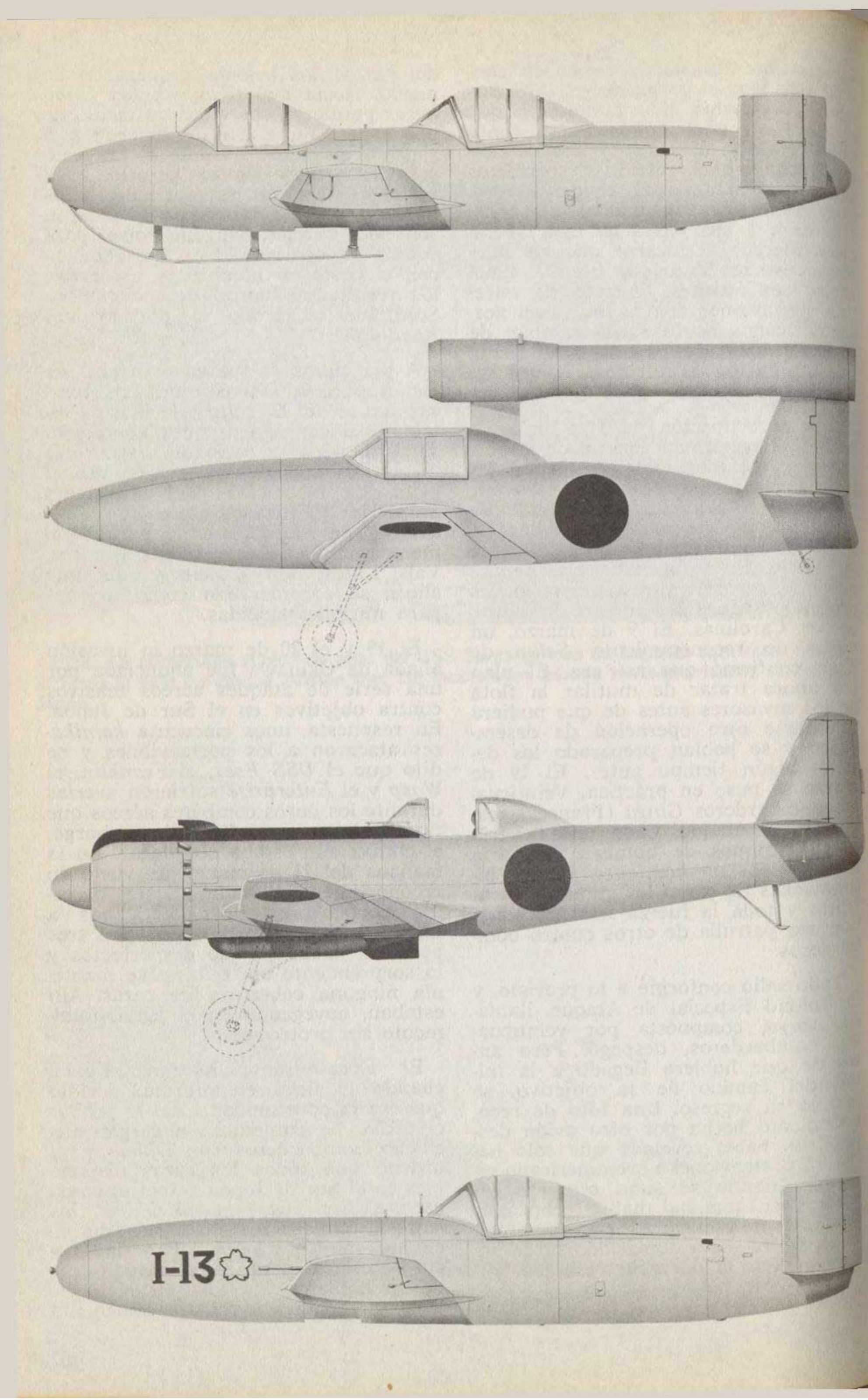
Todo salió conforme a lo previsto, y la Unidad Especial de Ataque, llamada *Azuyu*, compuesta por veinticuatro bombarderos, despegó. Pero antes de que hubiera llegado a la mitad del camino de su objetivo, se ordenó su regreso. Una foto de reconocimiento hecha por otro avión desde Truk había revelado que sólo había un portaaviones norteamericano en Ulithi. Cuando se supo que era un error —en realidad había ocho portaaviones de escuadra y siete de escolta en Ulithi— era demasiado tarde para reanudar la operación ese día.

Pero a primera hora de la mañana del día 11 los aviones despegaron de nuevo. Hacía mal tiempo y los *kamikazes* perdieron sus guías en medio de una espesa nube. Trece sufrieron averías en el motor durante el trayecto y tuvieron que regresar. Pero los once restantes llegaron sin ser detectados hasta la zona del objetivo y picaron sobre los buques. Ninguno volvió para contar lo ocurrido. Mas, en relación con el coste en hombres y esfuerzos, los resultados fueron decepcionantes. Sólo fue alcanzado el portaaviones *Randolph*.

A principios de marzo el futuro de Japón parecía amenazador. Las fuerzas aéreas del Ejército y la Marina estaban dedicadas a ataques *kamikazes* y el número de aviones disponibles disminuía. Se había puesto en uso el avión de instrucción de navegación *Shiragiku* y diversos tipos de hidroaviones de reconocimietno para complementar a los Zeros, Judies, Frances, Vals, Kates, Bettys, Nells y Jills, que ahora se consideraban como aviones para misiones suicidas.

El 19 y el 20 de marzo la invasión aliada de Okinawa fue anunciada por una serie de ataques aéreos masivos contra objetivos en el Sur de Japón. En respuesta, unos cincuenta *kamikazes* atacaron a los portaaviones y se dijo que el *USS Esex*, el *Franklin*, el *Wasp* y el *Enterprise* sufrieron averías durante los duros combates aéreos que tuviero lugar esos días. Sin embargo, el clímax aún estaba por llegar. En la mañana del 21 de marzo, un vuelo de reconocimiento descubrió a tres de estos portaaviones norteamericanos a unos 500 kilómetros de Japón. Los tres parecían haber sufrido desperfectos y lo sorprendente era que no se mantenía ninguna cobertura de cazas. Allí estaban, navegando en el agua, totalmente sin protección.

El vicealmirante Matome Ugaki, cuando le llegó el informe, decidió que era la oportunidad ideal le probar el *Okha*. Se empezaron a cargar dieciocho bombarderos con *Okhas* y se ordenó que todos los cazas disponibles en el Sur de Japón actuaran como escolta. Con los pesados *Okhas*, los lentos bombarderos iban más despacio que nunca y necesitaban una poderosa escolta para poder llegar a donde se habían visto los portaaviones. Pero sólo pudieron reunirse cincuenta

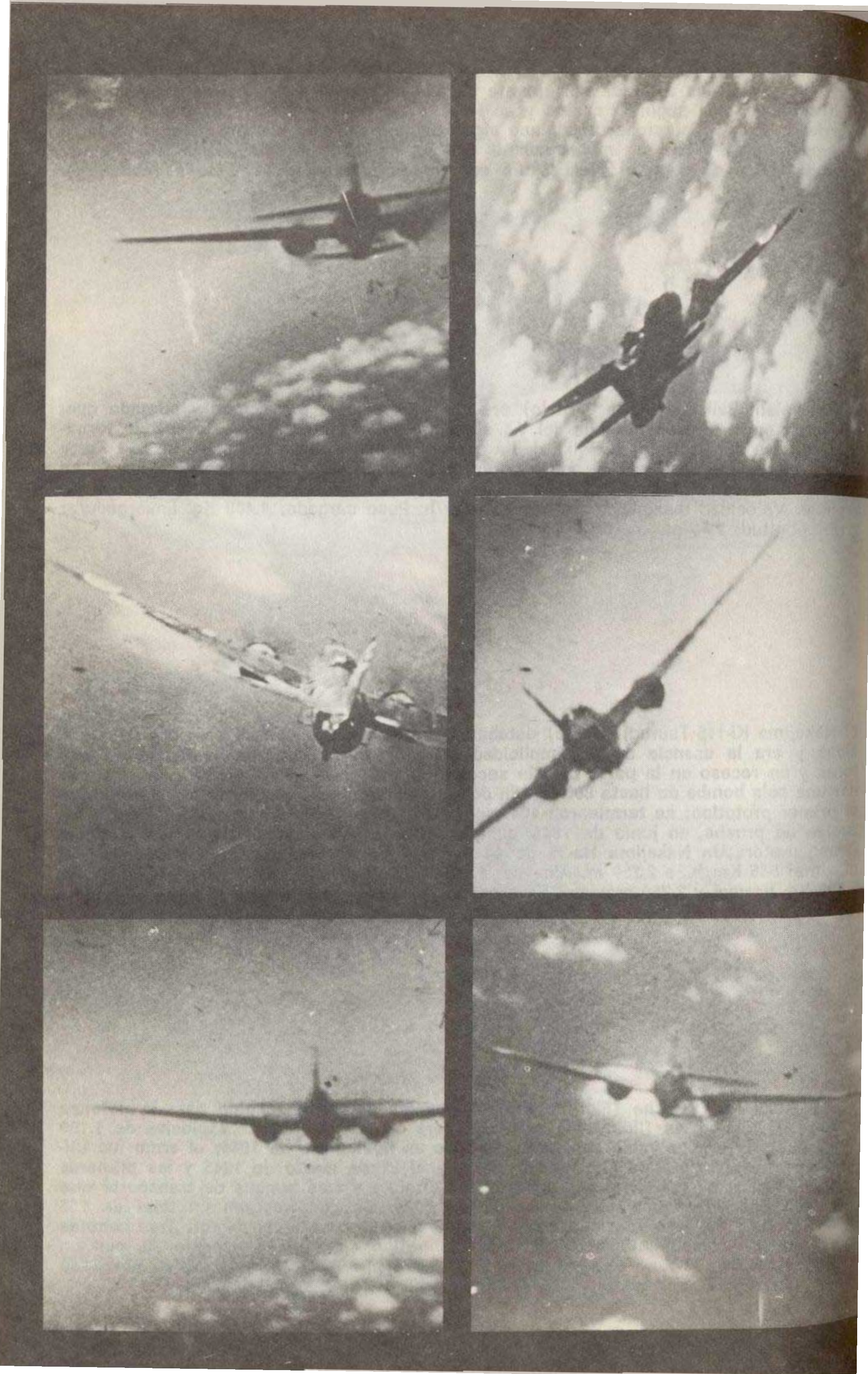

I-13

El Yokosuka Okha Modelo 43-K-1 KAI Wakazakura **(Cerezo Joven) era una versión de instrucción con dos asientos del aparato suicida** Okha **típico. La cabeza explosiva fue sustituida por una segunda cabina y se le dotó de flaps y patines plegables para el aterrizaje. Para proporcionar al alumno algún manejo del tipo con un motor, se añadió al modelo** 43 K-1 KAI **un motor cohete tipo 4, Marka 1, modelo 20, de 260 Kg. de empuje. Fuera de esto, el** Wakazakura **era similar al modelo 11. Sólo se construyeron dos.**

El Kawanishi Baika **(Flor de Ciruelo) era un avión suicida proyectado y pilotado que, inspirado en la versión pilotada del V-1 alemán, estaba aún en proyecto cuando terminó la guerra del Pacífico. El** Baika **debía contar con una cabeza explosiva de 250 Kg. y estaba concebido para que el piloto arrojara el tren de aterrizaje tras despegar de su misión sin retorno.** Grupo motor: **Un Maru-Ka-10 pulsorreactor de 358 kilogramos de empuje.** Velocidad máxima estimada: **736 Km/h.** Peso cargado: **1.400 Kg.** Envergadura: **7 m.** Longitud: **7,40 m.**

El Nakajima Ki-115 Tsurugi **(Sable) estaba específicamente diseñado para misiones suicidas y era la esencia de la simplicidad. Podían utilizar una gran variedad de motores y un receso en la parte bajo la sección central del fuselaje donde podía acomodar una sola bomba de hasta 800 Kg. En dos meses se diseñó el** Tsurugi **y se construyó el primer prototipo; se terminaron 104 ejemplares de producción cuando finalizaron los vuelos de prueba, en junio de 1945, aunque no se utilizó ninguno en vuelos tácticos.** Grupo motor: **Un Nakajima Ha-35 de 14 ciindros en estrella de 1.130 HP.** Velocidad máxima: **545 Km/h., a 2.750 m.** Alcance: **1.190 Km.** Peso vacío: **1.640 Kg.** Peso cargado: **2.560 Kg. normal y 2.750 máximo.** Envergadura: **8,12 m.** Longitud: **8,5 m.**

El Yokosuka MXY7 Okha **(Flor de Cerezo) suicida estaba concebido para la defensa costera. El Modelo 11 (ilustrado) se pensó para cargar una cabeza explosiva de 1.190 kilogramos. El primer vuelo con motor se hizo en noviembre de 1944; el arma fue utilizada por primera vez en una misión opertiva el 21 de marzo de 1945 y las primeras víctimas del** Okha **fueron el acorazado** West Virginia **y tres buques de transporte que sufrieron desperfectos graves once días después. Se construyeron un total de 755** Ohkas **modelo 11, pero sólo entraron en acción unos pocos.** Grupo motor: **Tres cohetes con carga de combustible sólido de propulsión tipo 4, Marka 1, modelo 20, con un empuje total de 795 Kg.** Velocidad máxima: **640 Km/h, a 3.450 m.** Alcance: **40 Km.** Peso vacío: **437 Kg.** Peso cargado: **2.125 Kg.** Envergadura: **5 m.** Longitud: **8 m.**



y cinco Zeros y, como no se cosideraban suficientes, la operación estuvo a punto de suspenderse.

Según un informe oficial, fue la entusiasta determinación y vehemencia de los pilotos de los *Okha* lo que influyó en la decisión de correr el riesgo y permitió que la operación siguiera adelante.

Al mando de los bombarderos estaba el capitán de corbeta Goro Nonaka, uno de los pocos veteranos que quedaban. Se le consideraba un hombre duro, "que daba gran importancia al espíritu samurai tradicional". No obstante, su unidad estaba contenta y Nonaka era respetado como un jefe capacitado.

El superior de Nonaka era el capitán Okamura, de cuarenta y cinco años, que se hizo viejo al servicio del arma aérea de la Marina Imperial. El fue quien creó y organizó la primera unidad *Okha* y estaba decidido a reivindicar su trabajo tomando parte en la primera misión. Mientras el aparato se estaba calentando Okamura anunció que dirigiría la operación. Nonaka estaba furioso. También él estaba ansioso de ser el primer mártir de los *Okhas* y al parecer hubo una discusión algo indecorosa en la pista antes de que Okamura cediera.

Evidentemente Nonaka había preparado su último discurso y antes de entrar en la cabina de su bombardero anunció enigmáticamente: "Eso es Minatogawa." Se refería al templo de ese nombre en Kobe, que se erigió para inmortalizar a Masashige Kusonoki, un patriota del siglo XIV que dijo antes de su muerte: "*¡Schichisei hokuku!*" ¡Ojalá tuviera siete vidas para darlas por mi país!

Los dieciocho bombarderos despegaron a las 11,35 dirigidos por Nonaka. Todos los pilotos llevaban el tradicional *hachimaki* y, por ser una de las mayores y más importantes operaciones de algún tiempo a esa parte, el borde de la pista estaba lleno de espectadores de la base. El propio almirante Ugaki estaba allí para despedir a los *kamikazes*, con lágrimas en los ojos, según se dice. Puede que sus lágrimas fueran por los valientes que no volverían; posiblemente sus pensamientos se centraban en lo bajo que había caílo su país. El despegue fue un espectáculo deprimente. De los cincuenta y cinco Zeros reunidos para la escolta, ocho no pudieron ni siquiera elevarse para seguir a los pesados bombarderos y otros diecisiete tuvieron que volver por avería en los motores. En cuanto los aviones estuvieron en el aire, un aparato de reconocimiento informó que los portaaviones norteamericanos, rodeados de muchos más barcos de guerra de lo que se creía en un principio, se habían separado y los diversos grupos se dirigían al Sudoeste.

Con noticias como ésta, las posibilidades de éxito de los *kamikazes* se habían reducido considerablemente y se discutió si debería cancelarse la operación antes de que los aviones llegaran más lejos. Mientras Ugaki dudaba, cincuenta cazas Grumman decidieron la cuestión. Los Zeros de escolta trataron en vano de apartar a los interceptores, que concentraron sus esfuerzos en los bombarderos cargados de *Okhas*. Estos, incapaces de defenderse con eficacia, tuvieron que tirar al mar sus bombas para aligerar el peso y aumentar la maniobrabilidad. Aun así, catorce de ellos fueron derribados en rápida sucesión y no se supo más de los otros cuatro tras entrar en un banco de nubes perseguidos de cerca por los Grummans.

Así terminó la primera salida de *Okhas*; seis meses de adiestramiento proporcionaron el suicidio, pero no compensaciones.

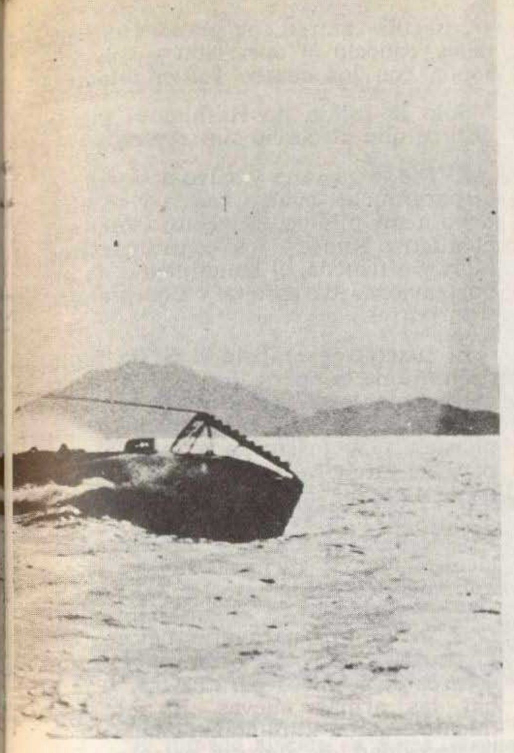
Otro fracaso del Okha. **Fotografías de un «Betty» japonés cargado con una bomba** Okha, **mientras trata en vano de esquivar la maniobra de un caza norteamericano atacante.**

Arriba: **El** USS Enterprise **es atacado por un avión japonés al Sur de Japón.** Abajo:
Un ataque de bombardeo en picado suicida sobre el USS Essex.

Arriba: **Una bomba** Okha, **conocida por los americanos con el nombre de Baka, en un revestimiento de protección en Japón.** Abajo: **Los técnicos norteamericanos estudian una bomba Baka capturada en Okinawa.**



Samurais bajo el mar



El submarino japonés I-53.

Después del éxito supuestamente extraordinario de la primera operación *kaiten*, se planeó una ofensiva más ambiciosa. Seis submarinos, los *I-36*, *I-47*, *I-48*, *I-53*, *I-56* e *I-58*, con cuatro kaiten cada uno, atacarían simultáneamente concentraciones de buques norteamericanos en lugares ampliamente separados. Después de lo que aparentemente se había logrado en Ulithi, el alto mando japonés consideró que el hundimiento simultáneo de veinticuatro barcos acorazados enemigos produciría un efecto devastador en la moral de los norteamericanos. Incluso llevaría, acaso, un momento de calma a su cadena de ofensivas de isla en isla, dando a Japón la oportunidad de tener un respiro. Habría tiempo para producir más armas suicidas e instruir a sus maquinistas y pilotos.

Los veinticuatro pilotos seleccionados para la nueva serie de ataques recibieron el nombre de grupo *Kongo*. Cada grupo de combate tenía un título tradicional cuando sus miembros terminaron la instrucción. *Kongo* era una montaña situada cerca del lugar donde los seguidores del antiguo héroe feudal Magashiye Kusukoni se habían adiestrado. Sólo fueron lanzados catorce y el resto volvió para la "gloria final" con otros grupos *kaiten* formados para otras operaciones posteriores.

Los submarinos zarparon de Otsujima en la primera semana de enero de 1945. El *I-36*, mandado por el capitán de corbeta Teramoto, volvió al atolón de Ulithi para un segudo ataque contra el fondeadero. El *I-47* de Orita, que también había tomado parte en el primer ataque *kaiten* contra Ulithi, puso proa a las aguas que rodean Nueva Guinea, donde la campaña iba mal para Japón. El *I-48*, bajo el mando del capitán de corbeta Senshin Toyama, debía apoyar al *I-36*, y se cree que fue hundido cerca de Ulithi el 22 de enero. El *I-53*, mandado por el capitán de corbeta Seihachi Toyomasu, había recibido órdenes de atacar a las líneas de buques de las islas Palau. El *I-56*, bajo el mando del capitán de corbeta Masahiko Moriaga, fue enviado a las islas Almirante, al Oeste de Nueva Bretaña, donde, según los informes norteamericanos y australianos estaban concentrados un gran número de buques. Finalmente, el *I-58*, bajo el mando del capitán de corbeta Mochitsura Hashimoto, se dirigió a Guam. Hashimoto se haría famoso posteriormente. El 29 de julio de 1945, mientras seguía al mando del *I-58*, lanzó tres torpedos contra el crucero norteamericano *Indianápolis*. Después de la guerra corrió el rumor de que este buque transportaba la tercera arma nuclear que debía arrojarse sobre Japón. (El secretario de la Guerra, Mr. Stimson, lo negó, diciendo que EE. UU. sólo tenía dos bombas. Pero el presidente Truman dice en sus memorias que existía un plan para arrojar una tercera bomba sobre Niigata.) Sea o no cierto, se dio mucha importancia a la pérdida del *Indianápolis* y su capitán tuvo que comparacer ante un consejo de guerra. Hashimoto tuvo la desacostumbrada experiencia de ser testigo.

El 11 de enero era el día fijado para el ataque simultáneo. Desde la operación *Kikusui* habían ocurrido muchas cosas. Los norteamericanos estaban ganando en Filipinas a pesar de la tenaz resistencia ofrecida por el Ejér-

cito japonés y del daño causado por los *kamikazes*. Los submarinos enemigos, navegando libremente por las aguas japonesas, se cobraban su tributo de unos suministros que se necesitaban desesperadamente en Japón. Al mismo tiempo, las patrullas antisubmarino hacían cada vez más difícil el movimiento eficaz de los sumergibles japoneses. El *I-46* y el *I-365* se habían perdido entre noviembre y enero. Como resultado nada salió conforme al plan previsto. El *I-36* sumergido chocó contra una roca, de la que pudo ser rescatado con grandes dificultades. Al final se dispararon sus cuatro *kaiten* y la apreciación oficial fue que se habían hundido cuatro barcos, incluyendo un acorazado. Orita, en el *I-47*, cuya cámara de oficiales contenía ahora una pequeña urna con la siguiente inscripción: "Mi ofrenda... un gran portaaviones. Sekio Nishina", se vio en dificultades con una patrulla antisubmarino. No obstante, sacó a sus *kaiten* de la bahía de Humboldt en Nueva Guinea. También se le atribuyeron cuatro blancos, aunque sin pruebas fehacientes, pues se pasó las veinticuatro horas siguientes eludiendo a los destructores norteamericanos. No se supo nada del *I-48* a partir del 21 de enero. Informó que había disparado sus cuatro *kaiten* contra los objetivos de Ulithi, aunque con dos días de retraso. También se le atribuyeron cuatro impactos.

El *I-53 de Tomayasu* consiguió deslizarse sin ser visto hasta una posición de fuego cerca del Paso de Kossol en las islas Palau, donde era constante el flujo de buques aliados. Sólo se dispararon tres de sus *kaiten,* pues el motor del cuarto se negó persistentemente a funcionar. De los tres, uno estalló misteriosamente nada más abandonar el submarino. Pero los otros dos parecían funcionar bien y sus pilotos, el alférez Ito y el contramaestre Arimori, se apuntaron oficialmente un gra transporte cada uno.

En las islas Almirante, el comadante Morinaga también se aproximó sin ser visto a la zona de su objetivo. Luego, el *I-56* tuvo problemas. Los aliados habían colocado redes para formar una barrera antisubmarino delante de su fondeadero. Morinaga trató repetidas veces de encontrar una salida, pero, tras quedar enredado en las redes y coseguir zafarse con grandes dificultades, canceló la operación y volvió a Japón con los cuatro *kaiten* intactos.

Sólo la salida de Hashimoto puede decirse que discurrió sin tropiezos.

El *I-58* llegó sano y salvo a Guam, se dispararon los cuatro *kaiten* y se atribuyó a sus pilotos, el teiente Ishikawa, el alférez Kudo y los contramaestres Mori y Mtisueda, el hundimiento de un portaaviones de escolta y dos grandes transportes.

El cuartel general de la Sexta Flota declaró que la operación había sido un éxito notable, a pesar de la pérdida del *I-48*. Las operaciones *kaiten* se ampliarían y se instruiría a más pilotos para el número creciente de armas que empezaba a salir de las cadenas de producción. Se abrió un nuevo centro de instrucción en Hikari y doscientos nuevos reclutas empezaron a aprender los rudimentos de su misión sin retorno. Más o menos había *kaitens* suficientes para el programa de instrucción. El atasco radicaba en la escasez de técnicos para revisar y probar las armas nuevas. El adiestramiento estaba limitado, además, por la necesidad de ahorrar petróleo. Durante los ejercicios en la bahía, cada *kaiten* era transportado por un buque rápido de patrulla, utilizaba un combustible rico en octano que estaba cada vez más escaso. En consecuencia, el adiestramiento para el manejo avanzado de un *kaiten* hubo de ser reducido al mínimo.

Cuando se supo que los norteamericanos se estaban preparando para invadir Iwo Jima, el cuartel general de la Flota Combinada ordenó a la Sexta Flota que atacara a la fuerza operativa norteamericana con todos los *kaiten* disponibles. Para un submarino, Iwo Jima era una travesía corta desde Japón, ,hecho que contribuiría a compensar la escasez de plataformas de lanzamiento de *kaitens*. Los submarinos no tendrían que ir tan lejos para encontrar un objetivo. Podrían volver rápidamente, tomar más *kaiten* y estar de nuevo en acción en muy poco tiempo.

Los piltos *kaiten* del grupo *Chihaya* salieron de Otsujima y Hikari el 20 de febrero de 1945 e nel *I-368* y el *I-370*. El nombre de *Chihaya* procedía de un

Arriba: **El** I-58 **lanza con éxito cuatro** kaiten **contra los barcos aliados cerca de Guam.**
Abajo: **Un torpedo suicida en tierra, dispuesto para el lanzamiento contra los buques invasores.**

Los ataques suicidas japoneses se efectuaron en un intento de evitar la invasión de las islas patrias.

0 Miles 200 400 600
0 Km. 200 400 600 800 1000

Principales desembarcos norteamericanos (junio de 1944/abril de 1945) en las fechas reseñadas.

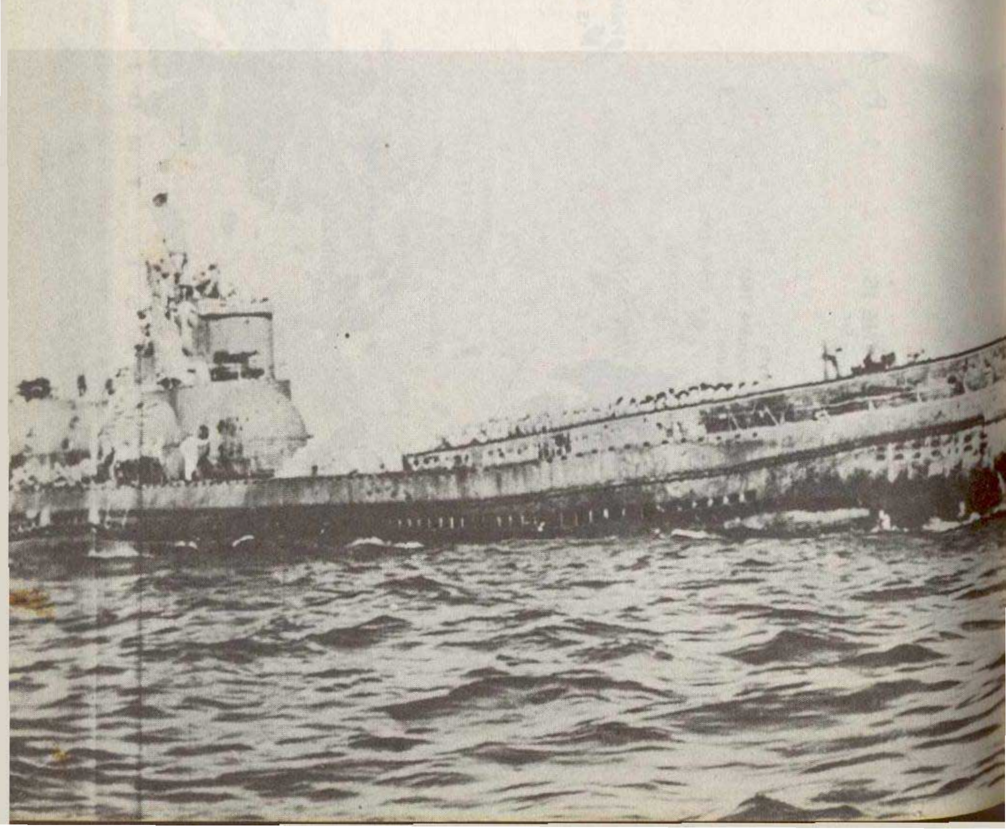
SEA OF JAPAN
KOREA
HONSHU
Niigata
JAPAN
Tokyo
Yokohama
Yokosuka
YELLOW SEA
Osaka
Hiroshima
Kure
Hikari
Shimonoseki Str.
Inland Sea
Hachijo Jima
SHIKOKU
Oita
Bungo Str.
Nagasaki
KYUSHU
Kanoya
CHINA
EAST CHINA SEA
Ryukyu Islands
Bonin Is
Okinawa
1 abril 1945
Foochow
Volcano Is
Iwo Jima
19 febrero 1945
FORMOSA
Tainan
OCEANO
Mariana Is.
9th JAN. 1945
Lingayen Gulf
CLARK FIELD
LUZON
Saipan
15 junio 1944
Tinian
24 julio 1944
Manila
Guam
21 julio 1944
PACIFICO
PHILIPPINE IS.
NICHOLS FIELD
San Bernardino Str.
Mindoro
15th DEC. 1944
Leyte
20 octubre 1944
Suluan I.
Ulithi
Yap
22 septiembre 1944
Truk
Cebu
MINDANAO
Caroline Islands
Davao
Palau Is.
15 septiembre 1944
Morotai
15th SEPT. 1944
Halmahera
CELEBES
Admiralty Is.
Rabaul
NEW BRITAIN
NEW GUINEA
DUTCH EAST INDIES

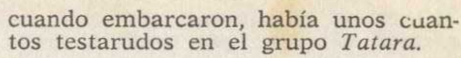
castillo al Sur de Nara, la antigua capital de Japón, que era la ciudad natal de Kusonoki. Ninguno llegó a entrar en acción, pues ambos submarinos fueron hundidos antes de que pudieran causar ningún desperfecto. Tres días después el *I-44*, con otros cinco *kaiten* del grupo *Chihaya*, navegó también hacia Iwo Jima. Volvió el 9 de marzo con todos sus *kaiten* intactos. Las patrullas antisubmarinas norteamericanas eran tan densas a partir del hundimiento del *I-368* y el *I-370* que no pudo acercarse a la zona de su objetivo. Cada vez que su capitán, el comandante Genbei Kawaguchi, trataba de emerger a la superficie para ver lo que sucedía, su presencia era detectada. Después de que los aviones y buques norteamericanos le obligaran a permanecer sumergido durante casi cuarenta y ocho horas, Kawaguchi canceló la operación. Cuando volvió a Otsujima fue inmediatamente relevado del mando. La Marina Imperial tenía menos paciencia que nunca con los oficiales que fracasaban. Kawaguchi creyó que era preferible vivir y luchar otro día; sus superiores no compartían su opinión.

El *I-58* y el *I-36* salieron con diez hombres del grupo *Shimbu*, o "Guerreros de Dios", a principios de marzo. Como el *I-44*, volvieron sin lograr nada positivo. En esta ocasión los capitanes conservaron el mando; los jefes de Estado Mayor de la Sexta Flota estaban empezando a darse cuenta de que las operaciones submarinas no eran una sinecura. Decidieron que la única forma de pasar era mediante un ataque masivo. Se adaptaron todos los submarinos que pudieran transportar *kaitens* para que llevara el mayor número posible. Navegarían todos juntos para atacar objetivos de la misma zona, cerca de Okinawa. Allí se montaría una especie de carga *banzai* bajo el agua. Con toda seguridad algunos *kaiten* conseguirían pasar. El problema era que sólo se disponía de cuatro submarinos capaces de transportar *kaiten*.

La operación fue programada para

Los mayores submarinos japoneses casi doblaban el tamaño de los norteamericanos.





finales de marzo y el grupo *Tatara* (la playa de Tatara, en el Norte de Kyushu, es el lugar donde naufragó la flota mongola a causa del tifón *kamikaze*) de piltos *kaiten* fue embarcado en los *I-44, I-47, I-56* e *I-58*. El *I-47* de Orita fue nombrado buque insignia de la operación. Tres de los submarinos llevaban cuatro *kaiten* y el *I-56* fue reequipado para transportar seis. El objetivo del ataque eran los buques de guerra de Okinawa.

La noche del 26 de mayo se celebró la consabida fiesta. Se bebió gran cantidad de *sake* y el almirante Nagai, que había sustituido al vicealmirante Miwa como comandante de la Sexta Flota, deseó "todos los éxitos" a los *kaiten*. "Espero que todos vosotros hagáis blanco en nuestro enemigo —dijo—. En ese momento vuestras almas volarán a Yasukuni para vigilar siempre el país de Dios, Japón. Podéis estar seguros de que el resto de la Sexta Flota hará todo lo posible por confortar a los que dejáis atrás..." Otros mandos de Estado Mayor pronunciaron discursos similares, exhortando a los "Samurais del Mar" a "hacer un buen trabajo". A la mañana siguiente, cuando embarcaron, había unos cuantos testarudos en el grupo *Tatara*.

Al igual que la operación anterior con el grupo *Shimbu*, la del *Tatara* fue un completo fracaso. Mientras los submarinos se acercaban a la zona del objetivo, los norteamericanos se dirigían rápidamente hacia la costa de Okinawa y no menos de ciento cincuenta destructores protegían la vasta flota invasora. Con esta formidable barrera de patrullas antisubmarinas los japoneses tenían pocas esperanzas de penetrar. El *I-44* y el *I-56* fueron hundidos en el intento. El *I-47* consiguió escapar y volvió como pudo a Japón; el *I-58* fue perseguido y obligado a retirarse. Ya no había bastantes submarinos para llevar a todos los hombres que estaban recibiendo instrucción para manejar los *kaiten*.

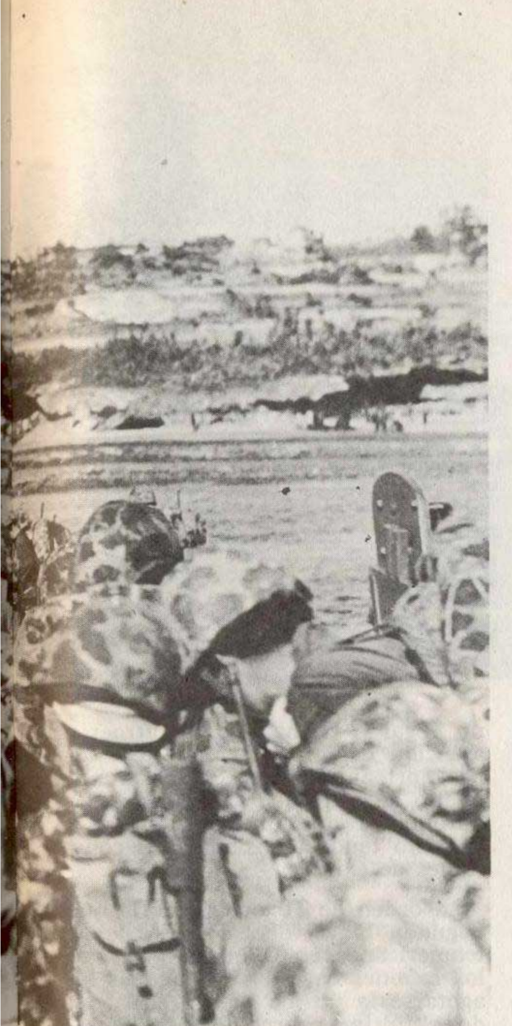
En abril la mayoría fueron destinados a lo que se llamaba imaginativamente "ataque *kaiten* con base". Se trazó un plan para desplegar a los *kaiten* a lo largo de la costa de Japón en puntos en que probablemente tendrían lugar ataques anfibios. Los pilotos *kaiten* debían esconder sus armas y esperar. Cuando los americanos estuvieran junto a la costa, recibirían una señal del Cuartel General Imperial. Entonces, los *kaiten* con base saldrían al mar y hundirían todos los buques transportes de tropas que pudieran. La estrategia naval japonesa no había cambiado: dad a los americanos un baño de sangre y aplastarlos en una sola acción decisiva. Esta era la estrategia que se había empleado en Midway, las Marianas y las Filipinas. Pronto se usaría de nuevo en Okinawa. Aún no había funcionado bien para Japón, pero, a medida que los norteamericanos se acercaban y aumentaba el patriótico fervor suicida, las esperanzas de que pudiera resultar se mantenían altas.





Clímax suicida

La mañana del día de Pascua, 1 de abril de 1945, las tropas norteamericanas desembarcaron en Okinawa. Era el siguiente objetivo norteamericano en la última serie de saltos de isla en isla hasta Japón. Los japoneses lo esperaban y en la radio de Tokio hablaron sobre el tema durante días. Cuando llegó la invasión, una emisora informó solemnemente: "Es cuestión de poco tiempo que se decida la elevación o caída de nuestro pueblo." Okinawa, a unos 570 kilómetros al Sudoeste de la mayor isla japonesa, Kyushu, se consideraba como parte in-



Las tropas norteamericanas atacan Okinawa, la última etapa antes de llegar a Japón.

tegrante de Japón. Estratégicamente dominaba el mar de la China Oriental y la costa china desde Fu-Chou hasta Corea. Estaba a horcajadas entre las líneas marítimas que unían Japón con las Indias Orientales, ricas en petróleo y ya puestas en peligro por la ocupación norteamericana de Filipinas. Es más, desde Okinawa los B-29 podían atravesar el mar Amarillo y el estrecho de Shimonoseki y regresar con suficiente combustible.

Okinawa está hecha por naturaleza para la defensa. Con ciento diez kilómetros de longitud y entre cinco y treinta kilómetros de anchura, su terreno está cortado en un laberinto de aristas, arrecifes y cuevas de caliza y coral. Los japoneses habían construido ingeniosas fortificaciones, con túneles que las entrelazaban e intercomunicaban, fortines de hormigón, nidos de ametralladoras y refugios profundos. No se hacían ilusiones: tenían que defender esta isla plagada por la malaria o perder la guerra. Okinawa era tan importante que estaban dispuestos a arriesgarlo todo por conservarla. En sus fortificaciones se desplegaron dos divisiones mandadas por el teniente general Mitsura Ushijima, una fuerza naval al mando del contraalmirante Minoru Ota y unos 7.000 aviadores mandados por el capitán Tanamachi: eran tripulaciones de tierra sin ningún avión para mantener. Setenta mil hombres en total esperaban para rechazar a los norteamericanos.

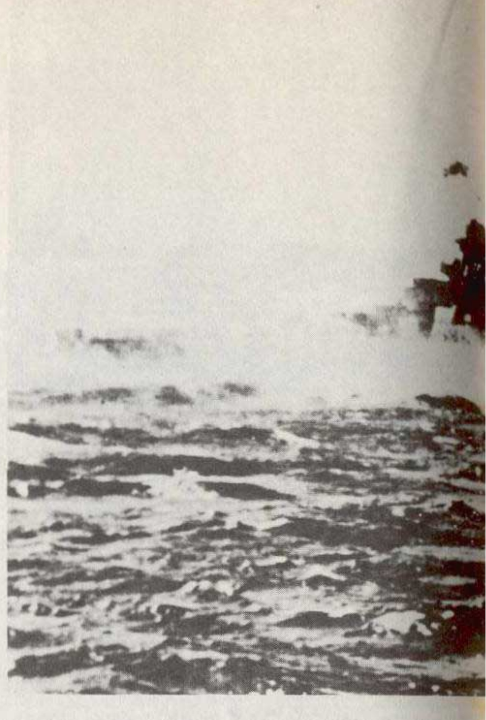
La experiencia anterior había demostrado que los defensores resistirían fieramente y los americanos planearon la invasión con cuidado. Habían reunido la mayor flota de desembarco que operó en el Pacífico —unos 1.300 buques de guerra de todas clases y tamaños— con 100.000 soldados e infantería de marina a bordo. Esta era la flota que el alto mando japonés decidió diezmar.

Estaba previsto que se organizarían ataques aéreos *kamikazes* y operaciones *kaiten* contra la fuerza invasora. Pero cuando llegó a Tokio la noticia de que los norteamericanos habían establecido una cabeza de puente en Okinawa, el almirante Toyoda decidió que se requería un mayor esfuerzo. Como comandante en jefe de la antes orgullosa Flota Combinada, decidió que los barcos que le quedaban debían contribuir al próximo *Gotterdammerung*.

Tras la Batalla del Golfo de Leyte, que fue el principio del Cuerpo *Kamikaze,* la Marina Imperial había dejado de existir como fuerza práctica de combate. La mayoría de los cruceros se habían perdido y los acorazados *Yamato, Nagato* y *Haruna,* que

consiguieron regresar a duras penas a casa, estaban embotellados en el Mar Interior. La escasez de combustible impedía su utilización para las operaciones. Sin embargo, durante el mes de marzo se realizó un intento de resucitar la Segunda Flota, adjudicando lo que quedaba de las mermadas disponibilidades de combustible al *Yamato*, al crucero *Yakagi* y a cinco destructores. Esta era la fuerza que Toyoda propuso para un ataque suicida contra la flota invasora norteamericana de Okinawa. Casi no existía coordinación entre los servicios respecto a cómo y cuándo debían actuar el Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea. Pero por primera vez en la historia se lanzó un ataque suicida general coordinado, con los *kamikazes* cooperando con los submarinos. Ya se había programado una serie de ataques *kaiten* y *kamikaze* para el 6 de abril, con el nombre en clave de *Kikusui*. Literalmente "crisantemo flotante", Kikusui era la crema de la familia Kusukoni. En el siglo XIV, Mazashige Kusukoni había enviado a un ejército japonés a una muerte segura en ua operación suicida. Pero la Operación *Kikusui* Número 1 sería el gran ataque que podía hacer superfluas las demás operaciones.

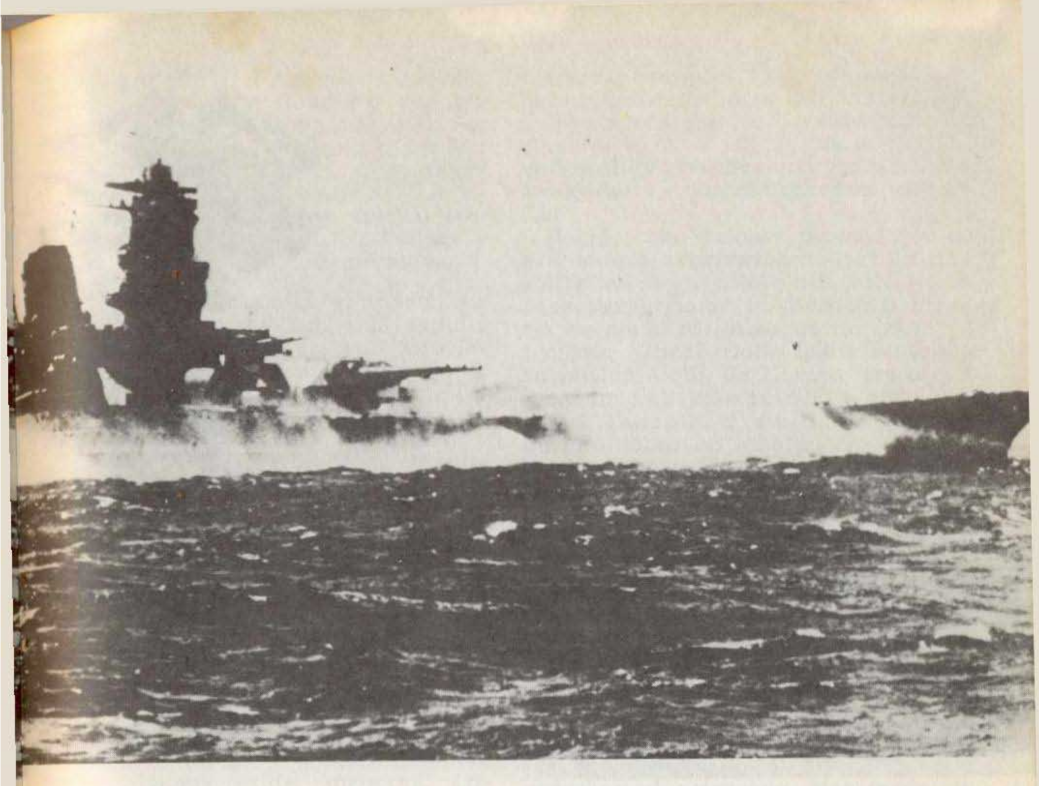
Los buques de guerra de la reconstituida Segunda Flota estaban mandados por el vicealmirante Seeichi Ito, que fue segundo jefe de Operaciones Navales en 1941 y estaba considerado como un jefe extraordinario. Dándose cuenta de que las desesperadas circunstancias requerían una acción desesperada, Ito estaba dispuesto a aceptar las órdenes de realizar una operación suicida sin discusión. Era uno de los pocos jefes de Estado Mayor de la Marina Imperial que lo hicieron. En Tokio el Alto Estado Mayor naval estaba en contra del *Kikusui* de Toyoda, sosteniendo que, aunque Japón se enfrentaba a una derrota total, era inhumano mandar hombres a una operación de esta magnitud con un éxito tan incierto. Desde su punto de vista, la flota nunca llegaría a Okinawa y la pérdida de hombres y buques sería un sacrificio inútil. El propio cuartel general de la Flota Combinada de Toyota refutó este argumento. La pérdida de Okinawa sería desastrosa, dijeron, y era el deber de la Marina cooperar con el Ejército. La flota podía



no llegar a Okinawa, pero atraería la atención de un gran número de aviones norteamericanos. Seguiría un momento de calma en la lucha en tierra, durante el que un contraataque del Ejército tendría posibilidades considerables de éxito.

La orden de Toyoda requería que la Segunda Flota fondeara ante los norteamericanos en Okinawa y disparara los cañones de todos los buques hasta agotarse la última bala o ser destruido el último barco. No se esperaba que volviera ninguno y se dijo que los supervivientes podrían unirse a la lucha en tierra y "buscar la gloria".

La orden fue recibida a bordo del buque insignia de Ito, el *Yamoto*, en la tarde del 5 de abril. Ito reunió inmediatamente a sus capitanes y hubo una tormenta de protestas. Casi todos los oficiales con mando se opusieron a la operación, no porque significara una muerte segura, sino porque consideraban que supondría destruir lo que quedaba de la Marina Imperial con un beneficio muy dudoso. Quedaba fuera de duda que los subordinados de Ito estaban dispuestos a dar

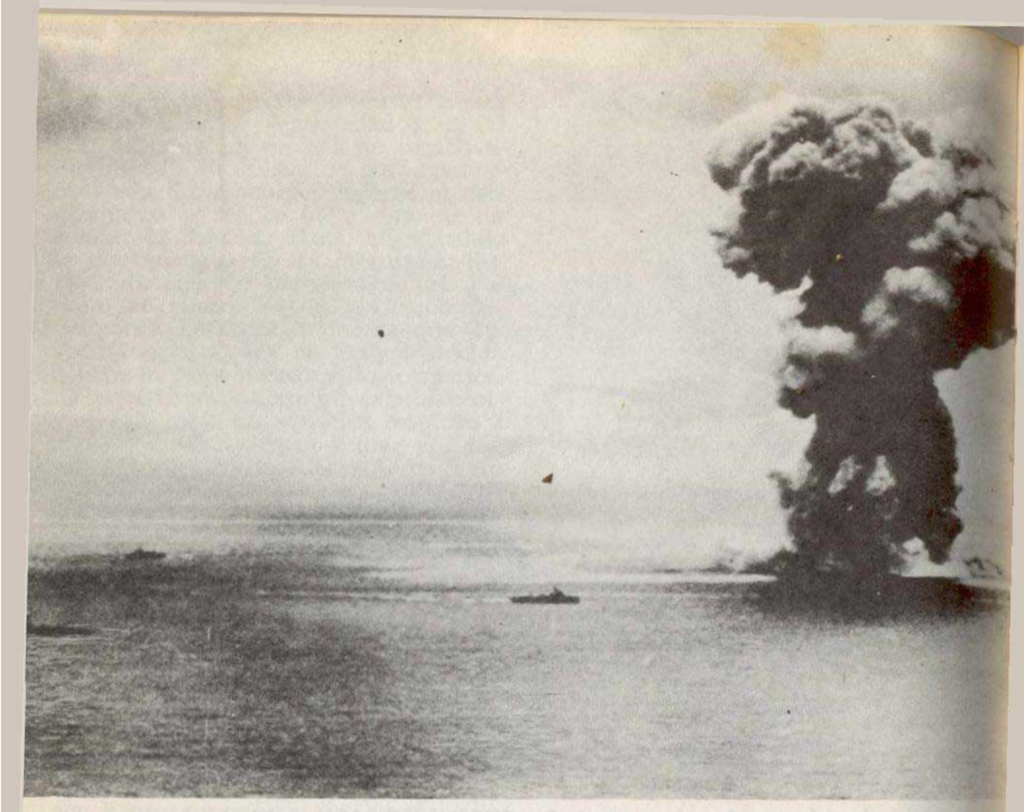


El acorazado Yamato **durante el intento suicida de la Segunda Flota de impedir los desembarcos de Okinawa.**

su vida y las de sus hombres por el emperador. Pero estaban dominados por una filosofía que les había llegado hacía mucho a través de su asociación con la Marina Real británica: "Lucha valientemente, pero no en vano." La conferencia duró cinco horas, durante las cuales se oyeron algunos comentarios acalorados sobre la capacidad de planificación del cuartel general de la Flota Combinada, a salvo en su refugio antiaéreo. Pero se mantuvo la disciplina. Cuando Ito dijo que la orden debía obedecerse, se acabó la discusión y los reunidos volvieron a sus buques para prepararse para la próxima acción.

A bordo, el regreso de los capitanes inició una actividad febril. Se afilaron las bayonetas para la lucha cuerpo a cuerpo que gran parte de la tripulación esperaba encotrar en tierra. Se tomó combustible suficiente para una travesía sin retorno y se separaron sólo los tripulantes necesarios para tripular los buques que sobraron. (Entre los que desembarcaron había un grupo de guardiamarinas recién salidos de la Academia Naval que habían llegado unos días antes. Muchos de estos jóvenes deseaban tomar parte en la operación, pero no se les permitió.) Finalmente se celebraron las fiestas de despedida en las que se consumieron muchas botellas de *sake*. Terminaron con la canción *Doki no Sakura* (Flores de cerezo de la misma graduación), una antigua canción de la Academia Naval.

Esa noche la Segunda Flota salió del Mar Interior y a las seis de la madrugada del 6 de abril estaba al Sudoeste de Kyushu, arrumbando hacia el Sur en dirección a Okinawa en zig zag. Si todo salía bien, debía llegar a las playas del desembarco norteamericano a las ocho. Se esperaba encontrar una formación antisubmarina en cuanto los buques pasaran el estrecho de Bungo y durante algunas horas veinte Zeros de la Quinta Flota aérea les proporcionaron protección. Pero al alejarse de tierra los Zeros regresa-



El Yamato **es hundido tras un ataque de trescientos aviones norteamericanos cerca de Okinawa.**

ron y los hidroaviones de reconocimiento del *Yamato* y el *Yahagi* se retiraron para evitar su destrucción en la inminente batalla. No había necesidad de reconocimiento; se sabía muy bien el paradero de los norteamericanos, lo mismo que ellos sabían que se estaban acercando. A cinco millas de la flota de Ito los submarinos norteamericanos *Threadfin* y *Hacklebach* siguieron su rastro y observaron fascinados cómo el monstruoso *Yamato* pasaba ante sus periscopios. Al amanecer del día 7 de abril llegaron hidroaviones norteamericanos para cooperar en la observación..

Las nubes bajas y pesadas proporcionaban una protección perfecta a los atacantes cuando a las 12,30 los norteamericanos comenzaron la ofensiva. Poco después de mediodía, el radar del *Yamato* había detectado dos grandes formaciones de aviones convergiendo sobre él; el primero apareció de pronto antes de que pudiera transmitirse el mensaje a los demás buques. No servía de nada cambiar el curso, pero la flota alcanzó hasta veintisiete nudos, se dividió en dos líneas con una distancia de cinco mil metros entre los buques y abrió fuego. Desde el principio hasta el fin, tenían pocas posibilidades. Aunque los cañones AA del Yamato formaron una formidable cortina de acero, de poco sirvió. Los aviones fueron derribados, pero llegaban incesantemente nuevas olas atacantes. Era la cuarta vez que los norteamericanos habían atacado al acorazado y estaban decididos a hundirlo en esta ocasión.

La primera bomba alcazó al *Yamato* a las 12,40 y diez minutos después un torpedo hizo blanco. A continuación le alcanzaron muchas más bombas y al menos quince torpedos. Tres horas de ataque continuado acabaron por condenar al gran acorazado. En total, trescientos aviones norteamericanos de base flotante habían hecho impacto en el buque de Ito. A las 15,00 no sólo el *Yamato*, sino el *Yahagi* y los destructores *Asashimo* y *Kamakaze* habían sido hundidos. Dos destructo-

res, el *Isokaze* y el *Kasumi*, inmóviles en el agua, fueron hundidos por buques japoneses una vez rescatada su tripulación. De la flota sólo quedaban ahora cinco destructores, que volvieron a puerto al día siguiente. La inmensa y abortada acción suicida costó al Japón seis de los diez buques y las vidas de más de 2.500 hombres.

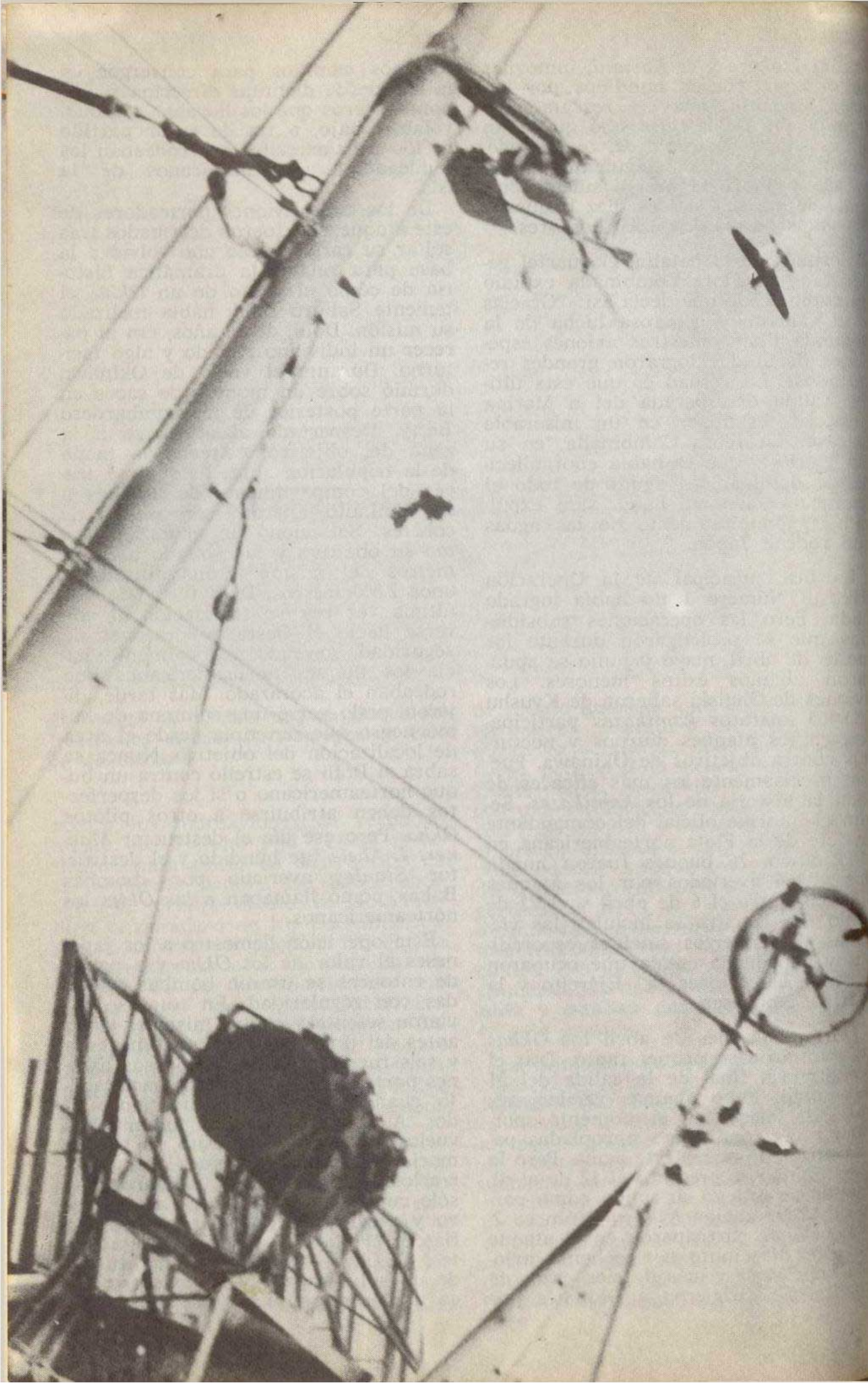
Después de la batalla, el cuartel general de la Flota Combinada expidió un comunicado que decía así: "Gracias a la valiente y generosa lucha de la Segunda Flota, nuestros aviones especiales de ataque lograron grandes resultados." La verdad es que esta última salida desesperada del a Marina Imperial terminaba en un miserable fracaso. La Flota Combinada, en su día gloriosa, que se había enorgullecido de dominar las aguas de todo el Pacífico occidental, había sido expulsada ignominiosamente de las aguas que rodean Japón.

La fase principal de la Operación Kikusui Número 1 no había logrado nada. Pero las operaciones subsidiarias que se prolongaron durante los meses de abril, mayo y junio se apuntaron algunos éxitos menores. Los aviones de Ohnishi salieron de Kyushu y 1.465 aparatos *kamikazes* participaron en los ataques diurnos y nocturnos contra objetivos de Okinawa. Fueron precisamente los más eficaces de toda la historia de los *kamikazes*. Según el informe oficial del comandante en jefe de la Flota norteamericana en el Pacífico, 26 buques fueron hundidos y 164 averiados por los ataques suicidas entre el 6 de abril y el 22 de junio. En la cifra se incluían las víctimas de esfuerzos suicidas esporádicos y a pequeña escala que ocuparon a otros 200 aviones del Ejército v la Marina japoneses.

Durante el mes de abril los *Okhas* se apuntaron su primer tanto. Tras el ignominioso final de la salida del 21 de marzo, hubo algunas vacilaciones antes de seleccionar el momento oportuno y las condiciones apropiadas para utilizar de nuevo este arma. Pero la oportunidad se presentó el 12 de abril, cuando se ordenó su salida como parte de la Operación *Kikusui* Número 2. Ocho *Okhas* participaron en el ataque de este día, junto con ochenta aviones *kamikazes* y más de cien cazas de escolta. Se dirigieron a Okinawa por diversos caminos para converger en la isla desde distintas direcciones. Los bombarderos que los llevaban también volaban bajo, a fin de sacar partido de los altos arrecifes que rodeaban los fondeaderos norteamericanos de la isla.

De los ocho aviones porteadores de este ataque, seis fueron derribados tras soltar su carga y sólo uno volvió a la base para relatar la dramática historia de cómo el piloto de un *Okha*, el teniente Saburo Dolii, había realizado su misión. Dolii, de 22 años, era al parecer un individuo plácido y algo taciturno. Durante el vuelo de Okinawa durmió sobre un montón de sacos en la parte posterior de un bombardero Betty. Despertado al acercarse a la zona del objetivo, estrechó la mano de la tripulación antes de subir a través del compartimento de bombas a su diminuto aparato con motor de cohetes. Seleccionó un acorazado como su obejtivo y fue soltado a 20.000 metros del mismo a una altitud de unos 2.000 metros. Dolii fue visto por última vez por su tripulación al volverse hacia el Oeste por razones de seguridad, cayendo verticalmente hacia los buques norteamericanos que rodeaban el acorazado. Más tarde, dijeron, pudo verse una columna de humo negro que irrumpía desde el área de localización del objetivo. Nunca se sabrá si Dolii se estrelló contra un buque norteamericano o si los desperfectos deben atribuirse a otros pilotos *Okha*. Pero ese día el destructor *Mannert L Abele* fue hundido y el destructor *Stanley* averiado por «bombas Baka», como llamaban a los *Okha* los norteamericanos.

Esta operación demostró a los japoneses el valor de los *Okha* y a partir de entonces se usaron bombas pilotadas con regularidad. En total se enviaron setenta y cuatro misiones *Okha* antes del final de la guerra. Cincuenta y seis fueron soltados desde sus aviones portadores o disparados hacia abajo cuando todavía permanecían unidos. Aunque se informó que muchos vuelos *Okha* tuvieron éxito, la confirmación es dudosa. Después de la guerra los norteamericanos estimaron que sólo cuatro habían alcazado un objetivo y aseguraron que el arma era un fiasco. "Fallaba —escribió el almirante J. J. Clark— porque era una misión de un solo disparo y los pilotos nunca pudieron practicar." Y, sin embar-



Izquierda: **Un avión** kamikaze **se dispone a estrellarse contra el** USS Vicksburg. Arriba: **La cubierta de aterrizaje en llamas del portaaviones norteamericano** Bunker Hill. Abajo: **Un impacto suicida directo sobre el** New Mexico **durante la operación japonesa Kikusui.**

go, aunque el *Okha* no causara muchos daños materiales, no cabe duda de que la aparición de las bombas suicidas pilotadas producían un gran efecto en la moral de los marineros norteamericanos.

Naturalmente, los ataques con bombas *Okha* eran complementarios de lo que podría denominarse vuelos *kamikazes* más "convencionales". Estos siguieron continuamente y, aunque los pilotos suicidas no consiguieron hundir ningún acorazado durante los ochenta y dos días y noches de sus ataques, poco les faltó para eliminar al portaaviones gigante *Enterprise*. Llamado también "El gran E", "El afortunado E", "La vieja dama" y "El fantasma galopante de la costa de Oahu", el *Enterprise* había participado en todas las batallas navales norteamericanas importantes desde el principio de la guerra, destruyendo más de setenta buques de guerra enemigos y derribando casi mil aviones. Se había anunciado su hundimiento seis veces.

El 14 de mayo de 1945 despegaron aviones del *Enterprise* en una misión que se proponía atacar los campos de aviación del Sur de Japón. A la mañana siguiente, veinticinco *kamikazes* salieron por el Sudoeste y se dirigieron al portaaviones. Uno tras otro fueron derribados o fallaron el objetivo y se estrellaron contra el mar. No obstante, un *kamikaze* Zero consiguió pasar y estrelló su aparato contra el mismo centro del portaaviones. Tras arrastrarse por tres cubiertas y matar a catorce marineros norteamericanos, la bomba del Zero explotó y la tripulación de control de daños del buque consiguió salvar al *Enterprise* trabajando rápido y con grandes esfuerzos.

Las operaciones *kaiten* no tuvieron más éxito que la flamante autodestrucción de la Segunda Flota. Tras la mal concebida operación Tatara, el *I-58* recibió órdenes de apoyar la acción de la Segunda Flota con ataques *kaiten* contra los buques norteamericanos alejados por el *Yamato*. Localizado por un avión norteamericano, nunca llegó a acercarse a ningún buque acorazado enemigo. Perseguido día y noche por destructores y aviones, su capitán terminó cancelando las operacioens y volviendo al puerto con sus *kaiten* intactos.

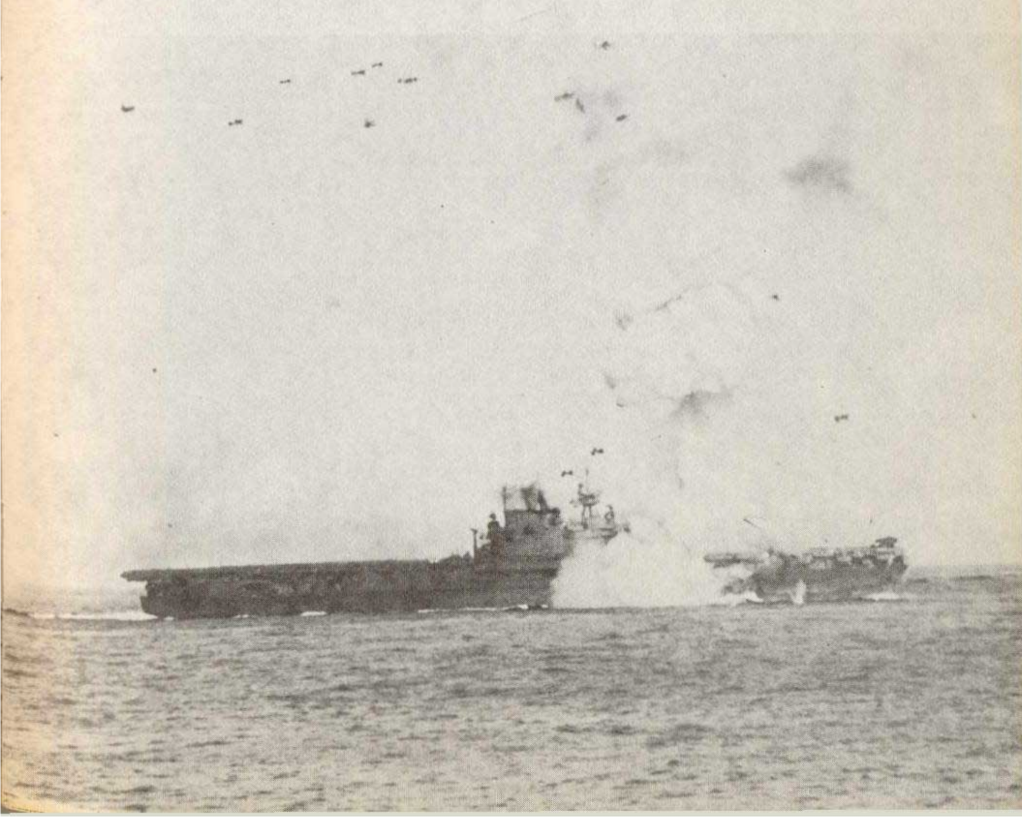
El *I-58* tuvo suerte de volver a Japón. Otros ocho submarinos japoneses fueron hundidos durante el mes de abril y, con los porteadores de *kaiten* de la Sexta Flota reducidos a cuatro, se entabló una acalorada discusión sobre cómo debían emplearse los "Agitadores de los Cielos" en operaciones futuras. El Alto Estado Mayor Naval de Tokio y el cuartel general de la Flota Combinada creían que el mejor modo era hacerlo contra las flotas y bases navales norteamericanas. Pero el comandante Tennosuke Torisu, el experto en torpedos del estado mayor del cuartel general de la Sexta Flota, argumentó firmemente en contra. Aseguró que los *kaiten* debían enviarse a una buena distancia de las costas para interrumpir las líneas de comunicaciones norteamericanas. Finalmente, Tokio accedió a permitir que dos submarinos atacaran las líneas de suministros. Se evaluaría su eficacia y se tomaría una decisión definitiva sobre cómo debían operar los *kaiten* en el futuro.

Se eligió el *I-47* y al *I-36* para el experimento y salieron el 20 y el 23 de abril, respectivamente. Cada uno llevaba seis *kaiten*. El *I-47* se dirigió a

una zona a través de la que tendrían que pasar los buques norteamericanos que se dirigían a Okinawa y Saipán. El *I-36* derramó la primera sangre. Poco después del amanecer del 27 de abril, se encontró con un convoy de treinta buques con destino a Okinawa. A 8.000 metros de distancia se dieron órdenes de disparar los seis *kaiten*. Cuatro salieron, pero dos se quedaron aprisionados en sus cremalleras. Diez minutos después, cuatro explosiones sucesivas sacudieron el submarino. Esa noche se radió un informe a Tokio asegurando que habían logrado "cuatro hundimientos, que se creían transportes o buques de carga"; en esos momentos el éxito parecía una ofrenda apropiada para el emperador, cuyo cumpleaños era el 29 de abril. En realidad sólo se había hundido un barco, el *SS Canada Victory*, por lo que debe suponerse que los cuatro pilotos *kaiten*, el teniente Yagi y los contramaestres Abe, Matsuka y Ebihara, habían apuntado al mismo buque.

Durante la noche del 1 de mayo, el capitán del *I-47*, el temible Orita, también se encontró con un convoy. Como los *kaiten* iban virtualmente a ciegas en la oscuridad, decidió atacar con torpedos convencionales. Sin embargo, doce horas después llegó la oportunidad de utilizar las armas suicidas, y dos *kaiten* (el teniente Kakizake y el contramaestre Yamaguchi) fueron lanzados contra sus objetivos que, según los informes, eran un transporte escoltado por un destructor. Al oírse las dos explosiones en rápida sucesión, se supuso que ambosobjetivos habían sido alcanzados. Pero cuando Orita alzó su periscopio, pudo ver un destructor a unas cuatro millas de distancia. Se lanzó otro *kaiten* y una explosión muy retrasada sugirió al fin que el contramaestre Furukawa había ido a parar a Yasukuni. Cuatro días después dos de los tres *kaiten* restantes, el teniente Maeda y el contramaestre Shinkai, fueron lanzados contra un "crucero". La intención de Orita era dispar los tres, pero cuado se cortó la comunicación telefónica con el último *kaiten*, el contramaestre Yokota vivió para contarlo. "Vivir, a veces, es mucho

El USS Enterprise. **El Gran E es alcanzado por un avión** kamikaze.





Las fuerzas norteamericanas en Okinawa utilizan cuanto tienen a mano para desalojar a los defensores japoneses.



más difícil que morir... Hace falta paciencia para esperar a que llegue el mejor momento posible para morir." Orita empleó estas palabras para consolar a Yokota, cuando protestaba por haber sido privado de la oportunidad de dar su vida.

El *I-47* seguía ahora al *I-36* de vuelta a Japón. Después de su regreso de una conferencia en Tokio llegó a la conclusión de que el éxito de las dos últimas salidas justificaba los puntos de vista del comandante Torisu. Las operaciones submarinas se dejarían ahora totalmente en manos del cuartel general de la Sexta Flota. El almirante Nagai ordenó inmediatamente que todos los submarinos de primera clase disponibles, nueve en total, fueran enviados a operaciones *kaiten* en el Pacífico Occidental. A mediados de julio seis fueron hundidos, pero los japoneses aseguraban que los *kaiten* hundieron 15 petroleros y transportes, dos cruceros, cinco destructores y un hidroavión nodriza y seis buques no identificados en los tres últimos meses de la guerra. Posteriormente los aliados declararon que estas cifras eran falsas. Ochenta pilotos *kaiten* murieron en acción y, aunque hubiesen hundido ochenta buques, es dudoso que pudiese cambiar el resultado de la batalla terrestre de Okinawa.

Cuando los norteamericanos desembarcaron por primera vez en Okinawa esperaban una respuesta inmediata y sañuda de la guarnición. Ante la sorpresa de todos, los defensores ofrecieron escasa resistencia y las playas de desembarco fueron tomadas encontrando una defensa moderada. Hasta que las tropas norteamericanas empezaron a penetrar hacia el interior no se repitió el proceso de los desembarcos anteriores. Los norteamericanos experimentaron entonces una nueva versión del ataque a Iwo Jima. Los defensores lucharon desesperadamente, causando muchas bajas a los invasores. Pero gradualmente fueron rechazados a las colinas del Sur de la isla. El Día V-E, 8 de mayo, los japoneses estaban derrotados.

Durante las tres semanas siguientes, el general Ushijima se las arregló para realizar un milagro organizando otra línea de defensa. Pero sabía que el fin estaba próximo. Y por entonces las tropas japonesas también lo sabían. Bombardeados por millones de octavillas que les garatizaban un trato justo, algunos consideraron la idea de deponer las armas. Pero muchos decidieron lo contrario y se suicidaron.

La fuerza naval del almirante Ota realizó una última carga *banzai* el 13 de junio contra las fuerzas que habían desembarcado en las cercanías de Oroku. No se sabe nada más de Ota y sus hombres. Su último mensaje recibido fue enviado el 6 de junio:

"Han pasado más de dos meses desde que nos enfrentamos a los invasores. En completa unidad y armonía con el ejército, hemos hecho todo lo posible por aplastar al enemigo...

"... Presento mis más sinceras disculpas al emperador por mi fracaso al no defender mejor el imperio, la grave misión que me fue confiada.

"Las tropas bajo mi mando han luchado valientemente, dentro de la mejor tradición de la marina japonesa. Los fieros bombardeos pueden deformar las montañas de Okinawa, pero no podrán alterar el leal espíritu de nuestros hombres. Esperamos y rezamos por la perpetuación del imperio y damos alegremente nuestras vidas por ese fin.

"Al ministro de Marina y a todos mis superiores expreso mi más sincera graitud por su amabilidad durante muchos años. Al mismo tiempo, les ruego encarecidamente que tengan en consideración a las familias de mis hombres que han caído en este puesto como soldados del emperador.

"Con mis mandos y tropas doy tres vivas al emperador y rezo por la paz eterna del imperio.

Aunque mi cuerpo se pudra en la remota Okinawa.

Mi espíritu persistirá en la defensa de la patria.

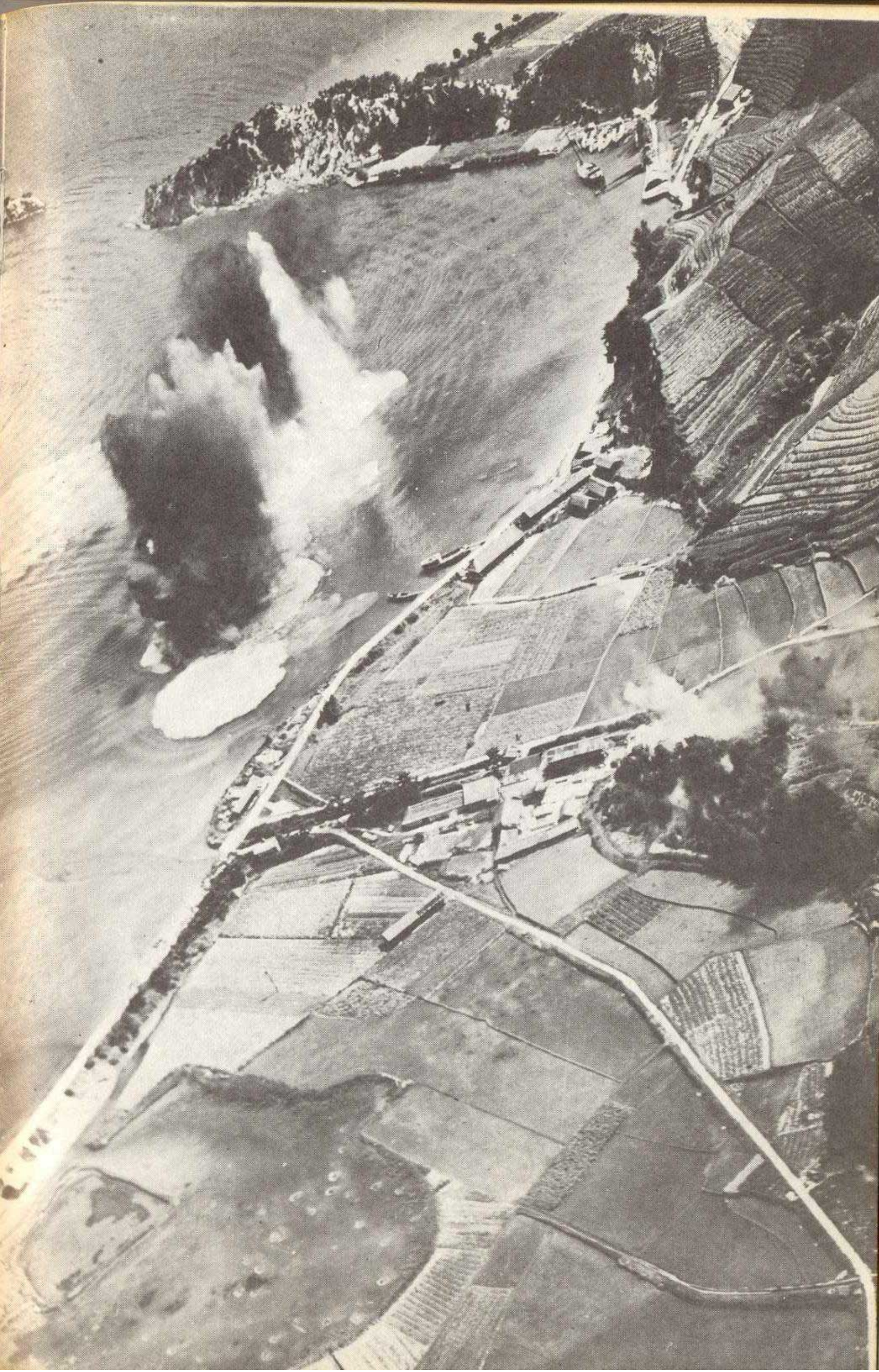
Minoru Ota
Comandante Naval."

Antes de perecer se sabe que Ota dio una orden que tipifica la actitud suicida de su clase. Una enorme cueva tras las líneas japonesas estaba sirviendo de hospital de campaña y allí yacían trescientos infantes de Marina

Arriba: **La tripulación de un bombardero suicida que se estrelló en Okinawa.** Abajo: **El monumento al** banzai **suicida japonés en Okinawa.**



Bombarderos norteamericanos atacan un buque de guerra japonés fondeado en la costa de Japón.





Arriba: **Más de cien mil japoneses en Okinawa prefirieron morir a rendirse.** Derecha: **Los generales Ushijima y Cho se hicieron el** hara-kiri.

japoneses de su destacamento gravemente heridos. Temiendo que los norteamericanos barrieran la cueva con sus lanzallamas antes de hacer preguntas, Ota ordenó al médico militar de mayor graduación que se asegurara de que los pacientes tenían una muerte honorable sin más sufrimientos. El médico y sus ayudantes caminaron por las largas filas de enfermos e inyectaron metódicamente jeringas hipodérmicas en los trescientos brazos extendidos.

Nadie parece saber qué ocurrió con los siete mil aviadores de Tanamachi. Al igual que muchas de las unidades del Ejército, probablemente siguieron luchando hasta ser aniquilados. Eso al menos fue lo que ocurrió con un destacamento aislado, cuyo comandante envió un último mensaje: "Mis hombres mantienen la moral alta y luchan valientemente. Rezamos por la victoria final de la patria. Lucharemos hasta el último hombre en defensa de este territorio..."

Dentro de la cueva que protegía su puesto de mando, el general Ushijima se relajó con una botella de whisky mientras escuchaba los informes que llegaban de sus diseminadas unidades. Su última línea de defensa se había desintegrado y las tropas japonesas se convirtieron en una horda, escondiéndose en agujeros, hambrientos y sin esperanzas. Ushijima era realista y sabía que todo había terminado. Tranquilamente dictó un mensaje de despedida a Tokio:

"Lamentablemente, ya no podemos continuar la lucha. Presento mis más sinceras disculpas por este fracaso al emperador y al pueblo de mi país. Haremos una última carga para matar al mayor número posible de enemigos. Rezo por las almas de los hombres muertos en combate y por la prosperidad de la familia imperial.

"La muerte no detendrá el deseo de mi espíritu de defender la patria.

"Con la más profunda gratitud por

la amabilidad y cooperación de mis superiores y colegas en armas, me despido de todos para siempre."

Una postdata poética de su carta decía así:

"La hierba verde muere en las islas sin esperar al otoño.

Pero volverá a nacer lozana en la primavera de la patria.

Agotadas las armas, nuestra sangre bañará la tierra, pero el espíritu sobrevivirá.

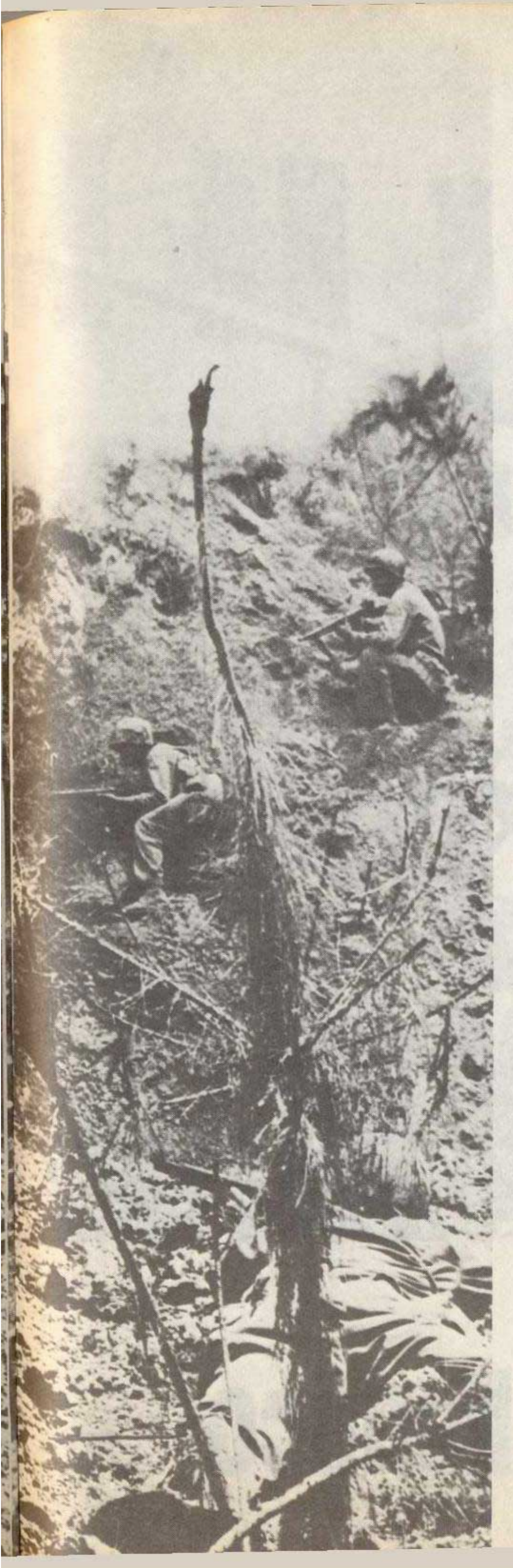
Nuestros espíritus volverán para proteger a la patria."

Ya sólo quedaba el ceremonioso mutis. A primera hora de la mañana del 22 de junio, Ushijima y su jefe de estado mayor, general Isama Cho, se vistieron con sus mejores uniformes y se pusieron las medallas en la túnica. Se había extendido una colcha sobre un estrecho saliente de roca a la entrada de la cueva. Sobre ella había una sábana blanca que simbolizaba la muerte. Los dos generales se arrodillaron. Según el código samurai, el *hara-kiri* debe hacerse de cara al palacio imperial de Tokio. Debido a la estrechez del saliente, Ushijima y Cho tuvieron que ponerse de cara a Occidente, hacia el Pacífico. Un militar de Estado Mayor les entregó un cuchillo a cada uno. Entonces vino el *seppuku*, o corte transversal en el abdomen. Detrás de Ushijima, otro oficial levantó su sable y rápidamente le cortó la cabeza. Cho fue decapitado del mismo modo unos minutos después.

La Batalla de Okinawa había terminado. Pero no las muertes, pues el ejemplo de Ushijima fue seguido por una grotesca serie de suicidios. Los soldados japoneses desnudos salían de sus cuevas, arrojaban piedras contra los norteamericanos y luego corrían a ocultarse tras las rocas para cortarse el cuello. Un incidente particularmente extraño ocurrió cuando una patrulla de infantes de Marina norteamericanos







Infantes de Marina norteamericanos atacan las posiciones de los defensores en cuevas para limpiar la isla de los pocos japoneses que quedan.

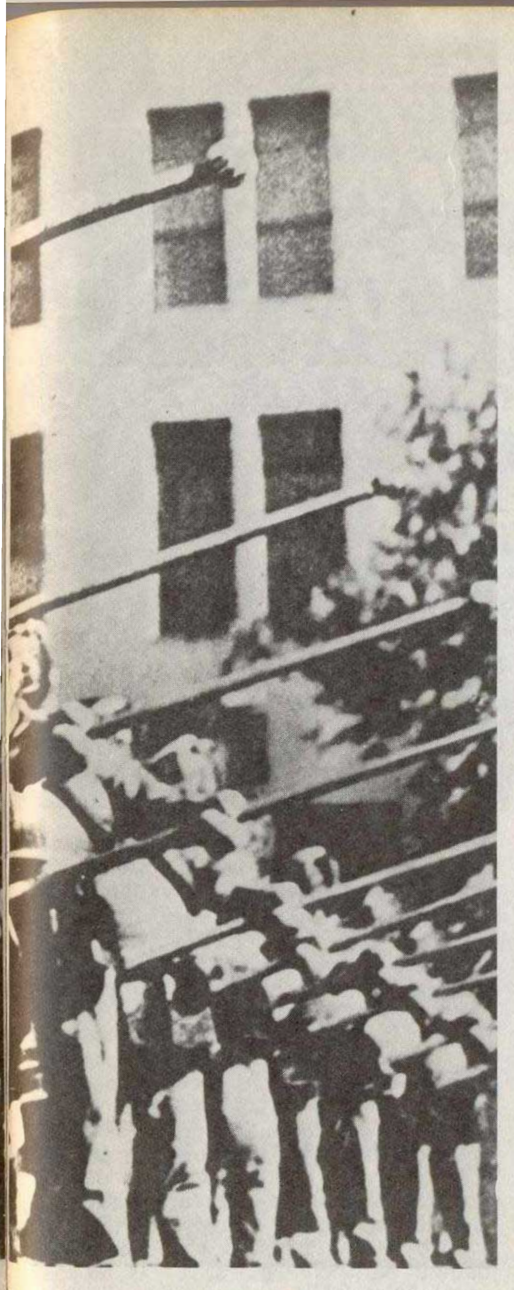
se encontró de repente en un claro rodeada por una numerosa fuerza de japoneses acompañados de varias mujeres. Con extraordinaria presencia de ánimo, el comandante de la patrulla sonrió, sacó sus cigarrillos y se los ofreció a todos. Unos pocos soldados japoneses tiraron las armas y tomaron los cigarrillos. Sus oficiales rehusaron y les volvieron la espalda. Luego, uno atravesó a su compañera con su sable, se lo entregó junto con su reloj de pulsera a uno de los norteamericanos, retrocedió y se voló la cabeza con una granada. Esto contagió a los demás, que inmediatamente mataron al resto de las mujeres y a continuación se suicidaron. Durante dos horas la patrulla norteamericana fue obligada a presenciar un suicida baño de sangre.

En la Batalla de Okinawa, las bajas japonesas ascendieron a más de cien mil muertos. De éstos, al menos la mitad cayeron en operaciones suicidas. Estratégicamente, los norteamericanos habían logrado una gran victoria, pues ahora estaban a las puertas de Japón. Pero el precio que pagaron también fue alto: más de 12.500 muertos y desaparecidos, el doble de bajas que en Iwo Jima.

Okinawa se convertiría ahora en la última base para la invasión de las islas japonesas. Noviembre de 1945 fue la fecha fijada, y se preveía una batalla sangrienta. En ella se esperaba que una gran proporción de la población japonesa eligiera la autoinmolación.



Final cataclísmico

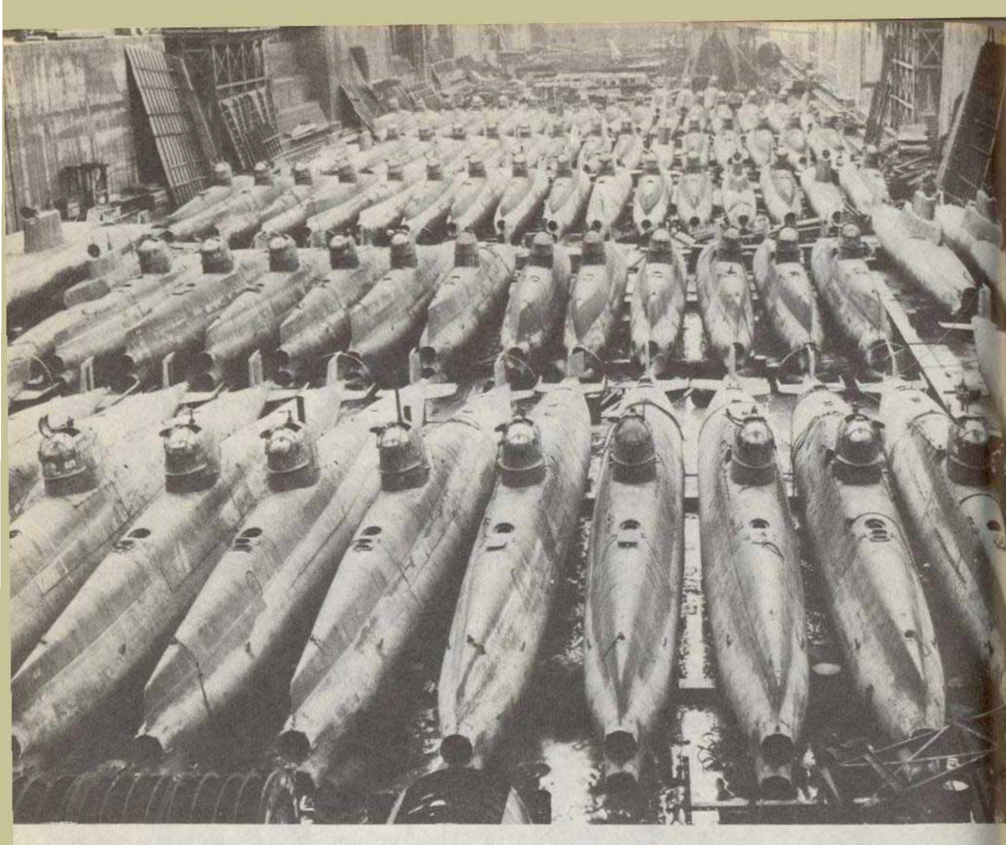


Durante el mes de julio continuaron los ataques *kamikaze* y *kaiten* contra objetivos alrededor de Okinawa. Los norteamericanos no se arredraron. A mediados del mes los buques norteamericanos estaban permanentemente frente a las costas de Japón, bombardeando las ciudades japonesas con sus grandes cañones. Olas de aviones con base en los portaaviones llenaban los cielos y una y otra vez atacaban Tokio y las grandes bases navales de Kure y Yokosuka. El último buque de guerra japonés estaba anclado en Kure, esperando para salir y atacar a los invasores norteamericanos en un último gesto desesperado. Mientras esperaban los aviones norteamericanos hundieron los portaaviones *Amagi* y *Kaiyo*, los acorazados *Haruna*, *Ise* y *Hyuga*, otros tres portaaviones y un destructor. A Japón sólo le quedaba ahora un acorazado, el *Nagato*. Gravemente averiado, era el único acorazado japonés que sobreviviría a la guerra.

Y, sin embargo, Japón estaba dispuesto a seguir luchando. En el país había más de 1.000.000 de soldados, con gran cantidad de armas y municiones. Docenas de *kaiten* estaban escondidos en las costas de Kyushi, Shikoku y Honshu. Aún quedaban diez mil aviones disponibles. Y lo más importante: tenían gran cantidad de hombres dispuestos y ansiosos de morir por el emperador.

En Tokio se hicieron planes para la Operación Decisión. Sería un último ataque general contra las fuerzas invasoras norteamericanas concentradas en Okinawa. Muchos de los aviones estaban anticuados y algunos era viejos y lentos aparatos de instrucción, pero todos podrían usarse para ataques *kamikazes*. Cien nuevos submarinos de cinco hombres, llamados *koryu*, y trescientos de dos hombres, los *kairyu*, estaban empezando a salir de las cadenas de producción. Ambos estaban diseñados para llevar dos torpedos cada uno. En el último momento, el *kairyu* se modificó. En lugar de torpedos, se adaptaron a la proa cabezas especiales de combate que contenían 450 kilogramos de explosivos.

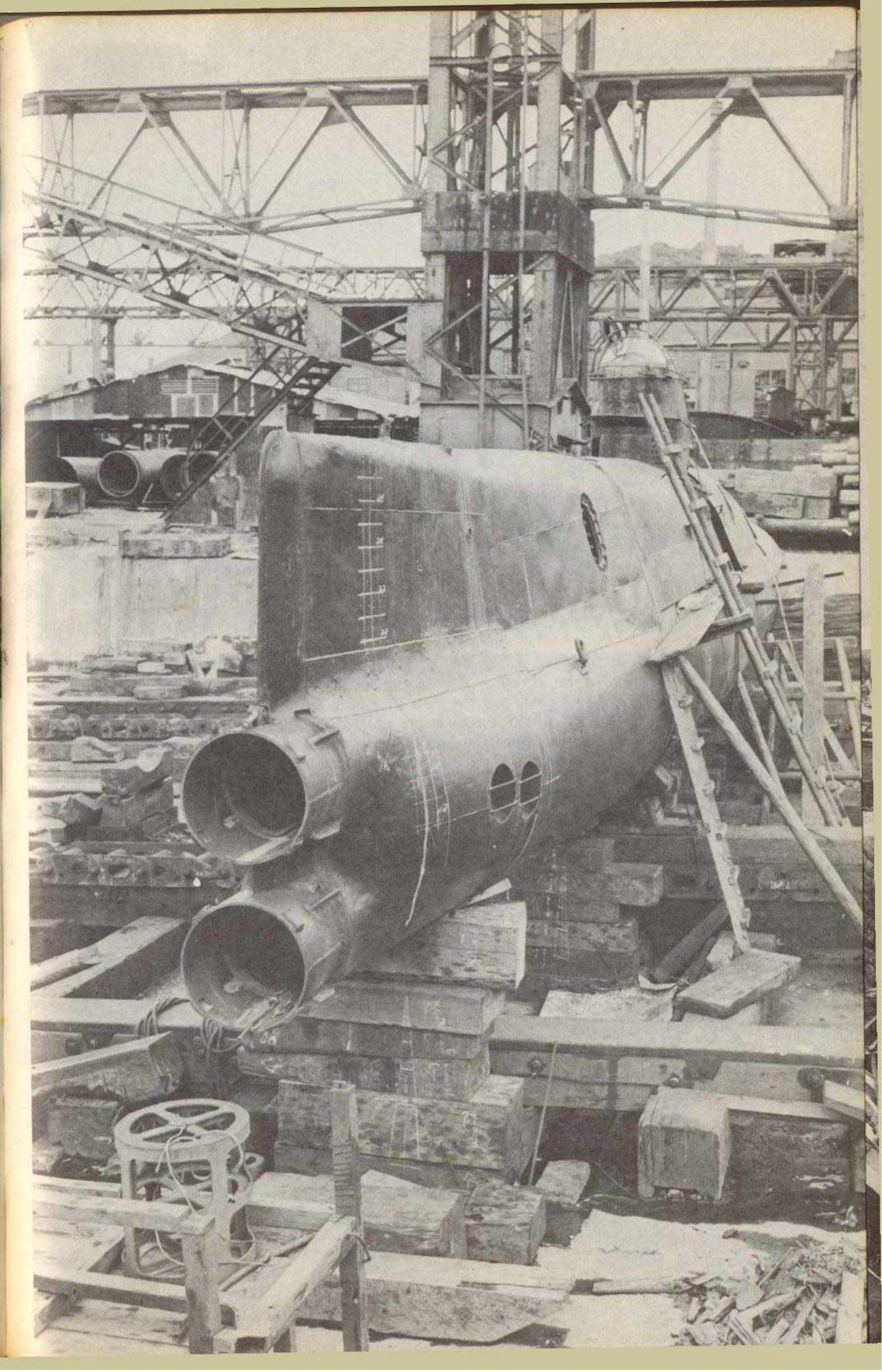
Ahora que los aliados se disponían a invadir Japón, ¿convertirían la invasión los japoneses en un baño de sangre?



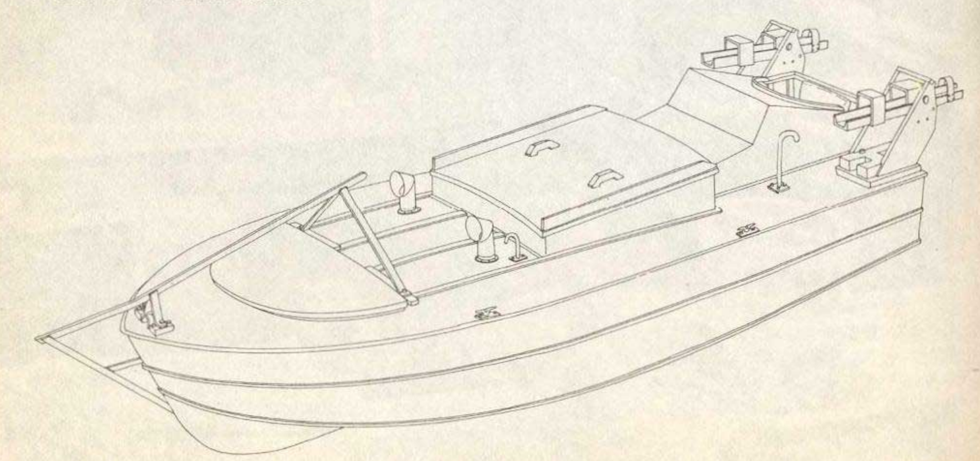
Al igual que los *kaiten*, el *kairyu* se utilizaría como arma suicida. También estaba el *shinyo*, una motora pequeña, ligera y rápida, de unos cuatro metros y medio de longitud, concebida para estrellarse contra los buques enemigos por la noche a una velocidad de más de veinte nudos. Algunos *shinyo* se enviaron a Okinawa, pero más de dos mil fueron diseminados en caletas y ensenadas por la larga costa de Japón. Algunos fueron ocultados en los puertos japoneses, donde podían atacar a los aliados cuando éstos se consideraban a salvo, anclados en un puerto conquistado. También allí los *fukuyuru*, vigorosos nadadores con minas atadas a la espalda, lazarían sus ataques suicidas.

El alto mando japonés había supuesto correctamente que los norteamericanos tratarían de establecer su primera cabeza de puente en Japón en la isla meridional de Kyushuy. A continuación seguiría un segundo desembarco en la península al Este de Tokio. Se desplegaron tropas con antelación, con tres mil aviadores *kamikazes* para apoyar las operaciones en la isla meridional y mil en la septentrional. Algunos políticos empezaba a hablar de la necesidad de acabar la guerra antes de que Japón fuera totalmente destruido. Pero los militares estaban decididos a luchar hasta el final. Para causar miles de bajas aliadas, se mostraban dispuestos a enviar a la muerte a cientos de miles de japoneses. Y éstos a aceptar el sacrificio. En las zonas rurales los granjeros se habían armado con lanzas de bambú para enfrentarse a las tropas paracaidistas. Se colocaron consignas samurais en los lugares públicos; las emisoras dè radio y los periódicos hacían emotivos llamamientos al fervor patriótico de los ciudadanos. Un millón de hombres había muerto en las islas de Japón; cinco millones de casas fueron destruidas y más de nueve millones de personas se encontraban

Arriba y derecha: **Submarinos** koryu **japoneses, cada uno con una tripulación de cinco hombres y dotados de dos torpedos.**



Una de las muchas armas del final de la guerra, creadas por los japoneses en un último esfuerzo por evitar la derrota, fue la embarcación suicida Shinyo. Estaba armada con una gran carga de explosivos de alta potencia o dos cargas de profundidad en la proa. La idea era que el piloto entrara en colisión deliberadamente con un blanco aliado que valiera la pena, armando el explosivo antes de chocar. Se esperaba que esta embarcación causara daños suficientes como para hundir un buque de tamaño medio. Al final de la guerra se habían construido unas seis mil embarcaciones Shinyo para ser utilizadas en Okinawa y Japón, pero, que se sepa, ningún buque aliado sufrió daños importantes producidos por esta embarcación. Pesaba entre 1 1/4 y 2 toneladas, medía entre 5 y 5,5 metros de longitud y alcanzaba una velocidad de entre 25 y 30 nudos, con uno o dos motores de automóvil. Cada embarcación estaba equipada con dos cohetes de 12 centímetros en la popa, concebidos para explotar y lanzar una lluvia de balas incendiarias que desviaran la puntería de los servidores de los cañones de 40 mm. o de calibre menor.




ロ86



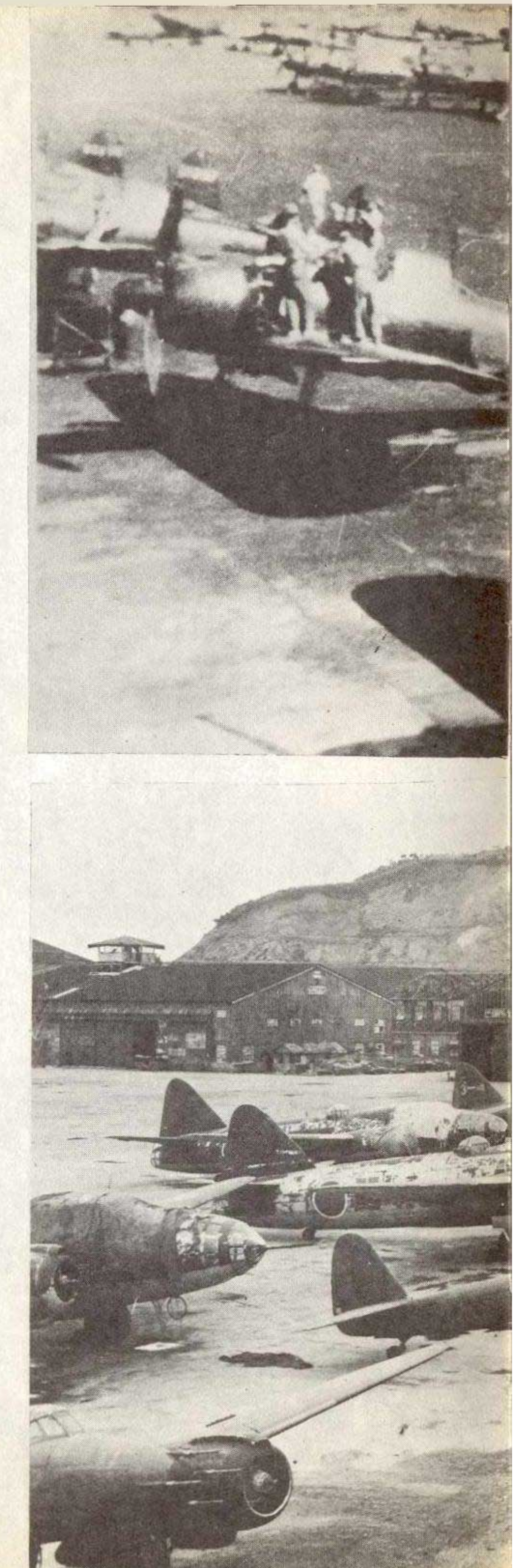
Los B-29 norteamericanos destruyen el 95 por cien de la ciudad japonesa de Toyama durante su incursión del 1 de agosto de 1945.



sin hogar; la Marina Imperial ya no existía; el Ejército estaba en una situación deplorable, y la única táctica que les quedaba a las Fuerzas Aéreas japonesas era depender de los *kamikazes*. Todos sabían que la guerra iba en contra de Japón. Y, sin embargo, millones de japoneses estaban dispuestos a dar su vida en un desesperado intento de contener la avalancha.

A principios de agosto, el Gobierno japonés anunció a todo el país que la guerra había terminado. La declaración tuvo escaso efecto porque los militares seguían dictando la política nacional, aunque el general Hideki Tojo estaba fuera del poder y en desgracia. El general Anami, ministro de la Guerra, hizo una declaración al mismo tiempo que el Gobierno. Y el pueblo japonés se había acostumbrado a prestar atención a las palabras del ministro de la Guerra. Anami les instó a prepararse para una terrible lucha en suelo japonés. Citó el ejemplo de Iyeyasu Tokugawa, el terrible *shogun* que fue una vez sitiado en su castillo por fuerzas enemigas superiores. Casi sin comida ni agua, Tokugawa ordenó que se abriera la puerta principal del castillo. De pie ante la entrada, invitó a sus enemigos a entrar. Pero sospecharon una trampa y se retiraron; más tarde Tokugawa los conquistó. Esto, afirmaba Anami, era una analogía ideal. Si Japón aparentaba dejar entrar a los norteamericanos, también ellos serían derrotados. "Debemos seguir luchando —dijo— ... aunque nos veamos obligados a comer hierba, roer arena y dormir en las colinas..."

Hacía falta un milagro para detener el baño de sangre nacional proyectado. El "día de la doble aurora", 6 de agosto de 1945, ocurrió el milagro con una explosión cataclísmica que sacudió Hiroshima. Tres días después, una segunda bomba atómica destruyó Nagasaki. Fue una horrenda pérdida de vidas, que finalmente doblegó el fanático espíritu suicida de Japón. 75.000 personas murieron en Hiroshima y 40.000 en Nagasaki. Pero si la guerra hubiera seguido, el tributo de muerte

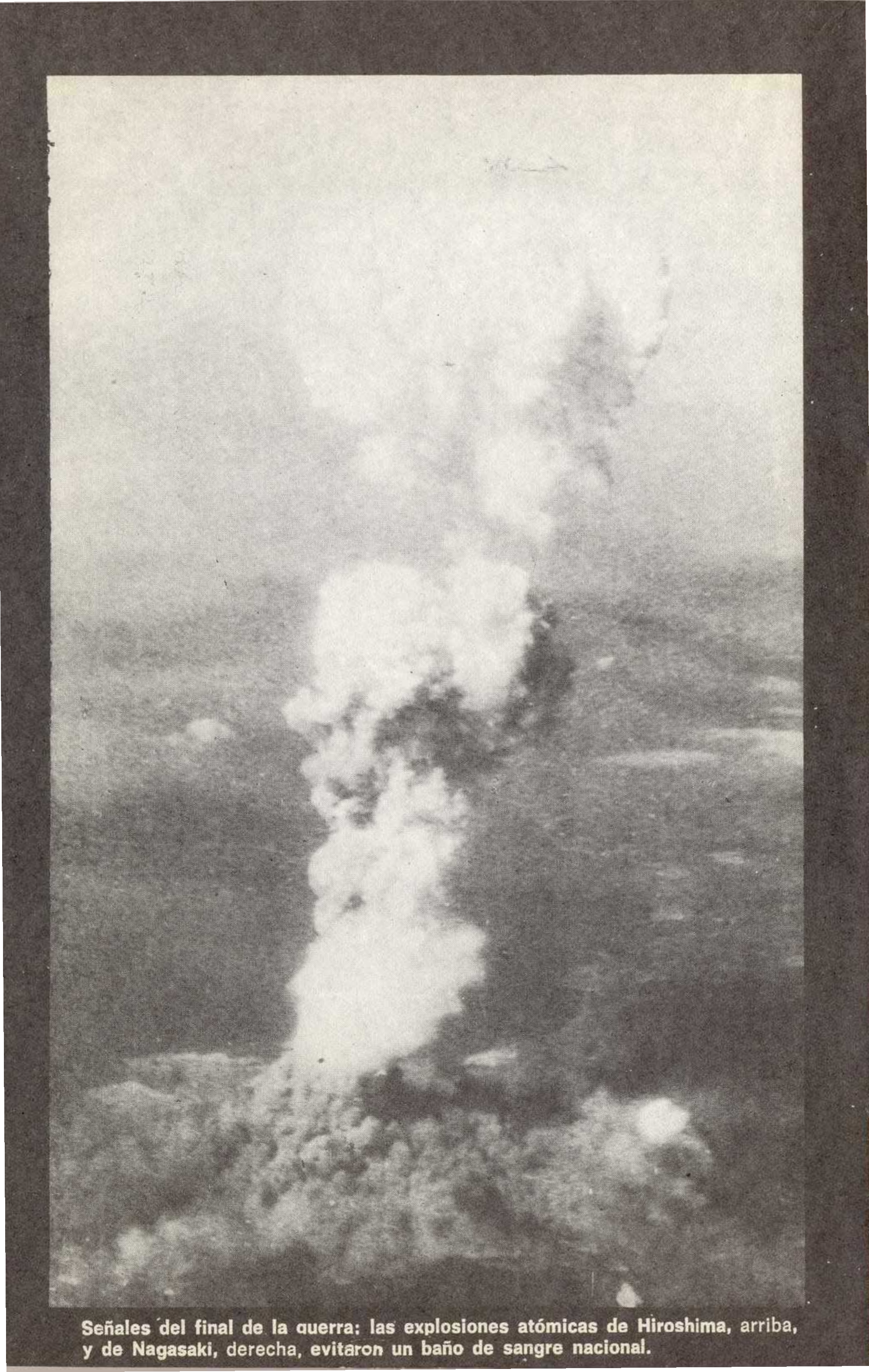


Arriba y derecha: **Se disponía de un total de más de 4.000 aviones para uso de los** kamikazes **en la defensa de las islas japonesas.**

801-07
21

Arriba: **Los B-29 norteamericanos sobre el arsenal naval japonés de Kure.** Abajo: **Una parte de la devastada Tokio tras un ataque incendiario.** Derecha: **Otros ataques incendiarios reducen Osaka a escombros.**





Señales del final de la guerra: las explosiones atómicas de Hiroshima, arriba, y de Nagasaki, derecha, evitaron un baño de sangre nacional.



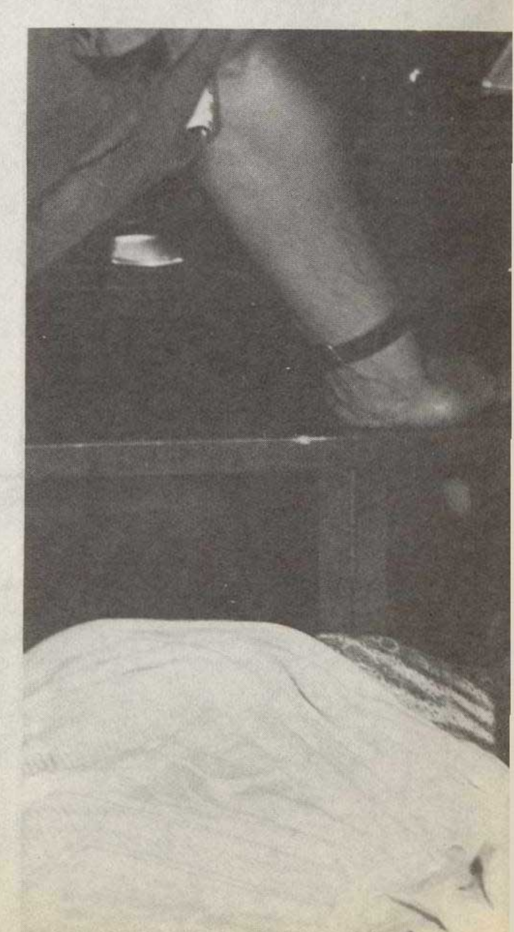
y destrucción podía haber sido cinco o seis veces mayor.

Los anales de la guerra presentan muchos ejemplos de tácticas consistentes en desafiar la muerte. A lo largo de la historia se ha enseñado a los soldados de muchas naciones que el deber debe cumplirse a riesgo de la propia vida. Pero, a los ojos occidentales, la explotación deliberada de la disposición japonesa a morir por el emperador y la patria era el nadir de la brutalidad degradada.

Naturalmente, hay que distinguir los ataques suicidas con objetivos militares de otras formas de autoinmolación recogidas en esta historia. El *hara-kiri* individual era un antiguo ritual japonés concebido como un acto voluntario tras la pérdida del prestigio; era un medio de recuperar el honor y una silenciosa venganza contra las personas de la jerarquía gubernamental que estaban demasiado altas para poder ser atacadas sin que el agresor perdiera respeto. El *hara-kiri* se concebía como un destino trágico que había que aceptar, parte de la forma de vida honorable en la que la culpa v la responsabilidad del idividuo se expiaban con un ritual tradicional. Existe un código del honor comparable entre los militares alemanes y austríacos. Si se han comportado deshonrosamente, se les presenta una pistola cargada que equivale a una sugerencia y una orden: mátese.

La mayoría de los suicidas de Saipán y Okinawa no tenían ninguno de los motivos que impulsan al *hara-kiri*. Eran ejemplos de una reacción en masa que existe entre los animales. Frente al peligro, a veces las hormigas se rinden pasivamente a su destino y mueren. Lo mismo puede ocurrir con los seres humanos y tales reacciones prevalecen en situaciones de pánico. Cuando las personas fracasan como grupo y creen que no tienen futuro, se rinden en masa a la muerte. Plutarco describe la carnicería que siguió a la victoria romana de Vercella. Jenofonte relata una experiencia comparable que siguió al ataque de una pequeña colonia fortificada. La pérdida de la libertad y la anticipación de la tortura pueden conducir a reacciones catastróficas: la rebelión asesina o la muerte elegida por el propio sujeto. En Okinawa se observaron ambas reacciones.

Los ataques suicidas de los pilotos *kamikazes* y *kaiten* eran de otra categoría. Lo que los distinguía de todo precedente histórico no era la ausencia de posibilidades de sobrevivir, sino su continuación sistemática. Estos ataques se prolongaron desde octubre de 1944 hasta agosto de 1945. No existe ningún paralelo en la historia. En otras guerras, situaciones desesperadas han exigido a veces remedios desesperados. Las crisis son seguidas de una respuesta repentina y rápida y los individuos afectados tienen poco tiempo para pensar en sus perspectivas. Además, normalmente los occidentales trataban de dejar alguna esperanza de supervivencia. La jerarquía



Tojo se hace el hara-kiri.

militar japonesa cerró resueltamente la última posibilidad de escape. Se dijo a los soldados, marineros y aviadores que su honorable suicidio cambiaría el curso de la guerra y sus hazañas patrióticas les proporcionarían la inmortalidad. Para la mentalidad occidental, la aceptación de esta idea y la fascinación hipnótica del soldado japonés con la muerte resulta increíble.

Hoy en día la opinión más generalizada es que los japoneses que tomaron parte en cargas *banzai,* volaron en misiones *kamikazes,* pilotaron *kaiten* o *shinyo,* o sirvieron de minas humanas eran todos fanáticos. Como muchas cargas *banzai* fueron ordenadas ante la urgencia del momento, no cabe duda de que había un algo de fanatismo en las operaciones del ejército. Pero los *kamikazes, kaiten* y *kairyu* eran individuos consagrados cuya tranquila aceptación de la muerte ilustra el impacto de la persuasión ideológica. Fanáticos o no, sus actos sólo pueden comprenderse en relación con las tradiciones japonesas, profundamente arraigadas, y con una estructura de Gobierno tiránica. El final de la guerra trajo a Japón una nueva forma de Gobierno. Pero las tradiciones subsisten y, si la existencia de Japón se viera amenazada en los años setenta, probablemente no tendría más dificultades para reunir hombres dispuestos a pilotar armas suicidas que las que tuvo en 1944 y 1945.





Balance

Una valoración cuantitativa precisa del arma suicida japonesa no es factible, por varias razones. Además de la falta de datos, es casi imposible expresar un efecto moral en términos cuantitativos. La carga *banzai* era necesariamente inútil. Pero en general constituía un intento de salir de una situación desesperada cuando la única alternativa era la derrota. Y, sin embargo, aunque la carga fue objeto de burlas, los *kamikazes* se ganaron el respeto de los enemigos de Japón; posiblemente porque se apuntaban golpes importantes. El esfuerzo *kaiten* era respetado por razones similares, a pesar de los desproporcionados dividendos que producía.

RESUMEN DE LAS OPERACIONES KAMIKAZES

Aviones navales japoneses empleados, 1.228.
Bombas *Okha* empleadas, 298.
Total de salidas (incluyendo escoltas), 2.314.
Total de buques aliados hundidos *según los japoneses,* 81.
hundidos *realmente,* 34.
averiados *según los japoneses,* 195.
averiados *realmente,* 288.

De las bombas *Okha,* sólo cuatro alcanzaron su objetivo, aunque los japoneses dieron una cifra mucho más alta. Sin embargo, entre las pérdidas enumeradas más arriba se incluyen tres portaaviones de escolta y trece destructores hundidos, y ocho portaaviones de primera clase, diez acorazados y muchos otros buques de guerra averiados *(USS St Lo, Ommaney Bay* y *Bismark Sea).*

RESUMEN DE LAS OPERACIONES KAITEN

Los japoneses afirmaron haber hundido cuarenta barcos aliados, incluyendo un crucero inglés de clase Leander. Ocho submarinos de primera clase y casi 900 marineros perecieron en el curso de este esfuerzo.

Las pérdidas *reales* inflingidas parecen limitarse al petrolero norteamericano *Mississinewa,* al destructor de escolta *USS Underhill* y al mercante *SS Canada Victory.*

Bibliografia

Kogun: The Japanese Army in the Pacific War by S Hayashi and A D Coox (US Marine Corps, Quantico, Virginia)
Sink Em All by C A Lockwood (Dutton, Nueva York)
Challenge for the Pacific by Robert Leckie (Doubleday, Nueva York. Hodder & Stoughton, Londres)
Divine Wind by R Inoguchi, T Nakajima and R Pineau (Ballantine Boks, Nueva York)
A Ship to Remeber: The Saga of the Hornet by Alexander Griflin (Howell, Nueva York)
Under the Southern Cross: The Saga of the American Division by Francis Cronin (Combat Forces Press, Washington DC)
The Island: A Personal Account of Guadalcanal by Herbert Merillat (Houghton & Mifflin, Boston)
Japan: Past and Present by Edwin Reischauer (Knopf, Nueva York)
The Big E: The Story of the USS Enterprise by Edward Stafford (Random House, Nueva York)
The Night of the New Moon by Laurens van der Post (Hogarth, Londres)

Al publicar la colección **Historia de la Segunda Guerra Mundial,** la editorial San Martín emprende una empresa apasionante y sin precedentes en el mercado del libro de bolsillo: analizar minuciosamente un acontecimiento de proporciones tan inmensas como la II Guerra Mundial y ofrecer al público el resultado de tal análisis en la forma de amenos volúmenes, imparcial y rigurosamente escritos y complementados con gran profusión de fotografías, mapas y diagramas. Cada aspecto de la guerra es sometido a un cuidadoso estudio y presentado de forma clara y lúcida. La colección está formada por cinco series: **Batallas,** como Pearl Harbour, Stalingrado, Kursk...; **Campañas,** como las del Afrika Korps, Sicilia o Rusia; **Armas,** como submarinos, aviones, armas secretas alemanas, fuerzas acorazadas, etcétera; **Personajes,** como Rommel y Patton; **Políticos,** como Conspiración contra Hitler.

Escritores y expertos de todas las nacionalidades han contribuido con sus obras a esta importantísima serie, utilizando las fuentes de información más completas y al día.

De igual importancia son las fotografías, cuya autenticidad histórica está avalada por instituciones como el Museo Imperial de Guerra inglés; la importantísima editorial Ullstein, de Alemania; Sado-Opera Mundi, de Bruselas; Novosti, de Moscú. Todos ellos han puesto sus archivos a disposición de nuestro equipo editorial. Además, se han examinado cientos de colecciones fotográficas privadas de toda Europa, obteniéndose así ilustraciones hasta ahora totalmente inéditas.

Librería Editorial San Martín se enorgullece de presentar al público de habla española esta serie, que edita conjuntamente con grandes firmas norteamericanas, inglesas, francesas, alemanas e italianas.

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker
La Batalla de Inglaterra, por Edward Bishop
Kursk, por Geoffrey Jukes
Golfo de Leyte, por Donald Macintyre
Stalingrado, por Geoffrey Jukes
Midway, por A. J. Barker
Día-D, por R. W. Thompson

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas, por Brian Ford
Gestapo SS, por Roger Manvell
Comando, por Peter Young
Luftwaffe, por Alfred Price
Armas Suicidas, por A. J. Barker
Lanchas Rápidas, por Bryan Cooper

PERSONAJES Morado

Patton, por Charles Whiting

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por Kenneth Macksey
Bombardeo de Europa, por Noble Frankland
Fuerzas de Choque del Desierto, por Arthur Swinson

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manvell

SAN MARTIN

HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

armas

libro nº 6

"Si estamos dispuestos y resueltos a sacrificar veinte millones de japoneses en los Kamikazes, la victoria será nuestra". Lo que siguió a esta horrible afirmación no tiene paralelo en la historia.

